

LOS DULCES DE JANICE



SERIE
PASADENA
LOVERS
LIBRO 4

MÒNICA LINARES

IVETTE CH



LOS DULCES DE JANICE

Mònica Linares
(Ivette CH)

© de la obra Mònica Linares
Instagram: @linares__monica
Web: www.monicalinaresescritora.com
TikTok: @linares.monica

1a edición: octubre 2024
Corrección: Marian Viladrich
Registro SafeCreative: 241009975187
ISBN: 978341384828

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

1

Adam

30 DÍAS PARA HALLOWEEN



Pasear por el barrio que me vio nacer y sus tranquilas calles me trae grandes recuerdos. Sus casas variopintas con las ventanas abiertas y amplios patios donde las mascotas saltaban los arbustos que las rodeaban. Mi madre, mi padre, mi yo de joven.

Empieza a refrescar, pero no me pongo la cazadora, que sigue en mis manos. La brisa que me acaricia es un soplo de añoranza.

Miro al frente y doy otro paso más. Debo eliminar las imágenes que me saturan, que se dan de bruces con paredes y muros con los que no deseo tropezar.

Porque aún no me lo creo.

Hace cuatro días la lápida en el suelo certificó una realidad: él ya no está.

Fue un entierro emotivo, con una ceremonia posterior que tampoco me podía ni quería perder. Estuve rodeado en todo momento de rostros desconocidos, de abrazos no sentidos, de sonrisas forzadas. Solo lo quería a él y ya no estaba entre nosotros.

Lo único indispensable era que yo estuviera allí. Su familia. Antes de que yo abandonara Pasadena, tuvimos una relación especial; éramos similares y eso me ha hecho más vulnerable a su pérdida.

Las lágrimas vuelven a aparecer en mis mejillas y enturbian el dulce recuerdo que Jake despierta en mí.

Mi tío era el visionario, el artista del clan, el pilar al que acudía cuando lo necesitaba, y siempre era un ejemplo a seguir. Mi madre, su hermana, falleció unos años después de llegar a Irlanda y su recuerdo aún me duele. Me alegra pensar que ahora están juntos en ese mundo donde surfean los espíritus, y sé que me van a cuidar.

Es difícil respirar sabiendo que me faltan.

Continúo el camino y lleno mis pulmones de una savia nueva, quiero alejar el dolor que se apodera de mí.

Un sonido me saca de mis pensamientos y, al comprobar que es Jonas, descuelgo.

—Dime.

—¿Cómo ha ido? ¿Qué tal estás?

—Bien.

—Extensa respuesta —replica mi socio—. Te fuiste disgustado y con prisas, una pérdida así es dolorosa. Y solo enviaste un mensaje de que habías llegado sano y salvo. Llevamos días esperando algo más.

El tiempo sin regresar a Pasadena y la falta de mi tío han creado en mi corazón un roto insalvable. La relación era estrecha y la distancia que nos separaba producía un vacío difícil de completar.

Sacudo la cabeza para evitar darle más vueltas de lo necesario y que esos recuerdos no se instalen en la soledad que me acompaña esta mañana. Escuchar a Jonas me anima.

Él siempre lo consigue, aunque a veces yo no lo vea.

—Me conoces; no soy dado a los formalismos —le digo.

—Oye, soy tu amigo y tu socio. Puedes estar en Pasadena el tiempo que necesites, yo me ocupo del negocio. Eso sí, te comunicas conmigo a diario o me planto ahí en lo que tarda un avión en cruzar el océano.

Por su manera de ser estoy seguro de que el restaurante que llevamos de forma conjunta seguirá adelante por más que yo falte un tiempo.

—Jonas, estoy bien. Llegué por los pelos al entierro y la ceremonia posterior. Apenas intercambié palabras con nadie. Fui al hostel y me instalé. Como te dije, pasaré una temporada por aquí. He de arreglar el papeleo.

—Todo eso lo sé. Solo quiero que me lo cuentes, que no te lo guardes para ti.

Una figura en la distancia se cruza a lo lejos y agudizo la vista para averiguar quién es y si la imagen que se dibuja en mi memoria es la que regresa en ocasiones a mis pensamientos.

¿Puede ser ella?

—¿Adam? —insiste Jonas al otro lado de la línea—. ¿Estás ahí?

—No me agobies. —Recordarla también me ayuda. Sé que necesito sortear este bache que se encuentra frente a mis narices y con el que tengo pocas ganas de lidiar.

—¿Agobiar, dices? Para nada —insiste Jonas—. No lo he hecho. Primero, han pasado cinco días desde que te fuiste de Irlanda y, segundo, te has quedado callado sin dar respuesta a mi comentario y eso, en ti, solo puede ser por alguna razón.

—Pareces mi novia. No me atosigues, que si continuas así voy a tener que pedir una orden de alejamiento.

Vuelvo a mirar a lo lejos y ya no reconozco a nadie. Es probable que el vago recuerdo de un imposible y el dolor de la pérdida me hayan hecho creer algo que podría hacerse de nuevo realidad.

—Más de lo que ya estás. —Imita a una chica en apuros poniendo una voz aflautada y me saca una sonrisa.

—¡Serás capullo! No te burles. Venga, tío. Estoy bien. Mañana te escribo de nuevo, o te llamo.

—O te lo guardas todo para ti, como hace apenas un segundo.

—¡Jonas! —le recrimino.

—Vale, Adam. Acepto la tregua. Solo necesito saber que todo va bien.

—Es necesario que hable con el abogado y este no me atiende hasta finales de semana. Cuando sepa más, te informo.

—No te preocupes. Yo me encargo y, si te necesito, contacto contigo.

Al colgar pienso en lo importante que son su amistad y su apoyo. Él consigue que salga a flote y hoy estoy aquí porque él es bueno en lo que hace y, además, es capaz de llevar las riendas de nuestro negocio, un restaurante en Dublín que nos da muchas alegrías y bastantes beneficios.

Ando por la acera con paso firme y saboreo cada ápice de nostalgia que me rodea. Y el tío Jake no se me va de la cabeza.

Recuerdo las primeras vacaciones que vino a vernos a Irlanda. Hacía un año que nos habíamos instalado en la granja de mi abuelo paterno, cerca de Dublín. Él llegó sonriente, con ganas de contar todo lo que nos habíamos perdido en Pasadena y, aunque estuvo apenas una semana, lo recuerdo como si fuera ayer. La siguiente ocasión que cruzó el océano, un par de años después, fue por un motivo más triste: acabábamos de perder a su hermana, mi madre, y vino a su entierro, como yo he venido al suyo. Aquel encuentro fue duro, pues se nos fue un puntal y mi padre y yo nos quedamos solos. Jake quiso que regresáramos a Estados Unidos, pero a mi padre

lo retenía su historia y yo no tenía nada en Pasadena. Me esperaba un futuro en Irlanda.

Con las charlas que mantuve a su lado, cerca de la chimenea, descubrí lo importante que era la familia para el tío Jake. Nos adoraba y para él era necesario no perder nunca el contacto. Recibí infinidad de cartas y postales tuyas; siempre fue un escritor nato.

Giro por la calle de la derecha y me acerco al bullicio de las tiendas. Seguro que en alguna podré tomar algo o descansar unos minutos. Un movimiento me hace que preste atención a un punto. Apenas vislumbro una melena rubia que ondea al viento, o serán de nuevo imaginaciones mías.

No sé si ella sigue en la ciudad, si abandonó estas calles tras lo ocurrido o si le apetecerá hablar conmigo, si es que tenemos la oportunidad de cruzarnos.

¿Por qué?

En estos diez años solo vine en una ocasión a ver a mi tío y no hice nada para acercarme a ella. Desconozco el motivo por el que en este viaje su imagen no hace más que regresar a mi mente.

Será porque Jake ya no está.

Él la mencionaba a menudo, hablábamos sobre mis sentimientos hacia ella. Nostalgia de algunas palabras tuyas que ahora no soy capaz de recomponer, la sonrisa de ese amor de juventud que se cuela en mis pensamientos.

Sacudo la cabeza y me dirijo al hostel.

Voy a hacer un par de gestiones y llamaré otra vez al abogado para tratar de adelantar la cita.

He de salir de aquí cuanto antes si quiero continuar cuerdo.

2

Janice

29 DÍAS PARA SAN HALLOWEEN



Salgo del almacén con el pedido en la mano.

—Señora Rose, aquí tiene los dulces que me pidió. Estoy segura de que a su nieta le van a encantar.

—No lo dudo, Janice. Sabes que siempre que pasa por el aparador se queda embobada viéndolos.

—Lo sé. A veces me entran ganas de salir con el paño a recogerle las babas. —Sonrío mientras le cobro.

—Es un amor —dice su abuela—. Y sé que disfrutará en su cumpleaños con estas galletas.

La tienda está a rebosar de clientes. Ramón, mi empleado, sale con otra caja para entregársela al señor Collins, uno de los habituales, que espera detrás del mostrador.

No sé si seré capaz de sacar los encargos que anoté durante la semana. Es miércoles, y, aun así, pasteles, tartas, *cupcakes* y otras delicias rellenan los huecos de la libreta y es difícil encajar ninguno más.

Llevo en la pastelería desde las cinco de la mañana. Salí temprano de casa, casi a hurtadillas, sin apenas hacer ruido, para avanzar en las bases y horneados, trabajar los glaseados y organizar los diferentes pedidos. Cuando llegó Ramón, salí a buscar a Connor, mi hijo, que dormía en casa de mi madre, y acercarlo al colegio. Luego por fin abrí al público y no he abandonado esa sonrisa que ocupa siempre mi rostro.

Aunque esta mañana es probable que pierda los papeles.

El pedido de Literary Latte, la librería café de mi amiga Ava, está listo y esperando en el mostrador del interior. He de acercárselo a Zoie, su hermana pequeña, que ahora regenta el local. Lo malo es que la campanilla avisa de la entrada de otro cliente y no me permite salir.

—¿Qué desea? —le pregunto al siguiente de la fila sin olvidar mi sonrisa.

Ramón va a buscar más tarta de manzana que hay en el horno. Las dos que estaban en la vitrina han desaparecido. Esta semana se ha convertido en el pedido estrella, aunque le sigue muy de cerca el pastel de calabaza típico de estas fechas. Me gusta adornarlo con una calabaza de caramelo que hace las delicias de los más pequeños.

En un rato tendré que ir a la cocina a preparar más masa para esta tarde. Me acerco a la caja registradora, realizo el cobro y le doy un sorbo al té, que se ha quedado frío. Menos mal que así también me gusta.

Oigo de nuevo el tintineo de las campanillas y alzo la vista. Sonrío al comprobar que es Zoie. Al ver que tardábamos en ir a la cafetería, ha decidido venir a buscarlo en persona.

—Lo siento, cielo. No he podido escaparme.

—Parece que los clientes se quedan en tu local —comenta la hermana de una de mis

mejores amigas.

—No será para tanto, que tus cafés y té son una delicia.

—A la gente le gusta más si se los sirve Ava. Todos preguntan por ella.

—¿La echas de menos?

Ava le ha cedido a su hermana la gestión del negocio mientras ella está de viaje por Europa.

—Todos la echamos de menos, pero debe cumplir su sueño y lo está consiguiendo. Por lo que, a falta de Ava, el resto del barrio prefiere a Janice en vez de a la alocada Zoie —comenta satisfecha.

—No digas tonterías. En Literary Latte pueden disfrutar de más espacio que aquí y también tienen mis dulces.

—Pues el barrio esta mañana ha preferido comprártelos a ti —comenta Zoie mientras mira la cola—. Necesitas más personal, no hace falta que te lo diga.

—No me lo puedo permitir —le susurro.

Odio que me pase esto. Llevo un tiempo que no hago más que números para ver cómo encajar a otro más en el equipo. Ramón se incorporó hace relativamente poco. El boca a boca de las delicias de la pastelería han hecho que cada vez tenga más clientes y no soy capaz de decir que no a los encargos, aunque el día no tiene horas suficientes para cumplir los dulces deseos de Pasadena. Además, hago alguna que otra donación a la gente necesitada y los costes son enormes, pero esta pastelería es mi sueño, mi rincón.

Ramón le acerca las cajas a Zoie y atiende al siguiente de la cola.

Suena el teléfono y miro a la hermana de mi amiga con cara de disculpa.

Me despido a la vez que descuelgo y tomo nota de un nuevo encargo. Menos mal que este es para la próxima semana, si no, tendría que haberle dicho que no era posible y no sé si lo hubiera logrado.

Hacia el final de la mañana podemos tomarnos un descanso. Aprovecho para hablar con mi empleado a media jornada, que parece distante.

—¿Qué te ocurre, Ramón?

—Nada, señora.

—Odio que me digas señora. Llevamos casi un año trabajando codo con codo. Soy Janice.

Asiente con la cabeza mientras con el trapo recoge algunas de las migas que han quedado tras cortar unos trozos de *brownie* de chocolate blanco y negro, otra de mis especialidades, que he preparado para esta tarde.

—¿Es algo con los niños?, ¿con la pastelería?, ¿te pago poco? Sabes que por ahora es lo que hay y ya ves que necesitaríamos a otro empleado. Los números no salen ni siquiera con todas las ventas que hacemos. Los costes son excesivos.

—Seño... Janice, no es eso. No se preocupe, estoy bien. Demasiado trabajo para una mañana.

Ramón es mexicano y, por lo que me contó, llegó a Pasadena hace ya cinco años. Su mujer Dolores es un amor. De vez en cuando se pasa por la pastelería y trae a los niños, dos gemelos que los sacan de sus casillas. Trabaja seis horas por la mañana conmigo, pues la tarde es más tranquila y puedo estar sola. Él hace otra media jornada en la gasolinera, a las afueras. Tiene tres bocas que alimentar y yo no le puedo pagar más.

La conversación se queda en el aire; tendré que insistir de nuevo.

Un rato después, a solas, preparo la masa para otra tarta y luego me dedico a los dulces de calabaza, que tienen mucho trabajo.

Suena la campanilla y salgo a atender. Es Chad.

Le gusta aparecer a última hora. Sabe que estoy sola y así suelta esa lengua viperina que tanto odio. ¿Puede ser más detestable una persona?

—¿Qué tal, Janice?

—Bien. Hoy no queda tarta de manzana. Esta mañana han arrasado con un par de tandas de ellas —le comento un poco distante, a ver si entiende que no deseo hablar con él.

—Vaya, parece que tendré que encargarla.

¡Exacto! Algo que odio de Chad es que se cree que lo que pide tiene que estar disponible. La mayoría de la gente del barrio, si desea algo especial, sabe que solo tienen que encargarlo y, si puedo, por mí no será un problema que dispongan de ello. Pero a Chad le gusta fastidiarme y siempre parece que me quedo corta de lo que él busca y me lo echa en cara.

—El *brownie* está delicioso —le sugiero.

—¡Lleva chocolate blanco! —Hace un mohín. ¡Será que ese dulce no le gusta con lo goloso que es!

—Estoy preparando una tarta de limón. Estará en diez minutos. Si pasas después, te la guardo.

—Veo que hoy no te apetece hablar conmigo.

Pues será que no. No se da cuenta.

—Tengo trabajo en la cocina, varios encargos para mañana y el fin de semana.

—¿Ya te pones con lo del sábado? Estará un poco duro y pasado, ¿no crees?

—He dicho preparar, no hornear. Y a ti qué más te da. ¿Qué quieres?

—Si no hay tarta de manzana, pues...

Se pasea por el aparador mirando los diferentes pasteles y dulces que aún quedan. Tiene variedad para escoger, pero conozco a este mecánico, que solo le gusta tocar lo que no suena.

Se queda frente a los *cupcakes* y luego se gira para observar la tarta de hojaldre y frutas. Se pasa dos dedos por la barbilla y hace un pequeño carraspeo.

—¿Te decides? —le pregunto.

—Sabes que adoro tu tarta de manzana y tenía antojo.

—Pues no queda. —Soy un poco seca, pero es que es un pesado y no será la primera vez que le digo que me la encargue.

Da otro paso más delante del escaparate hasta que se decide.

—Dame un trozo de *brownie*.

—Es de chocolate blanco. Antes ha parecido que no te gustaba.

—Cómo no me va a gustar algo que hayan cocinado esas manos.

Cierro los ojos y aprieto fuerte los puños. Qué ganas de que salga ya de la tienda.

Cojo con las pinzas un par de trozos que coloco en uno de los envoltorios que tenemos preparados para servirlos y le cobro.

Cuando desaparece, exhalo el aire que contenía en mis pulmones. Por fin me quedo sola y puedo acabar mis tareas. No tengo tiempo ni para pensar en mí.

3

Adam

28 DÍAS PARA HALLOWEEN



La reunión con el abogado es en dos horas. He conseguido adelantarla y, mientras, decido dar una vuelta por el barrio. Recordar siempre viene bien, aunque muchos de los edificios que observo son de nueva construcción. Giro a la derecha y tomo el rumbo hacia una de las calles más concurridas de Pasadena. Si tienes una tienda ahí, la clientela está asegurada.

Frente a mí, un escaparate con zapatos de todos los tamaños y números, de cuero, de piel, de ante y charol. Una preciosidad. Doy otro paso y me topo con prendas de colores, vestidos de talla alto y algunos un poco cortos, de un lujo desbordante.

Tras la siguiente zancada sí que quedo alucinado. Delicias por doquier. Pasteles y tartas de todo tipo, colores y sabores. El aparador cuenta con dulces que estoy seguro deleitarán el paladar de los que crucen esa puerta. Y lo sé solo con la paleta de colores que se muestra en ese escaparate; ya me ha convencido.

El cartel anuncia The Sweet Spot.

Ni me lo pienso.

Suena una campanilla y el dependiente me sonríe al traspasar el umbral.

—Buenos días, ¿qué desea?

Tarros llenos de bombones. Recipientes de cristal con *cupcakes* y tartaletas. Tonos pastel que dan luminosidad al espacio. Una exposición de bizcochos y bollería que invita a los clientes a disfrutar de un festín dulce y tentador en cuanto cruzan la puerta.

—¿Puedo pedir una porción? ¿O tengo que llevármelo completo?

—En breve saldrá del horno el pastel de manzana. Si no tiene prisa y no le importa esperar, le reservo un trozo —me comenta el hombre.

—Claro, estaré encantado. Mientras, podría ponerme dos cruasanes.

Los coloca en una bandeja decorada con el logo de la pastelería y me los ofrece.

—Ramón, necesito tu ayuda.

Una voz femenina sale de detrás de la puerta que esconde lo que supongo es la cocina. El dulce aroma a pastel recién hecho completa mi fantasía.

La campanilla suena detrás de mí y me giro para observar cómo un par de clientes entran en la tienda.

Ramón sale a atender, pero parece que todos esperan al famoso, como creo que han mencionado, pastel de manzana. Por lo que escucho a las personas que acaban de entrar, estoy en el lugar adecuado a la hora prevista.

La pastelería es pequeña, bien decorada y con espacio solo para los pocos clientes que aún esperamos. El resto va llegando y, al ver que no es posible acceder al interior, se dan la vez y se resguardan en el porche de al lado.

Cuando sale la que creo es la pastelera, mis ojos alcanzan un recuerdo imborrable en mi memoria.

Es ella.

Por supuesto, es Janice Finne.

No podría olvidarla.

Y, cuando su mirada se topa con la mía, sé que ella ha tenido el mismo *déjà vu* que yo.

—¿Adam Gleeson!

El sonido de mi nombre en su voz me provoca una mezcla de nostalgia y emoción. Asiento y trato de mantener la compostura mientras me acerco un poco más a la vitrina. Está igual de guapa y el tiempo no ha hecho más que resaltar su belleza.

—Hola, Janice—respondo. Intento que mis palabras suenen casuales, aunque sé que no puedo ocultar del todo la emoción.

Mis ojos se encuentran con los suyos y, por un instante, el bullicio de la pastelería parece desvanecerse. No dejo de pensar en lo guapa que está, en cómo esa mirada, tan familiar y cálida, me conquistó tantos años atrás. Su sonrisa es la que recordaba, esa que siempre iluminaba el lugar y que, ahora, parece hacer lo mismo en mi corazón. Me esfuerzo por aparentar naturalidad, pero sé que ella puede notar algo diferente en mi forma de mirarla. No es solo el reencuentro con una vieja amiga; es el reconocimiento de un sentimiento que nunca desapareció del todo.

—Ha pasado mucho tiempo. No has cambiado en nada —añado.

Janice sonríe y en ese momento me doy cuenta de que quizás no estoy aquí solo por los negocios o el legado de mi tío. Tal vez el destino me trajo de vuelta por algo más, algo que aún no he terminado de descubrir.

—Sí, ha pasado mucho tiempo. Demasiado.

Un largo silencio nos invade. No sé qué más decir. Me he quedado mudo ante el recuerdo y, sobre todo, ante ella.

—¿Qué tal Connor?

Pregunta comodín. Los hijos son una buena opción para escapar de lo que me oprime.

—Está mayor. Tiene ya diez años —dice mientras sirve a los clientes.

A mí ya me ha cobrado Ramón, pero no puedo dejarla ahora. Aún no.

—¿Y Nick?

¿Por qué preguntaré por ese bastardo?

Hizo de mi época de adolescente un calvario y que destrozara el corazón de Janice no me ayudó a salir del pozo en el que me hundía.

—Se fue, al igual que lo hiciste tú. Él viene a veces a Pasadena, a ver a su familia, a su primo. Ahora vive en California, ¿lo sabías?

—Es verdad, ¡lo había olvidado! Se marchó cuando yo me mudé a Irlanda.

—Sí, el día que volaste a Dublín. —Su respuesta es de resignación, aunque mantiene una mirada dulce—. Los dos me dejasteis sola.

—¿Sola? Vine a verte, conocí a Connor, intenté... —Las palabras se me atascan—. Nunca me dijiste que me necesitabas a tu lado.

—No es eso, Adam. Yo no... —Agacha la cabeza y corta otro trozo de pastel, inspira hondo y prosigue una conversación en la que no cuenta conmigo—: Debo cobrar a los clientes, tengo el horno encendido y el chocolate listo para adornar los bombones. Apenas me queda tiempo para charlar, de verdad, lo siento, no es momento ahora.

Mira a su alrededor, como pidiendo perdón a los clientes, que no han abierto la boca y están pendientes de nuestra conversación. ¡Serán cotillas!

Janice quiere sacarme de en medio.

—¿Podemos hablar en privado? —le consulto.

Por su gesto, sé que me va a dar una negativa.

—¿Otro día? —Es mi nueva propuesta, espero que acepte.

Encontrarla tan pronto y que sus recuerdos afloraran en mí con tanta intensidad no era lo planeado.

—Tal vez.

Y, con esa frase, me ha alejado de ella, ha apartado nuestra historia. Una vivencia que regresa a mí como si fuera ayer. En el último curso conocí a Janice y aún no sé por qué ese encuentro fortuito al salir de clase de fotografía fue un punto de inflexión. Me dirigió unas palabras amables y la sonrisa en su rostro me convenció para ser otro Adam.

Quería conocerla y saber de ella. Intenté hacerme visible a sus ojos. Lo malo es que lo fui para más gente, y eso fue un inconveniente.

Me invitaron a la fiesta de Halloween de los Vandebilt, sin conocer el motivo. Creo que Janice tuvo algo que ver. Nick Vandebilt había hablado con ella unos días antes y la había invitado a la fiesta en su casa. Fui junto a sus amigos y me encantó ser parte de su historia. Además, esa noche, en un rincón de la cocina atestada de gente, se acercó a mí y me explicó bastante ilusionada lo emocionante que había sido que Nick la invitara, que estuvieran allí todos y que sentía que Nick y ella podían ser algo más que solo amigos. Odié esa noche. No quería que me restregara lo bien que lo pasaba con otros; necesitaba que se diera cuenta de que yo también estaba ahí.

Unos días después, Nick me preguntó el motivo por el que no dejaba de mirar embozado a su novia. No supe qué responderle. No era consciente de que ya se había encariñado tanto con ella como para que tuvieran una relación y que todo estaba perdido para mí. De un empujón, me tiró los libros de la taquilla. Un acto de valientes. Al ir a recogerlos colocó un pie y me di de bruces con el suelo. Las carcajadas alrededor resonaron en mis oídos y me sentí inútil por no ser capaz de encararme con él.

Aun así, no desfallecí. Janice era una buena persona que se había enamorado de un gilipollas, pero yo me conformaba con tenerla cerca, conversar con ella y ser su amigo.

El calendario escolar hizo que coincidiéramos en más clases. Nos ayudábamos en los trabajos del instituto, compartimos presentaciones y más de una vez vino a casa o yo fui a la suya a acabar alguna tarea.

Nick se olvidó de mí. Janice me contó que había hablado con él, que le había explicado lo que éramos y que no debía meterse conmigo.

Chad fue el que incordió. Su impresentable primo fue el que intentó hacerme la vida imposible y que desistiera de un sinsentido que solo ellos veían. Yo únicamente hablaba con Janice; ella salía con Nick y sus amigos mientras me escondía en mi casa. Era un don nadie, sin posibilidad de interferir en ninguna relación.

Y así pasé mi último año de instituto, sin saber que no la vería más y no podría estar con ella. Un tiempo que disfruté y que aún recuerdo.

Cuando Nick la dejó embarazada y la abandonó, me dolió muchísimo. Janice no sabe cuánto. El que yo me fuera también y me alejara de su lado fue un duro trance que tuve que soportar.

Ahora no es momento de ponerle remedio.

¿O tal vez sí?

En el despacho del abogado, las palabras de este me dejan confuso. ¡Mi tío tenía más propiedades de las que recuerdo!

—Sí, un par. Aunque hay algo más —comenta el señor Thomas.

—¿Por qué no me dijo nada? No entiendo el motivo de ocultármelo.

—A mí no me preguntes. Yo solo hago cumplir su testamento. Los locales de los que estamos hablando se encuentran en la avenida principal de Pasadena, frente al hostal. Como ves, están muy bien ubicados.

—Hay muchas tiendas ahí. ¿Cuáles son?

—La pastelería y la galería de arte.

—¿La de Janice? —pregunto sorprendido.

—¿La conoces? —consulta el abogado mientras toma unas anotaciones en su cuaderno.

—He pasado esta mañana. Tenía bastantes clientes y unos dulces excelentes. ¿Dónde está la galería? —Es una pregunta de rigor. Debo dejar de pensar en Janice.

—Al final de la calle. Es el local donde todo artista de Pasadena quiere presentar sus obras y lo regenta Darius, que es un pintor de renombre en la ciudad.

—No comprendo.

—Son tus propiedades. La casa y los dos locales. Todos tuyos. Debes firmar estos papeles y el traspaso estará completo.

—Yo solo quiero venderlo y volver a Irlanda. Aquí no me retiene nada y allí lo tengo todo. Busca unos buenos compradores y espero poder regresar con los míos en poco tiempo.

El abogado se encoge de hombros y me acerca los papeles.

—Tu tío te lo cedió en su testamento. Sabes que éramos amigos y dejó claras ciertas indicaciones. Si quieres vender, tú decides qué hacer, pero primero debes leer esta carta. Le prometí que te la entregaría en cuanto supieras lo que te había legado.

Ver la cuidada caligrafía de mi tío en esa hoja de papel me emociona. Retiro con el dorso de mi mano esa inesperada lágrima que no dejo caer. Siento su pérdida aún más presente.

Querido Adam:

Si Anthony te ha entregado esta carta es porque estás en Pasadena. El viaje hasta aquí probablemente no haya sido fácil, estoy convencido, y más si sabes que yo no voy a estar para acompañarte.

Siento que estas líneas te hagan infeliz, pero con mis palabras espero darte una pizca de alegría y cierta ilusión.

En nuestras conversaciones nunca te expliqué mis negocios en Pasadena. Sabes que me gusta su gente, este barrio, ayudar a los necesitados. Es algo que llevo dentro y que ahora te dejo a ti. Quiero que cuides de ellos.

Mis posesiones son tuyas. No te deshagas de ellas como si no fueran importantes.

Sé que es lo primero que pasará por tu mente, pero dale una oportunidad a tu pasado. Quédate un tiempo con ellos, pasea de nuevo por sus calles, respira este aire tan puro que te rodea. Vive sus costumbres, visita a tus vecinos.

Sé de tu negocio en Dublín, conozco a tus amigos allí, pero el amor no ha llamado a tu puerta y solo tú conoces el motivo. Ella se quedó aquí. Sí, no te espera ni sabe que existes porque tú nunca se lo dijiste. Es tu oportunidad. Si aún crees sentir algo por ella, lánzate.

Ayúdala. Ella es una de las personas que alquila una de mis propiedades. Era como una hija para mí; la cuidé por ti.

No me decepciones.

Sé qué harás lo que esté en tu mano.

Sé fuerte y valiente y arriésgate.

Tu tío que te quiere,

Jake

Tras leer las palabras de Jake, contengo las lágrimas. En esas letras me pide una oportunidad para los habitantes de Pasadena, que permanezca un tiempo entre ellos y que me lo piense antes de vender. Me conocía bien, por lo que observo.

—Cada vez que mi tío venía a Irlanda, solo traía anécdotas de su estancia aquí —le comento al señor Thomas—. Nunca quiso irse con nosotros y siempre intentaba que regresáramos. Estábamos muy lejos y, aun así, él prefirió estas calles. Esta ciudad era su familia.

—Vosotros, ¿erais de aquí? —consulta el abogado.

—Mi madre. Ella conoció a mi padre y se casaron, pero él era irlandés. Cuando mi abuelo paterno se puso enfermo y murió, nos fuimos a Irlanda para hacernos cargo de la granja, algo que mi padre deseaba. Parece que esto va de legados.

—¿Qué quieres decir?

—Hasta los dieciocho años solo conocía Pasadena. Luego me mudé a otra parte del mundo que me enamoró. Allí tengo amigos, muy buenos, y mi negocio. ¿Aquí? No sé, debo pensar bien qué hacer con lo que ahora es mío. ¿Puedo darle una vuelta antes de firmar? Necesito reconectar con lo que Pasadena me ofrece.

Se pone en pie, me coloca una mano en el hombro y me muestra una amable sonrisa.

—Vamos a ver la casa. Te doy las llaves y te instalas. La señora Darwin la dejó limpia hace un par de días para que pudieras entrar y verla en su esplendor.

—A mi llegada preferí instalarme en el hostal —le aclaro—. Quería saber a qué me enfrentaba antes de hurgar en mis recuerdos. Unos muy potentes. No he olvidado la buhardilla de la casa de mi tío ni el jardín trasero en el que jugábamos.

—Jake hizo algunas obras y mejoras. La verás bastante cambiada, pues hacía tiempo que no venías.

—Diez años.

—Vamos para allá. A ver si esas paredes te hacen cambiar de opinión.

4
Janice
27 DÍAS PARA HALLOWEEN



Janice:
¡No me lo puedo creer! Adam Gleeson ha vuelto.

Leo:
Lo vi el otro día paseando por la avenida.

Janice:
¿Y por qué no has dicho nada?

Leo:
No sé, no pensé que fuera importante.

Ava:
¿Qué Adam? Refrescadme la memoria.

Nell:
Ava, ¿qué Adam? ¡El Adam de Janice!

Janice:
No hay ningún Adam de Janice. Era mi amigo.

Nell:
Pues eso, el amigo de Janice en el que yo veía algo más y nadie me creía.

Ava:
Ahora lo recuerdo. El que preferíamos en vez de Nick.

Janice:
Chicas, cortad el rollo. No hay Nick, no hay Adam. Solo quería que supierais que está por aquí.

Leo:
Lo hemos captado. La Resistencia al poder.

Voy a buscar a Connor al colegio. Hoy la profesora me ha entretenido porque debía explicarme un pequeño percance en el patio.

—No puede quitarle el bocadillo a otros compañeros —me regaña a mí la tutora de mi hijo.

—Yo no se lo he cogido, él me lo ha dado. No le gustaba —replica Connor mientras le doy la mano y le hago callar para que la profesora pueda explicarse.

—La merienda es de cada uno y Connor solo debe comerse la suya.

—Lo entiendo. —No me convence lo que me dice la profe, pero mi cara expresa lo contrario; no voy a parecer una mala madre.

—Hemos tratado el tema en clase. Mañana debe hacer una exposición...

Apenas la escucho. ¡Por un simple bocadillo! Tendré que ponerle otra loncha en su sándwich para que se alimente mejor y no vaya pidiendo.

Me despido deprisa de las pocas madres que aún quedan en el colegio. Tengo ganas de llegar a casa de Nell. Hoy es viernes y mi mejor amiga y su pareja, Trace, vienen a pasar el fin de semana con sus padres. ¡Qué ganas de verla!

Justice y Devon, los hermanos pequeños de Nell y mejores amigos de mi hijo, nos asaltan en cuanto pisamos el jardín. ¿Cómo habrán llegado tan pronto? Ah, claro, a ellos no los ha entretenido una profesora por un bocadillo.

—¿Dónde estabas, Connor? —grita Devon.

—Mamá no nos dejaba jugar al videojuego hasta que tú estuvieras aquí. Has tardado mucho.

—¡Vamos!

Mi hijo corre tras los vecinos. Entro en la vivienda, pues los niños han dejado la puerta abierta y me anuncio.

—Lindsay, ¿dónde andas?

—¡En la cocina! Ven.

Y allí me encuentro a la madre de Nell, entre botes y sartenes, con un olor delicioso a su alrededor. Tortitas, la comida preferida de Trace. Porque a ese espécimen, que le gusta todo lo dulce, a mi tienda no puede entrar. Lo habrá heredado de su pareja. Ay, que eso no se hereda. Son tal para cual. Al final, mi amiga lo consiguió y ese bombón ocupa su cama todas las noches.

Le he pedido a Ramón cambiar el horario, un favor excepcional, para pasar la tarde con mis amigos.

Una hora después, oímos el ruido del motor de una moto en el exterior. Los niños corren a saludar y de repente unos gritos me aturullan. Parece que Trace les ha entregado algo que les hacía mucha ilusión.

—¡Es el *Mario Party*, mamá! —me grita emocionado Connor mientras sus dos amigos entran en la casa como una exhalación para probarlo.

—¡Connor, venga, que, si no, no entras en la partida! —grita Devon.

Y mi hijo desaparece.

Abrazo a mi amiga y a su pareja.

—¡Habéis llegado pronto! —exclama Lindsay.

—Hemos salido antes. Teníamos ganas de disfrutar de la familia —comenta Nell—. Y tenemos muchas cosas que cerrar este fin de semana. Hemos de convencer a Trace con lo del disfraz. —Nell me susurra las últimas palabras mientras caminamos hacia el interior.

No sé qué lío tiene mi amiga con su novio. Cuando hablamos por teléfono, parecía que tenía claro el disfraz para Halloween, aunque convencer a Trace se le está complicando. Este se acerca a la montaña de tortitas y coge un par. Lindsay le da un golpe en la mano.

Gus, el padrastro de Nell, aparece sonriente. Estaba en el garaje, arreglando un par de cosas. Nos sentamos alrededor de la mesa y degustamos la merienda, que casi se convierte en cena. Los

niños vienen de vez en cuando a pillar una tortita y regresan al comedor a jugar.

—¿Os iréis el domingo? —pregunta Gus.

Nell asiente.

—Todo el finde para vosotros. ¿Has preparado mi habitación? —le pregunta a su madre.

—Es la misma de siempre, cielo. He puesto un colchón en el suelo para Trace, para que no hagáis cochinadas en mi casa.

—Como si no pudieran hacer... —Dejo inconclusa la frase.

Es de lógica lo que sucede en esa habitación por las noches y Lindsay también lo sabe, pero no se lo va a poner en bandeja. Mientras veo como mi amiga acaricia la mano de Trace pienso en mi situación: sola con Connor y nadie cerca para besarme.

¡Adam!

¿Qué digo? ¿Qué barbaridad acaba de pasar por mi mente? Un amigo de la adolescencia no es la solución.

—Janice, ¿al final, cuáles son las opciones para el disfraz de Halloween? —me pregunta Nell.

—Los niños son los que mandan. Espera que los llamo. Llevan días reflexionando.

Nosotras ya hemos hablado. Creo que ella tiene decidida la canción y hasta el baile que hará en la fiesta del barrio. Pero le sigo el rollo. Cuando estamos los seis alrededor de la mesa, la lista de posibilidades crece.

—Mamá, ¿por qué no nos disfrazamos de *Mario Party*? —exclama Connor muy emocionado—. Podíamos ir cada uno con un atuendo diferente. Yo me pido Luigi y seguro que Devon quiere el de Mario. Justice, el que prefieras. —Mira a su amigo y este asiente—. Tú y Nell podríais ir de Peach y Daisy, y Trace podría ser Toad o Donkey Kong.

—Yo me pido Yoshi —dice Justice.

—Yo no voy ni de mono ni de hongo —apostilla Trace, que se conoce a los personajes del videojuego y ha visto la encerrona.

—Es una opción, cielo. Vamos a ver qué más hay.

La voz melosa de mi amiga, con la que intenta convencer a su pareja, no sé si es la más adecuada.

—¿*Alicia en el país de las maravillas*? —consulta Trace. Es algo que ya le ha comentado, aunque no lo vea correcto.

—Es ideal, y tenemos algunas de las piezas. No deberíamos darle más vueltas.

—Porque te disfrazaste cuando eras joven y tengas las prendas no significa que yo quiera ir de conejo —refunfuña Trace.

—Irás tapado, nadie te reconocerá, y Gus ha cuidado muy bien del traje —insiste mi amiga. Al final Trace hará lo que ella diga.

—Podéis ir vosotras con los niños —comenta este—. A ellos les encanta el truco o trato. Yo esa noche ayudo a Lindsay y a Gus con la cena. No hace falta que os acompañe.

—Tú no te escaqueas. Vienes con nosotras. Es una tradición y lo hacemos cada año.

—No me gusta disfrazarme —intenta zanjar la conversación, aunque no lo consigue.

—A mí me encanta —suelta Nell—, por lo que debes hacer feliz a tu chica y no se hable más. Venga, propón tú algo.

—Podríamos ir todos de piratas —sugiere Connor.

Mi hijo quiere que el ambiente cargado baje de revoluciones. En casa, con mi madre, solo somos tres y apenas discutimos. Las comidas son muy tranquilas y relajadas. Es llegar a casa de Nell y hasta Connor se transforma.

—O de motoristas y así Trace no debe cambiar mucho su atuendo —comenta Justice.

—Vamos a ir de *Alicia en el país de las maravillas* —sentencia Nell. Mi amiga lo tenía claro. Ha querido hacer partícipe a su pareja, pero, al ver que no logra su cometido, lo cierra en un periquete—. Los niños, de cartas; solo tenemos que hacer las manualidades y un mono negro debajo. Les compramos guantes del mismo color y un pasamontañas para prevenir el frío.

—Si van cada uno de un palo les podríamos poner unas coronas diferentes —sugiero.

—Estupendo. Yo me pido Alicia y tú serás mi conejo blanco. —Se acerca a Trace, le acaricia la barbilla y le da un beso en la mejilla—. Nadie te reconocerá y el disfraz que se puso Gus para acompañarme cuando yo fui Alicia te va al pelo. Janice, tú de Reina de Corazones. A ver si rompes alguno este año.

Qué poco me conoce mi amiga o qué ganas tiene de que sonría más a menudo. Quién sabe si ese disfraz logrará el deseo de un corazón sin latido.

—Pues poco había que decidir en esta reunión, por lo que veo. —El tono de voz de Trace tiene cierto deje malhumorado. Se pone en pie y se dirige al sofá.

Los niños se van con él y encienden de nuevo el videojuego. Aprovecho el momento para contarle a mi amiga mi encuentro con Adam.

—Está igual, casi no ha cambiado. Cuando lo vi en la tienda, charlamos un rato, aunque apenas tuve tiempo.

—¿Sabes para qué ha vuelto?

—No hubo ocasión. Supongo que está aquí por lo de su tío.

—¿Jake? ¿Qué pasa con él? —pregunta Nell.

Pues parece que mi amiga no se ha enterado. Su vida sucede en Baltimore, donde trabaja en una revista de música, en el departamento de *marketing*. Y la relación que ella tenía con Jake no era muy cercana.

—Murió la semana pasada y hace unos días fue el entierro, al que no pude ir. No sabes lo mal que me sentí. El abogado, el señor Thomas, está hablando con algunos de los residentes de Pasadena.

—¿Ha hablado contigo?

—Aún no, pero sé que lo hará.

—Pues no te preocupes. Seguro que te cruzas con Adam en cualquier momento.

Me encojo de hombros. Eso espero. O no. No lo sé. ¿Por qué le estaré dando vueltas a una relación inexistente del pasado?

5

Adam

26 DÍAS PARA HALLOWEEN



Me he despertado en un lugar que apenas reconozco. Cuando accedí a la casa, no vinieron a mi mente los recuerdos de las carreras que hacía con mi tío a través de aquel pasillo ni los desayunos en la terraza exterior durante los que nos contábamos anécdotas inventadas de libros imaginarios que escribiríamos y de aventuras que viviríamos. Me sentí en un lugar ajeno a mi memoria.

Tampoco reconocí aquellas paredes. En ellas hay ahora cantidad de cuadros pintados al óleo o con témpera, algunas son obras de arte y otras, no tanto. En las mesillas del dormitorio reposan muchas fotos de personas del pueblo, más que de nosotros, su familia, que apenas ocupamos un pequeño rincón en el dormitorio. Me siento un extraño y me costará hacerme al espacio.

He bajado a la cocina de madrugada, tras haber descansado unas horas, pues mi mente ha divagado por tristes parajes. Me preparo un café solo, bien cargado, y unas tostadas, y me siento en el banquillo. Lo echo mucho de menos.

Pienso en mi vida. En Dublín lo tengo todo, soy feliz, y aquí los recuerdos retumban en mi cabeza.

Mientras limpio la taza, a través de la ventana veo a Nell y a Janice, que pasean junto a los que supongo son sus hermanos e hijo.

Me apetece hablar con ella, con las dos, aunque más con la rubia. Me sonrojo por el pensamiento y no sé si seré capaz de ejecutarlo. ¿Por qué no? Dejo la taza en el fregadero, cojo la bolsa de basura y salgo.

Estoy convencido de que será la mejor decisión del día.

Con las llaves en la mano, doy un portazo, dejo la bolsa en el contenedor y en dos pasos estoy a su lado. No sé si será muy creíble, porque he aparecido frente a ellas en un segundo haciéndome el encontradizo, pero ha sido la única opción que he visto.

Janice me sonríe, al igual que Nell.

—¿Quién es, mamá? —pregunta uno de los pequeños. Ese cabello rubio, un pelín más largo de lo normal, lo delata: debe de ser Connor.

—Un amigo de cuando iba al instituto —responde Janice diligente.

—¿Y por qué ha vuelto? No lo había visto antes por el barrio.

—Cosas de mayores. —Veo que Janice no quiere darle demasiada información.

—Si te va a hacer daño, me lo dices, que llevo mi espada en la mochila.

—No te preocupes, cielo, ve con tus amigos a jugar.

¡Vaya con el hijo de Janice! La cuida, aunque no supere medio metro del suelo.

Los pequeños se alejan de nosotros, alentados un poco por Nell para que vayan a saltar al parque cercano y así tengamos la oportunidad de hablar de forma tranquila.

—Disculpa. El otro día había mucha gente en la pastelería y no te di el pésame. Siento lo de tu tío, de verdad. —Janice se acerca y me da un abrazo.

—Eso, yo también —suelta Nell.

—Estuve en el sepelio, no te vi —continúa Janice en un murmullo. Parece que le cueste pronunciar esas palabras—. Me dijeron que llegaste al entierro y a la ceremonia posterior. No pude estar, por lo que preparé algunos de los dulces. Me dolía tanto su pérdida que preferí abrir la tienda; mi adiós ya lo tenía. —Su tono de voz destila tristeza.

Las palabras de mi tío resuenan en mi cabeza: «Era como una hija para mí».

Percibo que Janice sentía el mismo amor por mi tío que el que él narró en su carta y eso me reconforta. Aún recuerdo la amistad que iniciamos en el instituto, y noto cierta tirantez y distancia por parte de ambas. Normal, no soy el de antes y ha pasado demasiado tiempo.

—Jake quería mucho a la gente de esta ciudad, a su familia un poco menos. —Desconozco el motivo por el que han salido esas palabras de mi boca.

—¿Por qué dices eso? —consulta Nell.

—En la casa hay muchas fotos de los vecinos, de la historia de Pasadena y sus calles.

—Jake se hacía querer —dice Janice—. Nos ayudaba mucho, lo daba todo por una ciudad que lo amaba y nosotros intentábamos hacer lo mismo por él. No sé si siempre lo conseguimos. Era una buena persona y vamos a notar su ausencia.

Se dirige a mí, pero continúa pendiente de algo a mis espaldas. Me giro apenas un segundo para comprobar que es de Connor, que, a lo lejos, se cuelga de unas ramas con sus amigos y hay peligro de que se caigan. Es una buena madre.

—Y ¿cómo es que te has quedado por aquí? Aparte de venir al entierro de Jake, claro —pregunta Nell y Janice le da un codazo por su osadía. Es normal su curiosidad, porque no acostumbro a visitar la ciudad.

Me encojo de hombros. Tampoco sé la respuesta ni el motivo por el que estoy alargando mi estancia.

Cuando sonó el teléfono de la entrada de mi ático en Dublín y me dieron la noticia de la muerte de mi tío, tuve claro que debía venir de inmediato. Era indispensable ocuparme de sus bienes y de su sepelio. Su familia tenía que estar en Pasadena, en su ciudad natal. Así lo hubiera querido mi madre.

Normalmente era él quien cruzaba el océano para vernos y eso fue parte del motivo de mi repentino viaje. Tenía la sensación de que él lo había dado todo por nosotros, incluso vino al entierro de mi madre, por lo que era imprescindible que yo estuviera aquí por él. Debo tomar cuanto antes una decisión respecto a la venta y así alejarme. ¿Es lo que deseo? ¿Y ella?

—Me quedaré un tiempo, aún no he decidido cuánto. ¿Y qué tal vosotras? —le pregunto.

Janice mira a los niños, incluso les da un par de voces antes de continuar hablando conmigo.

—Les encanta jugar juntos, sobre todo a los videojuegos. Por eso los hemos sacado esta mañana un rato a pasear. Que salten, corran, se muevan y que no estén encerrados en el comedor. Aunque sé que estaríamos más tranquilas en casa, sentadas en el sofá del salón y así charlar, a veces hay que hacer lo que hay que hacer.

Apenas sé qué decirle. Quiero hablar con Janice, saber cómo le va la vida, incluso que Nell me cuente la suya. Quiero volver a ser aquel amigo que un día fui.

Odio que la distancia que yo marqué haya roto la amistad que teníamos, aquello que nos unía y ahora está deshilachado.

Cierro los ojos y aprieto los puños. Tengo que irme. Aun así, continúo preguntando. ¡Seré imbécil!

—Nell, ¿vives aquí?

—No. Yo prefiero la gran ciudad. Vivo en Baltimore. He venido a ver a la familia este fin de semana; me escapó algunos, no todos los que quisiera. Hacía tiempo que no veníamos y

hemos aprovechado que debíamos preparar los disfraces para Halloween, que está a la vuelta de la esquina.

—¡¡¡Nel!!! —Una voz a lo lejos me saca de mi indecisión. Un hombre corre hacia nosotras y ella se gira para tirarse encima de él. Una sonrisa los acompaña a ambos. Son pareja, no hay duda.

—Trace Dunhill. Adam Gleeson.

—Encantado —respondo al saludo.

—Igualmente —comenta y exhala aire por el esfuerzo de la carrera—. Tenemos que irnos. Lindsay y Gus nos esperan. Quieren que vayamos al centro comercial a buscar no sé qué para la cena de esta noche. ¡Chicos! —les grita a los niños—, ¿os apuntáis?

Los tres se acercan y, cuando se enteran de la propuesta, asienten. Connor le pregunta a su madre y esta lo deja ir. Creo que es lo mejor que me podía pasar esta mañana. Me voy a quedar a solas con ella, aunque sean unos segundos. A ver si consigo que mi cabeza se centre y articule buenas preguntas.

—¿Quieres continuar paseando? —le consulto. Espero que acepte.

Empieza a andar. Es una manera de decir que sí sin pronunciar palabra. Me va a costar mantener una conversación con ella y odio sentirme así.

—¿Cómo va la pastelería? El otro día estaba llena de clientes.

—No va mal. Como viste, mucha gente y poca mano de obra —me contesta con una sonrisa.

—El producto que tienes es delicioso. La tarta de manzana estaba de muerte.

—Es uno de los dulces más demandados. Al barrio le chifla y por eso hago siempre más de la cuenta. Y se acaba todos los días.

—Estoy convencido de que tienes otros que podrían saltar a la fama.

—Cuando quieras vuelve a pasarte y te prepararé un buen surtido. Bueno, dímelo con tiempo, para que pueda organizarlo. Con Ramón y yo a solas, no damos abasto.

—De eso me percaté.

—Viene mucha gente, pero también tengo mucho gasto. No me puedo permitir contratar a otra persona y Ramón solo está por las mañanas, que es cuando tengo más clientela. Aun así, nos apañamos. Formamos un buen equipo.

—Si quieres me paso y le doy una vuelta a los números. En el restaurante, al principio, nos costó salir adelante, aunque al final lo logramos y ahora funciona solo.

—¿Tienes un restaurante?

—Sí, en Dublín. Con un socio. Hace unos años que está en marcha y no me puedo quejar.

—Yo también llevo algún tiempo con la pastelería... No sé, no tengo dotes de vendedora ni de gestora. Y eso que tenía unos buenos socios.

—¿Socios?

—Esa no es la palabra adecuada. Gente que confiaba en mí y me apoyaba. Tu tío era uno de ellos. Ahora que no está, no sé, dudo que pueda seguir con el negocio abierto.

Creo saber por qué dice eso. El jueves, el abogado me enseñó algunos papeles de los dos locales y vi que el contrato de alquiler de Janice era ridículo. Paga un precio que ya quisieran muchos. Es un acuerdo que pactó con mi tío.

Tengo que ver la manera de gestionar esta situación lo mejor posible. Mi idea es vender y volver a Dublín, con los míos. Mi tío quiere que les dé una oportunidad, que pase una temporada en Pasadena y respire el aire de esta ciudad, de su barrio, sus costumbres, su gente. También quiere que me lance con ella y esa parte es la que veo más difícil. Estoy convencido de que lo

mejor será alejarme.

—¿Y cuáles son tus planes? —le pregunto curioso.

—Por ahora, trabajar. Tengo cita con el abogado en un par de semanas. Quiere explicarme algo sobre el testamento de tu tío.

—¿Crees que te dejó algo?

De eso no me dijo nada en la reunión que mantuve con el señor Thomas. Me acabo de quedar perplejo.

—Nooo, no creo. Supongo que algún escrito. Su pérdida ha sido dolorosa para el barrio, pero en cierto modo él la esperaba. A tu tío le encantaba escribir y sé que el abogado ha entregado algunas cartas a otros vecinos de Pasadena. Estoy convencida de que son unas buenas palabras para una amiga. Lo echaré mucho de menos. —Y unas lágrimas aparecen en su rostro.

Continuamos el paseo y cuesta que las palabras broten de nuestros labios. Unos minutos más tarde regresamos cada uno a su casa. Es lo mejor, dejar de remover el pasado, porque sé que ella también lo siente.

6

Janice

25 DÍAS PARA HALLOWEEN



Anoto en la larga lista de tareas un par más que no sé si seré capaz de ejecutar esta semana. ¡En qué día decidí hacerme cargo de varios puestos en la feria de Halloween! Es verdad que saco una buena cifra cada vez que los pongo, pero el trabajo que conlleva no sé si compensa.

Este año, aparte del puesto de dulces con todos los pasteles, tartas y *brioche*s que siempre elaboro, he decidido hacerme cargo de un taller de galletas para niños, así como otro en el que los más pequeños puedan usar su creatividad y hagan creaciones con las calabazas.

—Buenos días, Janice. ¿Dónde estás? —me llama Nell.

He oído el timbre y mi madre ha abierto a quien osara llegar a casa tan pronto un domingo.

—En el despacho.

—¿A esto lo llamas despacho? —El tono de Nell es demasiado alto para estas horas y, en cuanto me ve, baja el volumen y se acomoda en la esquina de la cama.

Es mi espacio, aunque ella no lo crea. Era un pequeño vestidor que apenas usaba y un día decidí hacerle unos arreglos, meter una mesa y un ordenador, y aquí se me van algunas horas con el papeleo de la pastelería. Es donde me dedico a organizar la semana y eso es lo que estaba haciendo cuando Nell accede.

—¿Por qué ha venido tan pronto? —le consulto.

—A ver a mi amiga, ¿no puedo?

—Claro. También podrías estar un rato más con Trace en la cama, haciendo cositas.

—No seas tonta. Trace se ha ido a correr y como ya estaba despierta después de... —Alza las cejas con un toque pícaro—. He decidido acercarme y charlar contigo. No me contaste nada de ayer, de cómo acabó tu paseo con Adam.

—¿Qué quieres saber?

—Detalles escabrosos. De los que me gustan. ¿De qué hablasteis?

—De apenas nada. Tiene un restaurante.

—¿Dónde?

—En Dublín. Se ha ofrecido a mirar los números de la tienda.

—Esa que sacas a flote con tu constancia y tesón.

—Esa que me quita muchas horas y con la que apenas respiro. Y, si revisan el acuerdo que firmé con Jake y no me lo renuevan, puedo hasta cerrar. Listo, se acabó.

—Primero, te dije que si necesitabas mi ayuda, solo tienes que solicitarla. Y segundo, ¿por qué iban a revisarlo? Es un contrato escrito, un acuerdo al que llegaste con él.

—Supongo que venderán el local, se hará cargo algún magnate...

—Vaya palabreja más culta acabas de usar.

—¡Nell!

—¿Qué? Es una manera de sacarle punta a este embrollo en el que te estás metiendo solita sin apenas saber nada. ¿Le has preguntado a Adam? Él ya habrá hablado con el abogado, tendrá más detalles.

—No se me ha ocurrido. Me puse nerviosa cuando me crucé con él.

—¡Nerviosa! —exclama Nell a la vez que se acerca y me hace cosquillas.

La aparto de un manotazo. No debo dejar que ningún sentimiento se interfiera en mi día a día. Estoy bien como estoy y no necesito a nadie cerca.

—Si se cancela el acuerdo voy lista. No podré pagar a Ramón ni a los proveedores y mi sueño se hará añicos.

—Hoy te has levantado pesimista. A ver, tienes que vivir de la tienda y si no, me pides ayuda, que te lo he dicho mil veces y ninguna de esas me has escuchado.

—La tienda tiene que funcionar por sí sola.

—¿Y no lo hace?

—Depende de los meses. Octubre y noviembre son de los buenos. Además, con la feria saco un remanente considerable para los siguientes. En Navidades también funciona bien.

—¿Ves? Si te organizas, sales adelante.

—Si en marcha está. El problema es que hacerme cargo del local es inasumible. Si modifican el alquiler, tendré que irme. Sabes que mis precios no son del todo competitivos, pero me acerco a la gente del barrio, así ellos se endulzan con mis creaciones.

—Lo sé, y por eso llegaste a ese acuerdo con Jake. Ofreces precios bajos por un alquiler asequible para que todo el vecindario deguste tus postres. Además, tú te has buscado otras donaciones, que me encanta, te hacen ser tú, aunque apenas te dan para cubrir gastos. Solo tienes que pedir ayuda. Y si hablas con Adam entenderá tu situación. Además, sabes que Nell, o sea yo, puedo ser tu socia capitalista.

—Sí, menuda socia. —Suelto una carcajada y cierro la libreta en la que anotaba los gastos de este mes.

—Hablo en serio.

—Dejemos este tema.

—Perfecto. ¿Volvemos a Adam? Ese puede ser el siguiente punto del día, además estoy segura de que si hablas con él te resolverá algunas de las dudas que peregrinan por tu mente.

Cabeceo y salgo del despacho. Me siento al lado de mi amiga en la cama y apoyo la espalda en el cabezal. Nell se mueve y cruza las piernas.

—Ya te he dicho lo que sé. No hay nada más que comentar.

—¿Cómo que no?, ¿qué te contó?

—Nada.

—Está más guapo de lo que recordaba.

—Como siempre. —Le doy un pequeño empujón en el brazo para que deje de insinuar tonterías.

—Estás arisca.

—Será que has venido demasiado pronto. Aún no he tomado café y tengo un lío de mil demonios en la cabeza.

—Dejemos de hablar de ti; yo quiero saber más de esa monada.

—Lo sabes todo —le digo a mi amiga—. Hace diez años se fue porque su abuelo acababa de fallecer y su familia decidió instalarse en Irlanda. Y ahora ha vuelto al entierro de Jake.

—Es que no se lo pusiste fácil.

—Pero ¿qué tendrá esto que ver conmigo? Cuando él se marchó, Connor acababa de nacer y

yo estaba enamorada de Nick.

—No me hables de ese cabrón. Lo odio. —Mi amiga nunca lo ha soportado, ni siquiera el poco tiempo que salimos en el instituto. Supongo que por eso no aceptó mi relación y mucho menos lo que sucedió después—. ¿Continúa en California?

—Viene de vez en cuando. Pero, si no quieres hablar de él, no sé por qué preguntas.

Nell se sulfura. Mueve exageradamente la cabeza y resopla con fuerza. No soporta ni mencionar a aquel chico del que un día me enamoré, me dejó embarazada y se largó de mi radar. Y yo tampoco.

—Pues eso me gustaría saber. —Nell se tumba en la cama y coloca su cabeza en mi regazo. No hay quien nos entienda.

Bajamos a desayunar con Connor. Cuando me ve, se mete en la boca las últimas cucharadas de cereales y se acerca bastante rápido y meloso.

—¿Puedo ir a casa de Justice?

—Estuviste ayer toda la tarde.

—Ya. Tienen el videojuego nuevo y quedamos que volvería a ir. Por favor, mamá, déjame ir.

—Vale. —Soy bastante fácil de convencer y en la casa de al lado tiene a sus mejores amigos. Y yo tengo a Nell.

Me da un beso y cierra la puerta con sigilo para que no nos enfademos.

—¿Me ayudarás con los puestos durante la semana de Halloween? —le pregunto a Nell.

—¿Qué has decidido hacer este año?

—Demasiadas actividades y poco tiempo. He de encargar el material, contactar con los de las calabazas y preparar el taller para los pequeños.

—Trace tiene buena mano, será un ayudante de excepción. Ya puedes tachar un punto de esa lista interminable.

—Primero deberás preguntárselo.

—Dirá que sí. Yo me encargo. Lo que no entiendo es por qué en cada nueva edición de la feria escoges otra actividad que te quita más tiempo del que sabes que no dispones.

—Lo paso bien, y es una ayuda que ofrezco al barrio. Si los veo felices, yo también lo soy.

—Generosa es poco. No sé cómo pretendes hacerte rica con la pastelería.

—Yo no he hablado de eso; quiero salir a flote y con eso me basta. La felicidad de los pequeños y del barrio en general es lo que me llena.

—A flote estás. Solo tienes que dejar la beneficencia y ganarías un pastón.

—Algo que sabes que no voy a hacer.

—Pues entonces no te quejes.

—Vale. —Acepto la tregua.

—Aaah, hablando de otro tema, no creo que consigamos convencer a Trace para que nos acompañe disfrazado al truco o trato.

—¿Por? Si tú haces magia en ese sentido.

—Me dio un discurso ayer, que si no lo podía obligar, que si él decide lo que quiere hacer... Me da que siente vergüenza. ¡Pero si nadie lo conoce! No sé qué le pasa. Lo seguiré intentando.

Mi amiga me deja a solas y yo trato de poner en orden mis pensamientos. La tienda tiene que funcionar. Lo que me impulsó a iniciar ese negocio debe permanecer. Quiero que todos prueben mis dulces.

Ramón me envía un mensaje. Quiere hablar conmigo en privado. Algo oculta y no imagino qué puede ser.

Y Adam... Adam continúa dando vueltas por mi cabeza sin que sepa el motivo.



Suena el despertador y le doy un manotazo para apagarlo. Estoy boca abajo, a gusto en un colchón cómodo. Aunque llevo una semana en Pasadena aún no me acostumbro a la paz y el descanso que estar aquí me produce. Una cálida luz entra por las ventanas y roza los pies de mi cama.

Cierro los ojos y se me acumulan los pensamientos. A estas horas ya estaría metido en el restaurante, en el despacho del piso de arriba, revisando presupuestos, haciendo pedidos, pagando nóminas... Enganchado al teléfono y a una pantalla de ordenador.

Me gusta gestionar estas tareas sin trabajadores de por medio. Siempre llego antes que ellos y avanzo en lo que puedo. Luego comemos juntos, me cuentan sus vidas y yo comparto la mía. Jonas hace lo mismo y, aunque él tiene mujer y dos hijos, acostumbra a degustar con nosotros los platos que elaboramos. Dice que es parte del trabajo y una manera maravillosa de hacer sentir a la plantilla que somos un equipo.

Abrir el restaurante, girar la llave para que la puerta doble dé acceso a los clientes a nuestro establecimiento, es lo mejor del día. Tenemos completo casi toda la semana y el teléfono no para de anunciar nuevas reservas.

Es un bonito recuerdo que me traslada a Dublín, a los míos y a pensar en lo que debo hacer con lo que tengo entre mis manos.

Nos hemos planteado una ampliación y ahora el dinero de la venta de los inmuebles de mi tío puede ayudarnos a llevarla a cabo.

Me pongo en pie de inmediato y, al poner los pies en la alfombra, me acuerdo de dónde estoy. En una habitación, en la casa de mi tío. Cabeceo con fuerza, elimino lo que me turba a estas horas tan tempranas. Me coloco las bambas y salgo a correr. Espero así despejar mi mente, dejarla en blanco y al volver hacer esa lista de pros y contras que llevo aplazando demasiado tiempo.

Me cruzo con otros deportistas que aprovechan esas primeras horas del día para explorar rincones de una ciudad que aún resuena en mi cabeza.

El tiempo que viví aquí fue alucinante. Nací cerca del lago, en la granja que mis padres habían comprado para hacer crecer a su familia. Una familia en la que solo nací yo. Mi madre no se quedaba embarazada y, pese a sus intentos, yo fui el único que llenó su corazón. Por ello, los animales de la granja se llevaron también parte de su amor. Éramos una familia muy unida, aunque de pequeño tamaño. El tío Jake, que vivía en el pueblo, nos visitaba dos o tres veces a la semana, o incluso más. Tengo recuerdos con él en todos los lugares de Pasadena, me acompañaba al colegio, a excursiones, me cuidaba cuando estaba enfermo...

Siempre fui un joven callado y estudioso, de los que pasan inadvertidos por la escuela, y cuando llegué al instituto fui translúcido para el resto de compañeros. No me importaba, me iba bien. Tenía a mis amigos, pocos, con los que reía y lloraba y no necesitaba más.

Recuerdo mis momentos con Janice, cuando descubrió que estaba embarazada y Nick no

quiso reconocer su participación.

—Será de cualquiera —le gritó una mañana, en el pasillo del instituto, mientras yo los observaba desde un rincón—. ¿Con cuántos te has acostado? Busca entre ellos al padre de ese hijo. Mío, puedo asegurarte que no es.

—Nick, por favor —trató de apaciguarlo Janice—, no alces la voz. Podemos hablar en otro sitio, con más calma. Tal vez no ha sido el mejor momento para desvelártelo.

—¡Que no es mío! Imposible que sea el padre —continuó gritando.

—Nick.

—Ni Nick ni hostias. Lárgate.

La trató tan mal aquel día... Janice me buscó después en la cafetería y, con miedo en sus ojos, me lo contó. Yo había sido testigo de la escena, aunque no la ayudé. Al relatarme la situación acaecida, rebajó bastante la actitud de Nick, pero yo había visto que él había sido el malo de la película. Se comportó muy mal y yo me sentí peor por no ayudarla.

Sacudo de mi cabeza esos pensamientos que no me permiten centrarme en lo importante. Subo los tres escalones del porche, me doy una ducha y espero a la hora oportuna para contactar con Jonas. Debe aclararme unos mensajes de un proveedor que recibí anoche y que no comprendo.

—Benditas las horas —responde a través de la pantalla y sonrío al verlo. Está recogiendo una de las mesas del restaurante y se aleja hacia la puerta exterior mientras un par de camareros me saludan.

—Llevo rato levantado. No he llamado antes para no sacarte de la faena.

—Aquí sabes que vamos a tope siempre. Tú llama y te lo cogeré si puedo; si no, un mensaje.

—Quería hablar con mi amigo, no molestar.

—Tú nunca molestas. Cuenta, ¿qué tal todo? ¿Cómo estás?

—Con demasiadas preocupaciones en la cabeza —¿Por qué hago que algo sencillo sea complicado? La decisión es fácil: vender los inmuebles y volver a Irlanda, con mi padre y mi restaurante.

—¿Qué has decidido?

Puse al día a Jonas con un mensaje después de hablar con el abogado, debía sacar de mis pensamientos lo que me había explicado y necesitaba asesoramiento. Él, mi amigo, podía dármelo.

—Aún nada. —Entrelazo los dedos en mi cabello en señal de derrota—. No sé qué es lo mejor para mí y para mi familia, y mucho menos lo importante para este pueblo.

—Debes pensar en ti.

—Lo sé, pero... La he visto. Janice vuelve a cruzarse en mis divagaciones y no es bueno. Ella no me hará tomar la mejor decisión.

—Puede decantar la balanza y tu tío sabía eso —comenta Jonas.

—Pero es que no es la solución. Apenas existo en su círculo y no sabe lo que un día sentí por ella.

—Ni lo que sientes ahora. Lánzate, como sugirió Jake en la carta.

—Ahora... —Cierro los ojos y pienso. ¿Qué siento en estos momentos por Janice? Es un bonito recuerdo, una posible historia de un ayer que se dibuja en mi mente. Pero han pasado cerca de diez años y los sentimientos no son los mismos.

¿Seguro? Diría que no la he olvidado, que nadie ha conseguido acercarse a mi corazón porque ella siempre lo había tenido.

—Adam, no le des más vueltas. Pasa un tiempo ahí, reúnete con tus amigos, rememora ese pasado que un día tuviste. Si decides quedarte, aquí estamos bien; y, si decides volver, te esperaremos.

—Llamaré a mi padre y hablaré con él. Por cierto, ponme al día en relación a esos correos electrónicos que he recibido de Duncan.

Y nos metemos en una conversación sobre el restaurante que me hace perder parte de la mañana. Cuelgo y redacto unos *emails* para aclarar un par de acuerdos con proveedores y que no embauquen al bueno de Jonas.

Una vez resuelto el embrollo laboral, me caliento un trozo de *pizza* y llamo a mi padre.

La conversación no es muy larga.

—Pasamos un tiempo maravilloso en esa granja —recuerda mi padre—. No se me van de la cabeza instantáneas de tu madre y tú corriendo por el campo de trigo.

—Aquí nací y pasé mi adolescencia; mi pasado está ligado a Pasadena.

—Allí conocí a tu madre, la persona más alegre que pueda recordar. Ella amaba ese pueblo y tu tío Jake también. Pusiste muchas pegas el día que nos marchamos. No querías desprenderte de lo que te unía, de esas raíces que echaste.

—Acababa de cumplir los dieciocho. Mis amigos estaban aquí y también mi matrícula en la universidad.

—Y una chica, si no tengo mala memoria.

—Aún estás lúcido, no te quejes.

—¿La has visto? ¿Es por ella que tienes dudas? No pienses en mí, tú eres lo importante. En aquella ocasión te decantaste por nosotros, por acompañar a tus padres a impulsar el negocio de un abuelo fallecido. Ahora debes pensar en ti.

Con la conversación de mi padre aún retumbando en mis pensamientos, salgo de nuevo a pasear.

Voy sin rumbo fijo, aunque me descubro frente a The Sweet Spot. Me paro y observo el local. Un toldo a rayas blancas y rosa pastel cubre la doble cristalera tras la que se muestran sus dulces. Desde lejos veo bastantes bandejas vacías; le queda poco género. Un cliente abre la puerta y sale. Retrocedo un paso para evitar que ella me vea.

No puedo esperar más tiempo para comunicarle que los locales son míos y que le mantendré el alquiler mientras decido qué hacer con ellos. Y que, si los vendo, buscaré un comprador que le mantenga el valor de lo pactado.

Camino por la acera hasta la galería de arte. A través de la puerta, veo un señor de unos sesenta años, con pelo largo y traje, que recoloca uno de los cuadros. Esa vestimenta le da un aire bohemio y muy de artista. Estoy convencido de que debe ser el dueño de la galería de arte.

Cavilo por unos instantes si entrar o no para comprobar lo que dijo el abogado y conocer qué maravillas se esconden tras esas paredes.

Al final, desisto. Llego al que ahora es mi hogar y me tumbo en el sofá con un lío de mil demonios en la cabeza.

¿Qué hago?

Vendo rápido, sin pensar ni hacer lo que mi tío me aconsejó en esa carta y regreso junto a los míos, o le doy una oportunidad a esta ciudad y vemos a dónde llega ese camino de dulces que no dejo de saborear. Porque ella está en mis pensamientos e inclina la balanza hacia el lado equivocado. ¿O tal vez es el correcto?

8

Janice

23 DÍAS PARA HALLOWEEN



—Zoie, cariño, lo dejo en el mostrador y tú te encargas de colocarlo, que voy con algo de prisa —le comento a la hermana de mi amiga Ava.

—Espera, espera, que quiero hablar contigo —me dice, a la vez que alza la voz, pues se encuentra al otro lado de la cafetería limpiando una mesa y algunos clientes la miran de malas maneras. Literary Latte es un lugar de lectura y Ava nunca hubiera gritado. Zoie es un poco especial.

—Apenas tengo tiempo, había cola para entrar en la pastelería y Ramón se enfada si lo dejo mucho rato solo. Dime, ¿qué es lo que me quieres contar?

—¡Vaya con Ramón! Si lo dejas un rato al cargo de la tienda tampoco le va a pasar nada y yo quiero charlar contigo. Seguro que está bien. —Se acerca al lugar donde he dejado los pasteles y tartas que había encargado—. ¿Qué es lo que me has traído para esta mañana?

—Zoie, ¿qué crees que puede haber en las cajas? Lo que me pediste, lo de siempre. Bueno, he horneado un par de bizcochos de limón y canela y también te he dejado una tarta de frambuesa extra, que estoy convencida que vas a vender en un santiamén. —Le hago un guiño.

—Eres genial. Tú sí que sabes cómo funciona el negocio.

—Y tú, que le estas poniendo mucho cariño. —Le despeino ese pelo de colores que tanto me gusta y tanto la hace ser ella.

—Le pongo el que necesita. No se lo cuentes a tu amiga Ava, que, si no, regresa de inmediato de ese viaje de ensueño. Que cada vez que hablamos me interroga y ya no sé cómo quitármela de encima.

—Luego le escribo. ¿Me llamas si necesitas algo más? —Le doy un beso en la mejilla para despedirme.

En la cafetería hay bastantes clientes. No sé de qué se preocupa Ava, que me pide vigile a su hermana pequeña, ni de qué se queja Zoie, si tiene público para servir esperando. Al girarme para salir, la puerta de Literary Latte se abre y aparece él.

—Hola, Janice.

—Hola, Adam.

Continúo con intención de salir de la tienda, pero me detiene.

—Pido un café y te acompaño. ¿Me esperas? ¿Quieres uno? —me pregunta.

—No, gracias, tengo un poco de prisa.

—¡El café está listo! —exclama Zoie desde el fondo. Parece como si ya supiera qué es lo que deseaba.

Adam paga la bebida y, con ella en la mano, abre la puerta para salir a la calle.

Lleva una camisa en un tono verde que le favorece. La barba que cubre su rostro lo hace

más atractivo y la amabilidad con la que me trata me gusta.

—Quería hablar contigo de tu negocio y...

—¿Podemos aligerar un poco? He dejado a Ramón solo y... —Acelero sin apenas prestarle atención. Acabo de ver la larga cola que se ha formado en el exterior de The Sweet Spot y no quiero que esperen. Confío en que Adam no se tome a mal el poco caso que le he hecho.

Entramos y Ramón discute con un cliente que no quiere aceptar que la persona anterior a él se ha llevado la última porción del pastel de manzana.

—¿Le puedo ayudar, señor? —le pregunto de forma pausada.

—Ayer hice un pedido y venía a recogerlo. Este idiota de aquí —comenta muy enfadado y señala a Ramón— dice que no hay nada anotado en la lista y además que no queda ninguna porción que llevarme.

—Si se pone a un lado —pongo mi tono de voz más tierno para calmarlo—, miro a ver qué ha pasado y el motivo de la confusión.

—Yo no me he equivocado. Aquí los únicos patanes son ustedes, que no son capaces de hacer un simple dulce.

Grita demasiado, se está alterando y ese es el motivo de la larga cola. Intento apartarlo del foco de atención para que Ramón atienda a los clientes que esperan. Adam me mira y se ofrece a echar una mano. Asiento. En estos momentos lo más necesario es salir de este lío.

—¿Podría decirme su nombre, cuándo llamó y qué pedido hizo? —le pregunto al caballero.

—No recuerdo. Solo sé que me dijeron que hoy estaría lista y que pasara a las diez a buscarla. Y aquí estoy, a la hora pactada.

Miro el reloj y las agujas se acercan a las once. ¡Muy puntual no ha sido!

—En nuestra lista de pedidos no tengo anotada una tarta de manzana especial. ¿Seguro que llamó aquí?

—Claro, llamé a Sugar Sweet Spot y aquí estoy. Necesito ese pedido, ya que mi mujer me va a matar si no llego a tiempo.

—Creo que se ha equivocado de calle y de pastelería. La que comenta está al pasar la avenida, girando por Rodeo Drive.

—¡Pero me habían dicho que aquí hacían la mejor tarta de manzana!

—De eso puede estar convencido, pero nosotros somos The Sweet Spot, el lugar más dulce de Pasadena.

Adam me mira mientras atiende a un cliente y su sonrisa hace que mis mejillas se ruboricen. El señor malhumorado se gira y se larga sin pedir disculpas por el follón que ha montado.

—Janice, ¿estás bien? —La señora Rose, cliente habitual y que viene a buscar su bandeja de galletas sin gluten, tan preocupada como siempre. Ese pedido sí que está listo.

Me coloco detrás del mostrador, abro uno de los armarios y se lo entrego. El espacio es pequeño para que haya tres personas atendiendo y me rozo con la pierna de Adam. Él se aparta y me deja pasar.

Continuamos con los clientes que aún faltan. Yo estoy más tiempo en la trastienda, mientras preparo masas y tartas, y Adam y Ramón ponen al día el error generado por ese imbécil que encima no se ha disculpado.

—Parece que todo está en orden —comenta Adam. Se pone a mi lado, arrastra con el dedo una pizca de harina y me mancha la nariz.

La retiro de inmediato. ¿Por qué habrá hecho eso?

—Gracias por ayudarnos, aunque no hacía falta que te quedaras. Ramón y yo hubiéramos...

—Estoy convencido de ello. Ha sido un placer hacerlo. La verdad es que no he podido

probar los dulces, pero el olor que nos rodea es delicioso.

—¿Quieres una galleta de calabaza? En esta época se venden muy bien.

Muerde una porción y cierra los ojos. Inspira hondo y percibo que le ha gustado. Está siendo un poco exagerado con los movimientos y las expresiones y sé que lo hace adrede.

—¡Vale! —Me río y lo detengo—. Estaba rica, me ha quedado claro.

—Janice, necesito el paquete del restaurante Doble Dinner. Peter está esperando fuera. — Ramón asoma la cabeza por la cortina y de nuevo desaparece para atender a otro cliente.

Estoy con el merengue y las manos ocupadas, así que le indico a Adam el lugar donde encontrar lo que le ha de acercar a Ramón.

Parece que me he agenciado de un buen ayudante sin pretenderlo.

—Esto sí que tiene buena pinta. —Son unos bocaditos que sirven como postre en el restaurante que está a las afueras de Pasadena. Peter se encarga de recogerlo cada dos días y pronto tendrá que hacerlo a diario.

—No estaba convencida de que la pastelería funcionara, pero mis amigos creyeron en mí.

—Hablamos de Nell, Ava y Leo, ¿no?

—De los mismos. ¡La Resistencia al poder!

Adam frunce el ceño. No acaba de entender nuestra broma. ¡Lógico, es nuestra! Algún día, si se queda un tiempo en Pasadena, se la explicaré.

—¿Por qué The Sweet Spot?

—Una noche de copas con ellos, hicimos una lluvia de ideas. Y «el rincón más dulce» ganó la partida. Porque, según mis amigos, soy la dulzura en persona. —Noto como me ruborizo.

—Una chica con unos ojos brillantes y una preciosa sonrisa.

¡Vaya halago! No me lo esperaba y me hace sentir bien escucharlo.

Saco una bandeja del horno y pongo otra para retirar esos pensamientos que me nublan.

—¿Más horno? Estáis a punto de cerrar —comenta Adam extrañado.

—Tengo un montón de pedidos esta semana y necesito avanzar. —Repaso la libreta, aunque muchos de los encargos son semanales y me los sé de memoria—. Temprano por la mañana es un incordio y, si adelanto, voy más tranquila, que esta tarde preveo movimiento.

—Me ofrezco a ayudarte, de verdad, no me cuesta nada —sugiere Adam.

—No te preocupes. Tendrás cosas que hacer. Además, no has venido a Pasadena a trabajar y pronto te irás.

—No hay nada mejor que estar aquí rodeado de olores maravillosos y conversar contigo a la vez que nos ponemos al día. Si me lo explicas, podría hasta echarte una mano en los preparativos de esos deliciosos dulces. En el restaurante de Dublín soy el de los números, pero de vez en cuando Jonas me llama a la cocina y creo que no se me da mal.

—¿Jonas?

—Mi socio y el alma caritativa que se ha quedado allí encargado de lidiar con los problemas.

—¿Problemas?

—No preguntes más. Son temas que están muy lejos y aquí tenemos una hornada a punto de finalizar, una masa que creo debes remover y unas galletas para decorar. Estoy a tus órdenes.

Predispuesto. Me gusta.

—Se acerca Halloween y adorno mis creaciones con detalles algo tétricos, con calabazas y un toque fantasmagórico. Preparo unos dulces diferentes y parece que tienen bastante éxito.

—De eso puedes estar segura. Una pregunta, ¿por qué dijiste el otro día que no iba bien el negocio y que eras mala vendedora? A mí me acabas de convencer.

—Tu tío me ayudaba. Era un buen reclamo y la gente se acercaba porque él se lo pedía.

—¿No crees que la gente se ha quedado porque lo haces bien?

—Supongo. Pero si me modifican el alquiler será improbable que pueda mantener estos precios. Ayudo a gente de la zona y llevo dulces al centro de acogida infantil los domingos. Tengo muchos gastos y, por ahora, sobrevivo. —Me encojo de hombros.

Adam se gira y se pone a trabajar de inmediato. He notado una pizca de incomodidad en él. ¿Serán paranoias mías? Me enfrasco en el amasado y dejo de pensar en tonterías.

—¿Te apetece que venga a echarte una mano? Esta tarde me es imposible, pero mañana a la hora que me digas estaré aquí.

Asiento. Percibo cierto cosquilleo al pensar que volveré a verlo. ¿Por qué me sucederán esas cosas? Adam es un amigo y nada más.

Cuando cierro la pastelería, agotada de tanto trabajo, aún tengo que acercarme a la reunión que tenemos en la zona comunal para preparar la fiesta de Halloween que cada año ofrece nuestro barrio. Mi madre se encarga de Connor esta noche.

Ceno algo ligero, doy un beso a mi hijo y voy corriendo hasta al ayuntamiento, que dispone de una sala para que podamos reunirnos. Allí cada vecino solicita mejoras en la zona que le ha tocado, nuevos espacios o más grandes. Hablamos todos a la vez y así será imposible que nos pongamos de acuerdo.

El responsable de cultura del ayuntamiento toma la palabra:

—Los espacios están asignados. Os hemos facilitado un plano con el lugar exacto. Solo debéis cumplimentar la tarjeta que os entrego y hacer el pago por la gestión. ¿Más consultas?

Tres o cuatro manos se alzan. Son las mismas cada año, pero es importante estar y no perderte la asignación por si algún vecino se agencia con algo que no le toca.

Este año me encargo de tres puestos y reviso en el mapa que estén lo más cerca posible, tal y como solicité. Ramón me ha prometido que él se encargará de uno y ha convencido a su mujer de que lleve el otro.

Además, Nell se ha ofrecido a cantar una balada y eso ha subido puntos en mi estrategia para obtener un nuevo cargo en el Comité de Fiestas. Quiero ser una de las organizadoras de la parte de la celebración. Helen, que es la que lo gestiona cada año, está que trina, porque finalmente y, por voto unánime, yo me he llevado el premio gordo.

Tenemos que ir disfrazados. Con esa parte del orden del día no habrá problema, solo espero ser capaz de llevarlo todo adelante.

9

Adam

22 DÍAS PARA HALLOWEEN



Trabajar en la pastelería de Janice me recuerda a mi restaurante. Lo echo de menos y siento algo de nostalgia, aunque estar aquí, con este aroma y su compañía, lo hace más agradable. A Janice el negocio le va bien, no se puede quejar, aunque lo haga a menudo. Lo único que se le escapa es el personal: necesita más empleados con urgencia. Solo Ramón y a media jornada, según me comentó el otro día, no es sostenible. No comprendo cómo no lo ve.

Regresar a la pastelería es algo que llevo deseando toda la noche. Ayer se creó un ambiente tan cálido y fabuloso que no hablé con ella de ningún otro tema que pudiera enturbiar el buen momento.

Esta mañana, al llegar, ya había una larga fila para recoger las hornadas de pan que también ofrece a primera hora.

—Durante una festividad preparé unos panes de semillas y otros con pepitas de chocolate, y la clientela empezó a pedirlos cada mañana. Ya se ha convertido en una costumbre y ahora no veo la ocasión de dejar de hacerlos —me comenta alegre.

—¿A qué hora empiezas a trabajar? Para servir este producto es...

Janice me interrumpe.

—Sí, Adam, esto es lo que hay. Si has venido a ayudar, ponte el delantal y saca género. Si no, deja de hablar y nosotros nos encargamos, que cada mañana esto va mejor que hoy. Va, venga, ponte en marcha. —Me acerca el delantal para que me ponga manos a la obra.

Me aparto, aunque tardo apenas unos segundos en ponerme detrás del mostrador y empezar a cobrar a los clientes. Hemos dividido las tareas y parece que da resultado.

La tienda poco a poco se queda vacía y nosotros nos quedamos con la sensación del trabajo bien hecho.

—Voy a llevar el pedido a Literary Latte —comenta Janice dirigiéndose a Ramón.

Este asiente mientras recoloca los *cupcakes* en las bandejas para que quede más organizado y atrayente.

—Te acompaño. Necesito un café.

La ayudo con una de las cajas. Según me ha dicho, si el trabajo no se complica demasiado, las lleva cada mañana. Aunque al principio rechaza mi ayuda, al final cede.

Mientras caminamos, me hace una pregunta que me descoloca.

—Adam, ¿permitirías que te consultara un tema?

Asiento.

—¿Te dejó a ti los locales Jake? ¿Son tuyos?

La miro de reojo. Supongo que lo más fácil es decir la verdad.

—Sí. Estoy decidiendo qué hacer con ellos. ¿Me los quedo o busco a un comprador?

—Una buena opción sería vendérselos al que lo gestiona en estos momentos, ¿no crees?

Esa sugerencia sí que altera mis sentidos.

—¿Quieres comprar The Sweet Spot? —le pregunto.

—Si me haces una buena oferta... —Se sonroja.

Pues parece que sí que he acertado en lo que desea. Pero...

—Este tema debemos hablarlo antes con el abogado. Yo apenas conozco los detalles y...

Me quedo con la palabra en la boca. Quería dejar clara mi postura, que aún no sé cuál es, pero Janice ha abierto la puerta y ya estamos dentro de Literary Latte.

Me he quedado confuso. No esperaba que me sugiriera esa opción. Según ella, los números van mal, apenas tiene personal y no sé si puede permitirse hacer una compra de un local en pleno centro de Pasadena.

—Adam, esta es Zoie, la hermana pequeña de Ava. ¿Ya sabías quién era?

El tema anterior ha quedado en el olvido. En algún momento deberemos retomarlo.

—Le he servido estos días, no sabía que era conocido tuyo. ¿Venís a tomar café? ¿Os sirvo lo mismo de cada mañana?

Ambos asentimos.

—¿Nos sentamos un momento?

—Creo que Ramón podrá defenderse solo ahora que apenas había clientes. Es aleatorio. A veces pasamos horas aburridos, otras se llena sin saber por qué.

Zoie nos pone dos tazas delante. Nos acomodamos en una de las mesas de la esquina, cercana al ventanal, y así de reojo podemos ver la entrada a The Sweet Spot.

—Cuéntame algo de ti, ponme al día —le comento.

—Empieza tú, por favor. Yo aún no estoy preparada.

¿Preparada para qué? Solo le he pedido hablar, pero percibo cierto nerviosismo cuando estamos juntos y me gustaría averiguar el motivo.

Tal vez recuerda nuestro pasado y eso la confunde.

La miro a los ojos. Son tan bonitos como siempre lo han sido en mis pensamientos. El cabello liso y rubio se ajusta a la redondez de su rostro. Esconde su tez blanca bajo una capa de maquillaje, como hacía en el instituto, y veo que es una costumbre.

—Estudié Económicas en Dublín. Trabajé una temporada en una consultora y allí conocí a Jonas. Su sueño era regentar un restaurante. Me hizo una propuesta y me convenció. Y desde entonces ese es mi día a día.

—¿Novia?

—Directa. Pero no, nadie tiene mi corazón en estos momentos.

Creo que el latir de ese órgano siempre lo ha tenido ella entre sus manos sin saberlo.

—¿Y tú? Nick ronda por aquí, según me dijiste.

—No hables de Nick, por favor, no lo metas en esta conversación. —Hace un mohín—. Un impresentable al que le gusta venir y alardear de lo bien que está en California cuando aquí dejó a medio pueblo destrozado.

Frunzo el ceño.

—Yo, embarazada —continúa Janice—; Teddy cree que el responsable del accidente de su coche, que quedó sumergido en el río, fueron él o su primo, y Maggie tiene pruebas visuales, que no ha compartido con la policía, del robo de la caja registradora en la gasolinera. Un don nadie que se cree un divino y no quiso reconocer a Connor.

—¿A ti te gustaría que lo hubiera hecho?

—¡No! —Lanza un grito contenido—. En su día me ofreció dinero para que no difundiera calumnias, según él. No lo acepté. Insiste en que no es el padre, lo niega de forma rotunda.

—¿Y por qué no aceptaste su dinero? Te podría haber ayudado en el negocio. O, si no, ahora te iría bien para pagar a otro trabajador.

—Maggie sí lo aceptó y reformó la gasolinera. Alardea de vez en cuando de que le va a pedir más, pues las pruebas son muy claras. No sé por qué dice ni hace eso. Yo no me atrevería. Aún tiene bastante poder en el pueblo. Además, aceptar su dinero sería como indicar que me equivoqué, que lo engañé para hacerme con su apellido.

—¿Podrías exigirle una prueba de paternidad, si no lo has hecho ya?

Gira el rostro hacia un lado, compungida, y al volver a mirarme, fuerza una sonrisa.

—No vamos a hablar más de ese tema. Nick estropea lo que toca y no quiero que ahora que has vuelto ensucie nuestra amistad.

Uy, eso ha dolido. Yo busco algo más que una amistad; me acercaré a ella si me deja.

—Cuéntame cosas de tu vida en Dublín. —Cambia por completo de conversación. No le apetece adentrarse en un tema que, por lo que percibo, le hace daño.

Yo tampoco deseo explicarle nada más sobre mí, quiero saber de ella, cómo está, cómo se encuentra.

—Poco más que contar. Mi padre sigue allí y Jonas te encantaría. Creo que encajarías bien.

—¿Por?

Me encojo de hombros. No sé por qué he dicho eso.

—Los dos amáis la cocina, os hacéis grandes entre hornos, fogones y demás utensilios.

No sé por qué mi mente me juega malas pasadas cuando la tengo tan cerca. Creo que debo pensar en serio en pasar por un médico que certifique mi locura; locura por ella, está claro, que no me deja centrarme en lo que quiero expresar.

Janice se pone en pie y se dirige hacia la salida.

—Tengo que irme. Si no hay muchos clientes, puedo avanzar en algunos de los encargos pendientes.

—Me acabo el café y luego voy a ayudaros —le sugiero.

—Como quieras. Puedes quedarte aquí, en la cafetería, el tiempo que necesites. Tus manos nos vienen bien, pero también entiendo que estás de vacaciones y debes disfrutar de tu descanso.

—No me importa y así estoy ocupado —insisto. Estar con ella me hace bien y me alegra los días.

—Lo único que tal vez, si pudieras, te agradecería un montón que solucionaras lo de los locales, para que todos supiéramos por donde continuar y qué futuro se nos presenta. Habla con Anthony Thomas y luego me cuentas qué ha pasado.

Esa frase no me la esperaba.

Se gira y sale por la puerta. En dos zancadas llega a su establecimiento, entra y desaparece de mi vista.

Se acerca Zoie con una bandeja vacía y un paño en la otra mano. Recoge la taza de Janice y me mira con detenimiento. Aun así, no abro la boca. Espero a que lo haga ella.

—Apenas te recuerdo.

¡Menuda frase! Parece una pregunta, pero siento que es una afirmación. No soy nadie para ellas.

—Viví aquí hasta los dieciocho años. Conozco Pasadena bastante bien.

—En diez años esto ha cambiado mucho, y sus habitantes también. Janice no es la misma. Debes tener un poco de paciencia con ella. Y, sobre todo, ni se te ocurra hacerle daño o te las verás conmigo.

Una joya a la que cuidar. La luz que desprende la ven sus amigos y conocidos. Pretenden resguardarla de cualquier mal. Yo no soy nada de eso; solo quiero lo mejor para ella.

10

Adam

20 DÍAS PARA HALLOWEEN



Janice me ha pedido que la acompañe a la granja de calabazas. La última vez que pisé un sitio como ese apenas era un adolescente; hace ya tanto tiempo que ni lo recuerdo. A ella le urge hablar con el tipo que le había vendido el género. Parece ser que le pone problemas en traerle el día de la feria el material que solicitó. Y, además, le había entregado un adelanto.

—Pagué cuando lo exigió. Ahora debe cumplir con el trato —le explica Janice, con una calma que no sé si tiene. Lo veo sus puños y su ceño fruncido, aunque su voz sale cordial.

—La cosecha no ha ido bien y tengo menos producto. Ahora es más caro. Quienes tenéis reservado parte de las calabazas, debéis pagar más por ellas.

—Eso no es legal.

—Consultadlo con un abogado. Cuando regreses, apenas quedarán y entonces no podrás quejarte.

—Tendrás que devolverme el dinero. —El tono empieza a subir, el ambiente se está caldeando.

—Si quieres, lo hago ahora mismo.

Abre una caja donde tiene la recaudación de las ventas producidas.

—Haya paz —intervengo. Se están alterando y así Janice no conseguirá las calabazas ni un precio razonable por ellas.

Me llevo al granjero aparte y dejo a Janice que se calme. Hablo con él y le propongo un trato que acepta y soluciona el problema con el que se enfrentaba Janice.

El pueblo necesita el producto, ella necesita tener las calabazas para el taller que va a dirigir, y todos felices.

El carro con las calabazas llegará en la fecha pactada, tal vez con alguna menos, por el problema en la cosecha, pero al precio estipulado. Mis dotes de persuasión aún funcionan. Bueno, eso es lo que le he dicho a Janice. En realidad, puse un dinero extra que solo ha visto el proveedor y eso hará que las calabazas lleguen el día marcado.

Al volver a Pasadena, Janice me lo agradece.

—Gracias por acompañarme. Sin ti, no sé si lo habría logrado. Con tanto trasiego me comporto de una manera que no soy yo. Me sale un carácter escondido que ni yo reconozco.

—No te preocupes. Ha sido un placer estar contigo y, si con mi ayuda hemos conseguido que el pueblo tenga sus calabazas en Halloween, entonces ha sido todo un éxito.

—Tú has mantenido la calma que a mí me faltaba.

—Si hubieras ido sola, seguro que en algún momento hubieras recapacitado y visto que hablando con tranquilidad se obtienen las cosas.

—Sabes que no siempre.

—También tienes razón, pero en este caso funcionó. —Aunque omito que mi pequeña trampa es lo que ha hecho que ese granjero se bajara del burro, que, si no, quién sabe lo que habría pasado.

11

Janice

19 DÍAS PARA HALLOWEEN



Me acerco a casa de los padres de mi amiga Nell. Connor lleva un par de horas jugando con sus vecinos y eso me ha permitido ordenar facturas y pedidos en mi destartalado despacho.

Nell no está este fin de semana y Lindsay me necesita. Quiere llamar a su hija pequeña, ya que hace días que no tiene noticias de ella y empieza a preocuparse. Yo creo que Kya necesita su espacio y alejarse de los suyos, aun así, ayudaré a Lindsay con la llamada para que pueda mirarla a los ojos y comprobar que su hija no la miente.

La tecnología no es lo suyo y por eso siempre me pide que sea yo quien haga las conexiones. Además, le encanta hablar conmigo, por lo que es su manera de matar dos pájaros de un tiro.

—Lindsay, no es tan complicado. La última vez que lo hicimos te dejé unas notas en las que lo explicaba con detalle. Si quieres, las repasamos juntas.

—Lo sé. No doy con ellas. Y, además, así me acompañas con el café y también hablas con Kya.

—A tu hija pequeña le dará igual si yo estoy aquí o no.

—Eso no es verdad. Te quiere tanto como Nell.

Coloco el portátil encima de la mesa de la cocina, conecto la aplicación de videollamadas y pulso el botón para contactar con Kya. Al primer intento no funciona y Lindsay se enfurece. La tranquilizo y le comento que lo mejor es que le envíe un mensaje a su hija para decirle que quiere hablar con ella.

—A veces, si no tienes en marcha los servicios de videollamada, no es fácil realizar la conexión —le aclaro.

Mientras esperamos la respuesta de Kya, Lindsay me ofrece un café y una porción de tarta.

—No se parecen a las tuyas. No se me da tan bien como a ti.

—No exageres, Lindsay, tu repostería está deliciosa.

Abre uno de los armarios, saca varios productos de alimentación y los coloca sobre el mármol. Creo que intenta alejar los nervios cocinando. Son los ingredientes para las tortitas.

—Venga, lo pruebo otra vez —le sugiero—. ¿Te ha dicho algo?

Revisa el móvil y comprueba que su hija lo ha leído, aunque no tiene contestación. Aun así, lo intento de nuevo.

La conexión se establece y una sonriente Kya aparece en la pantalla.

—Hola, cielo. —Una dulce voz surge de los labios de su madre, para nada similar a cómo se encontraba hacía apenas cinco minutos. Deja a medias todo lo que estaba haciendo.

—Mamá —dice Kya. En este caso, su tono es de resignación; cabe suponer que no tenía otra opción que contestar a su madre.

Me acerco al fuego y lo apago. Estoy convencida de que Lindsay ya se ha olvidado de su preparación culinaria.

De fondo, escucho como Kya le explica a su madre que está bien, que pensaba llamarla en unos días, que no hacía falta que contactara así a la desesperada, que porque la ha encontrado en casa antes de salir que, si no, no se lo hubiera podido coger.

—Hola, Kya, ¿qué tal? —Me acerco a saludar para abandonar la cocina. Es una conversación entre madre e hija.

—¡Janice! ¿Qué tal?, ¿cómo estás? Gracias por ayudar a mi madre. —Me guiña un ojo con una expresión que me sugiere que la próxima vez la deje que se apañe sola.

Los niños están en el salón y apenas se han percatado de que su hermana Kya está hablando. Seguro que la echan de menos. Lleva ya casi un año en España y aún no se lo ha podido arreglar para venir a verlos. El trabajo le absorbe demasiado y solo llama de vez en cuando.

Gus está en el jardín. Me acerco a él para comentarle que su hijastra está en la pantalla y sale corriendo. Yo me quedo un rato en el balancín que los Pendleton tienen en la entrada.

Necesito pausar mi mente. Es un hervidero de pensamientos. Adam, Ramón, la feria, Jake, The Sweet Spot.

¿Qué hago con todo ello?

Sé que debo ir deshaciendo los nudos despacio, sin estresarme, y aclarar cada tema en el momento oportuno, pero a veces me aturullo y no veo la solución rápida.

El martes tengo la reunión con el abogado de Jake. Adam me confirmó que los inmuebles son suyos y que ha de consultar con el señor Thomas los pasos a dar si decido hacerme con el local. Pero ¿yo puedo comprar mi pastelería? A duras penas puedo pagar el alquiler, algo que a veces no sé cómo es posible con la cantidad de gente que entra en la tienda.

Pero sí... Soy tan generosa con el barrio que dono demasiado dulces, que apoyo a muchas entidades benéficas regalando mi producto, por lo que el resultado final es claro: apenas pago el sueldo a Ramón, por lo que me es imposible tener más empleados, y no creo que pueda comprar lo que me ha costado tanto tiempo poner en pie.

Es normal que continúe en un pozo y que apenas respire. Aunque me encanta y soy feliz. Aportar mi granito de arena a la sociedad, con dulces, es algo que me hace sentir bien y sé que ellos también lo ven así.

A Ramón le ocurre algo. Lleva unos días quisquilloso y se queja por todo. Ayer, sin ir más lejos, me preguntó por qué Adam nos ayuda, y eso que él ve que la tienda necesita alguien más. Por mucho que le confirmé que es un amigo que nos echa una mano, él cree que es su puerta de despido y quiere que sepa que, si esa es la situación, necesita conocerla con tiempo suficiente para buscar otro trabajo. Esas fueron sus palabras cuando Adam nos dejó a solas ayer. Le aclaré que no, por supuesto. Ramón es muy valioso en la pastelería y no me gustaría que se marchara. Creo que lo solucioné, pero volveré a hablar con él de nuevo.

No sé cómo decirle que, sin su buen hacer, The Sweet Spot no funcionaría y que cuento con su ayuda y diligencia para todo.

¿Adam?

¿Por qué se pasea tanto por mi cabeza? Debo alejarlo de mi mente. No me conviene que nos ayude, aunque lo hace con cariño y no sé... Es demasiado confuso.

—¿Janice? ¿Dónde estás? —Oigo que Lindsay me llama.

Abre la puerta y se sienta a mi lado cuando da conmigo.

Coloca la mano en mi muslo y aprieta con cuidado. Es su manera de darme las gracias por la conexión con su hija.

—¿Cómo está? —le pregunto.

—Bien. Mucho trabajo, demasiado. Hace lo que más le gusta. Quiere estar allí, siendo la responsable y dándolo todo. La he visto cansada, pero sé que es feliz.

Asiento, aunque mi mirada está perdida en mis elucubraciones. No tengo claro cómo solucionar mis problemas. Yo sola soy la que los convierto en una inquietud para mi corazón.

—El otro día me encontré con la tía de Nick —comenta la madre de Nell.

La miro. No entiendo este giro del guion.

—Parece que su sobrino se ha comprometido con una chica de California con dinero y que se van a casar en unos meses. Algo bastante precipitado, por lo que comentó su tía, aunque solo dijo que estaban muy enamorados y que ella tiene unos padres con varios negocios importantes. Por lo que veo, necesitaban cerrar el acuerdo cuanto antes. —Coloca las manos en mis muslos, como dándome fuerza para lo que me va a contar—: Cordelia, ya sabes, la vecina cotilla, le preguntó si no habría dejado embarazada a la chica y su tía se puso roja como un tomate. O sea que, ya ves, vuelve a las andadas.

—No se lo confirmé, por lo que dices. Cordelia intuyó algo, aunque su tía no afirmó que fuera cierto. O sea, que no des voz a una cotilla. No lo sabes seguro. Y además, Lindsay, no me interesa conocer nada de Nick —digo con un tono bastante borde que no me gusta y menos con Lindsay, pero a veces, cuando hablan de temas que me incomodan, me convierto en otra persona.

—Lo siento, cielo, no quería que te enfadaras. Mi única intención era explicarte un chismorreó que corre por el pueblo. Va rápido como la pólvora. Esta mañana en el súper dos vecinas lo estaban comentando también.

—Lo sé, Lindsay. Perdona por mis palabras y gracias por comentármelo. Solo espero que si Nick es el padre, que lo cuide como no cuidó a Connor y esté tan ocupado en California que deje de venir por aquí un tiempo.

—No tendrás esa suerte.

—¿Qué quieres decir?

—Acaba de pasar por delante con el coche, junto a su primo Chad. Han mirado hacia aquí mientras hablabas.

—¡Qué más da! Dos imbéciles paseando por el pueblo. No entiendo como Nick a veces parece que está más aquí que en California.

—¿Qué sucedió en su momento?

—Lindsay, ¿por qué quieres remover el pasado? Aquello está olvidado y conoces los detalles. En este pueblo el chismorreó corre como la pólvora, lo acabas de decir.

—Aún te hace daño y a veces explicarlo, sacarlo de dentro, ayuda a comprender la situación y verla con otra perspectiva.

Tiene toda la razón. Lo que pasa que a veces expulsar lo que te duele no es fácil.

—Me quedé embarazada, le dije que era suyo y lo negó. Fin de la historia.

—No me lo creo. Tiene que haber algo más escondido en tu corazón. ¿No estarás enamorada aún de él?

—Nooo, por Dios. Fue un desenamoramiento complejo. Era el chico popular del instituto, se había fijado en mí y estuvimos un tiempo saliendo. Creí que aceptaría a Connor o que me ayudaría. Y los gritos, los desplantes...

—¿No crees que eso justifica que sabía que era de él?

—Desconozco qué pensaba, pero me hizo mucho daño. Lo pasé mal en el instituto en aquella época y más cuando decidí que quería continuar con el embarazo. El apoyo incondicional de Nell, Ava y Leo fue fundamental para que yo sea ahora la que soy y Connor corree por

nuestras vidas.

—Corretear, no mucho. Hay que sacar a esos niños del salón. ¿Me ayudas? Tal vez un helado, un paseo en bici, no sé.

—Venga.

Nos ponemos en pie, entramos en el comedor y convencemos a los tres mocosos para ir al centro y tomar un refresco. Van con sus bicis mientras nosotras paseamos y continuamos charlando. Le pido a mi madre que también nos acompañe y le explico a ambas mis dudas con la feria.

Hablando consigo olvidarme un poco de mis otros problemas, esos que no soy capaz de expulsar de mi mente.

12

Adam

17 DÍAS PARA HALLOWEEN



Inicia la semana y en la pastelería no hay un momento de descanso. Janice está en la trastienda, ocupada con los preparativos para Halloween, con el teléfono pegado a la oreja y las manos llenas de masa. Ramón y yo no dejamos de atender a los clientes en el mostrador.

—Janice, ¿puedes salir? —le consulto. Me he asomado a la cocina para no asustarla. Acaba de colgar una llamada y la noto sulfurada.

—¿Qué pasa? ¿No os podéis apañar?

—La señora Rose quiere darte las gracias por los dulces que le hiciste a su nieta. Ha pedido hablar contigo personalmente.

Janice se limpia las manos en el delantal, hace una respiración profunda y me muestra una sonrisa. Estoy convencido de que no es para mí.

Mientras habla con la señora Rose observo su cabello, recogido con una cinta para que no le moleste al preparar sus deliciosos dulces. Lleva unos minúsculos pendientes que brillan en sus lóbulos. Y sus dientes perfectos... Sacudo la imagen de mi mente, debo eliminarla de mi cabeza, y continuar trabajando.

En un momento que nos quedamos a solas, le propongo a Janice algunos cambios en la distribución del espacio. Me mira con recelo, pero me escucha. Le sugiero que reorganice la exposición de los productos. Si coloca las tartas y pasteles en la vitrina de la derecha, que está más cerca de la puerta a la trastienda, podrá acceder a ellos mejor y así reducirá el tiempo de reposición y evitará molestias a los dependientes que atendemos a los clientes. Además, ahora que tiene dos empleados, podría dirigir a la clientela de manera más eficiente. Al entrar, puede preguntarles qué desean y, según en qué vitrina se encuentre el producto, hacer que formen dos filas.

—Yo no tengo a dos empleados.

—Por ahora estoy aquí. Puedes contar conmigo.

—De que necesitamos a alguien de apoyo, ya nos habíamos dado cuenta, ¿no crees, Ramón?

Este nos mira y asiente.

—Lo que pasa es que no lo puedo pagar y eso ya te lo había comentado. No sé cómo quieres que te lo repita si más fuerte, más alto o te lo escribo en un papel.

Uy, ha empezado con un tono meloso, pero ha acabado enfadada. No le he dicho ni hecho nada para que me hable así.

—No te alteres, Janice. —La miro a los ojos, de un azul que te pierdes en él y con un brillo que me hace olvidar por qué se está enfadando conmigo.

—No estoy alterada. Yo estaba tranquila en mi cocina y tú modificas la distribución de mi tienda, mi forma de trabajar que tantos clientes me ha traído y...

—Janice, por favor. Solo quiero ayudar.

—Pues así no sé si lo vas a conseguir —susurra bajito Ramón.

—¿Qué comentáis? —nos inquiére. Se ha enfadado de verdad.

—Nada —le digo—. Ramón solo quiere ayudar y preservar su trabajo. Yo aquí soy el que sobra, pero, bueno, eran simples unas sugerencias.

Me acerco a una de las vitrinas y recoloco parte del producto que acabo de vender para ponerlo mejor y dejar espacio para otros dulces, si es que Janice ha hecho más, al igual que lo está haciendo Ramón. Está un poco más calmada y se mete en la cocina a preparar encargos. Ramón coge el pedido de Literary Latte y sale a entregarlo como cada mañana.

La campanilla suena y entra un nuevo cliente. Me acerco a él.

—¿Qué desea? —Mi pregunta es la de rigor. En mi cabeza se dan de bruces cientos de imágenes mientras trato de identificar a la persona que tengo delante; la reconozco, aunque no la ubico del todo.

—¿Tú quién eres? —El tono es inadecuado y supongo que él tampoco me recuerda.

—¿Perdón? —respondo. Espero que se calme y haga el pedido de forma más correcta.

—Que quién eres. ¿Dónde están Ramón o la dueña?

—Le echo una mano a Janice —le respondo mientras contengo la rabia por sus modales tan inapropiados. Acabo de descubrir quién es y se me agarrotan las entrañas—. ¿En qué puedo ayudarte? —le pregunto solícito. No voy a ser un cabrón como él.

—Solo quiero hablar con ella. Dile que salga ahora mismo.

Esa exigencia no me gusta. Esa manera de creer que Janice es una propiedad y puede hacer con ella lo que le apetezca.

—Está ocupada —contesto. A ver si consigo que me diga qué desea y que se vaya de la tienda de una vez. No me apetece que la moleste.

—Me da igual. Dile que Chad la busca. Ella me conoce y saldrá de inmediato.

Y yo también he recordado quién eres, imbécil. Veo que él aún no me ha descubierto, pues estoy convencido de que, de haberlo hecho, habría sido todavía más brusco e impertinente. Una manera de rememorar que él era el primo del gallito del instituto.

A regañadientes, me dirijo a la trastienda para explicarle a Janice que Chad la espera. Me mira extrañada, se enjuaga las manos y las seca en un paño para dirigirse fuera y hablar con ese tipo tan indeseable.

Nada más verlo, resopla.

—¿Qué dulce compras hoy?

—Vengo a por mi tarta de manzana. Esta vez sí que la encargué y espero esté lista para mí.

—Un encargo te lo podría haber dado yo —le contesto de mala gana.

—No interrumpas y déjanos en paz. Estoy hablando con Janice.

No me gusta nada esa respuesta.

La poca clientela que en estos momentos hay en la pastelería lo mira de reojo y cuchichean entre ellos.

—Chad, está lista. Ramón te la acerca. La guardé en la despensa.

Ramón acaba de entrar y ya tiene trabajo encima. Janice mira a Chad de frente, de una manera retadora. Él sonríe.

—Estuvo Nick el fin de semana. Fuimos a buscarte, pero no estabas en casa. ¿No te dejaron el mensaje?

Niega con la cabeza.

—Veo que siguen ocultándote lo que hacemos para que no te acerques a nosotros. Nos hubiera encantado pasear contigo, charlar de los viejos tiempos. Mi primo te echa de menos.

—No tengo nada con Nick. No tenía por qué quedar con él y estuve muy ocupada. Si no me

dieron el recado sería porque estarías borrachos cuando pasasteis por casa.

—Qué fina se ha vuelto la pastelera.

Doy un paso adelante para protegerla de ese imbécil que la acosa. Porque es lo que está haciendo. La vitrina impide que ocurra.

Ramón sale con el paquete, se lo ofrece y le pide el importe para cobrarle. Saca de la cartera un fajo de billetes y le da alguno más de lo que cubre el precio del pastel.

—Devuélvele el cambio correcto. Aquí no se compra a nadie —expresa Janice.

—No era mi intención. —Chad sonríe y acepta el dinero de vuelta—. Le diré a Nick que ahora tienes un nuevo guardaespaldas. Que la próxima vez que venga, te llame antes para acordar una cita, no vaya a ser que algún fantasma del pasado intente recuperar algo que nunca le perteneció ni lo hará, si de Nick depende.

Parece que sí recuerda quién soy.

—Chad, por favor, lárgate con tu mujer y para de decir gilipolleces. Además, Nick tiene novia, parece que va a casarse y que la ha dejado embarazada. ¿A qué vienen esas tonterías de recuperar a nadie del pasado?

Se estira todo digno con su paquete, se despide y nos deja a solas en la tienda.

—Veo que continúa igual de estúpido que en el instituto —le comento a Janice.

—¿Lo has recordado? Creo que él no sabía quién eras.

—Me ha costado un poco caer en quién era. Ha cambiado bastante, pero su verborrea hiriente es la misma. Yo creo que sí que me ha reconocido. Esa última frase no me ha gustado ni un pelo.

—Salen muchos despropósitos por su boca. Quiere alardear de primo. Cuando van juntos, solo beben y paga Chad. Nick sigue siendo esa persona que se rodea de gente que no le hace sombra para él destacar.

Han entrado algunos clientes y a todos los ha atendido Ramón. Nosotros permanecemos en una esquina de la tienda mientras hablamos o averiguamos qué es lo que ocurrió cuando éramos jóvenes.

—Por las palabras de Chad, has salido en alguna ocasión con Nick después del instituto, ¿no? Esa cita que debéis acordar.

—No malinterpretes las palabras de un cretino que solo quiere hacer daño. No le hagas caso, que es lo que busca.

—Bueno, solo me ha parecido que...

—Ya. Todos creéis que no aprendí nada en el instituto, que era una niña que se enamoró del chico más popular, a la que dejaron embarazada y sola, pero que ahora puedo volver con ese hijo de la gran... cuando él venga a buscarme.

—No he querido decir nada de lo que sugieres, Janice. Estás sacando de contexto mis palabras.

—Tal vez, pero me ha sonado raro. Soy mejor persona que lo que era y aprendí mucho de aquella época. He progresado a marchas forzadas.

—Janice, por favor, discutimos por una tontería.

Se ha puesto nerviosa y yo también, y no lo deseo a su lado.

—Las palabras de Chad sugerían que os habías visto anteriormente y por eso he preguntado. Si tú me dices que no es así, yo te creo.

—¿Por qué tengo que aclararlo? No necesito darte más explicaciones. Si tú le crees a él, pues ya está.

—¿Perdón? —No comprendo el rumbo que ha tomado esta conversación. No es la Janice

que conozco.

—Sí, yo soy Janice, la chica fácil de Pasadena. Si quieres una cita, también puedo acercarme a tu cama. ¿Es lo que quieres? ¿A eso has venido?

—Sacas la conversación de contexto.

La dirijo hacia el interior de la trastienda, ambos hemos alzado la voz y no es conveniente que ninguno de los clientes se entere de lo que sucede en nuestras vidas.

—Pues yo creo que no. Llevas aquí demasiados días, das un refuerzo en la pastelería y todo son buenas palabras. Siempre fuiste un adulator. ¿Seguro que no deseas meterte entre mis sábanas?

—Janice, por Dios. Sacas de madre una conversación y un malentendido de un imbécil que trastocó nuestras vidas. Te has alterado y tú no eres así; no la chica que yo recuerdo.

—¿Tu vida? ¿Aún te acuerdas de mí? —pregunta sarcástica—. Tú te largaste, te fuiste a Irlanda y yo me quedé aquí, embarazada y a punto de parir. Sola y, cuando llegó Connor, lloraba mucho y necesitaba cuidados. Ayuda que no me disteis ninguno de los dos. Aquí quedaron Nell, Ava y Leo. Esos son mi puntal, mi resistencia.

—Vine a ver a Connor cuando nació —le recuerdo.

—No has vuelto más. No sé qué buscas cuando te acercas a mí. No quiero a nadie a mi lado, ni a Nick ni a ti. Puedes irte por donde has venido.

Señala la puerta. Aguanta las lágrimas y la rabia cubre su rostro. Es mejor que me vaya y le dé espacio para respirar. He tocado una tecla que no debía, pues sé que ella no es así. Nick siempre consigue hacernos daño y yo no quiero eso para ella. Mañana, cuando estemos más tranquilos, volveré y espero que desee hablar conmigo.

13

Janice

16 DÍAS PARA HALLOWEEN



Apenas ha amanecido y estoy sola en la trastienda. Amaso la harina junto a los huevos. Es importante hacerlo de forma manual y me sirve para despejar mi cabeza de todos los males que la cubren. Mi madre se encargará de llevar a Connor al colegio y así yo puedo avanzar en los pedidos. Además, hoy vendrán a buscar del centro de acogida las tartas que les prometí. Ayer, sin la ayuda de Adam, tardé más de la cuenta en acabar, cerré a una hora intempestiva y Connor ya dormía cuando llegué a casa. Esta mañana tampoco lo he visto. Pensará que soy una mala madre. Iré a recogerlo después y dejaré que escoja el dulce que más le guste de la vitrina.

Adam siempre se comportó con amabilidad conmigo. Cuando descubrí que estaba embarazada, Nell y él fueron los que más cerca de mí estuvieron. Ava y Leo tampoco se alejaron demasiado. Esos meses se convirtieron en una época difícil. La noche que tomé la decisión de continuar con el embarazo ellos estaban a mi alrededor.

—¿Seguro? —consultó Nell.

—No quiero desprenderme de esta vida que palpita en mi interior. Será difícil, soy consciente. No podré ir a la universidad y el pueblo me mirará y cuchicheará a mis espaldas. Pero soy fuerte y lograré que este niño sea feliz.

—Nosotros te apoyaremos —comentó Leo.

—De eso estoy convencida. Solo os pido que no me abandonéis, que sigáis a mi lado.

—No lo dudes —dijo Adam.

Y esa frase se repite una y otra vez en mis pensamientos. ¿Por qué se fue? ¿Por qué me dejó sola?

¿Y qué quiere ahora? ¿Recuperarme? Eso no va a ser posible. Él escogió a su familia, lo entiendo. Su abuelo paterno había fallecido y sus padres le insistieron en que debía irse con ellos.

Recuerdo la conversación que mantuvimos antes de su marcha a Irlanda.

—Janice, de verdad, siento mucho la situación en la que nos encontramos. Me encantaría estar contigo, sé que te lo prometí, pero mi familia... No puedo quedarme aquí solo.

—Adam, no te une nada a mí. Somos amigos y, si tus padres se van, ve con ellos.

—Volveré cuando nazca tu bebé y aquí reside el tío Jake. Siempre que pueda estaré contigo. Vendré todos los veranos, lo prometo.

Un compromiso que no cumplió y un buen amigo que perdí.

A las ocho llega Ramón a la tienda, diligente como siempre y preparado para la vorágine de la mañana. Empiezan a entrar los primeros clientes que se llevan las barras de pan que ya están listas. Mientras los atiendo, observo la puerta. Adam no vendrá.

Pero ahora, después de pasar la noche, de darle vueltas al sinsentido de conversación que mantuvimos, creo que ninguno de los dos tenía razón.

Zoie aparece temprano.

—Hoy me llevo yo los pasteles.

—Perfecto —comento amable—. Así no tendremos que ir a Literary Latte, aunque sabes que me encanta. —Le guiño un ojo.

—No será por el café que te sirvo cuando los traes. —Sonríe—. Es que tengo lío esta mañana y, como sé que tú también, pues me he acercado yo mientras mi madre abría. Así el producto de Janice estará a primera hora en mis vitrinas y a lo mejor puedo ganarte con los clientes.

—Esto no es una competición, lo sabes —le digo seria.

—Clarito. Era una broma, una manera de divertirme.

—¿Diversión? Los pasteles son míos. Tanto los que sirvo aquí como los que vendes en la librería café.

—Lo sé, lo tengo claro. No te enfades, que ya veo que hoy no tienes el día —dice Zoie.

—Cuídalos, y no olvides decir que estos dulces son de The Sweet Spot y que te los pueden encargar a ti. —Voy a tener que tomar un café para despejarme porque creo que mis palabras no están siendo las adecuadas.

—Me quedan pocas tarjetas de la pastelería. Recuerda imprimir más —me comenta mientras sale de la tienda con el pedido.

—Lo anoto. Un beso.

A las doce me adecento y dejo a Ramón al cuidado del negocio. Tengo una reunión con el abogado y necesito descubrir qué me quiere comunicar. La semana pasada estuvo fuera de vacaciones y por eso han transcurrido tantos días sin saber de él. Tengo que solucionar esto cuanto antes y los astros se han alineado en mi contra.

El señor Thomas está sentado detrás de su mesa y revisa algunos papeles. Su secretaria me ha dado paso. Se pone en pie, me da la mano y me pide que me siente. Una escena demasiado formal.

Acostumbra a comprar en la pastelería una o dos veces por semana y se lleva siempre unos *muffins* de canela que sé que son su perdición. Nos conocemos desde hace años y en estos momentos siento cierta distancia.

—Janice, tengo una carta de Jake Balley para ti.

—Lo suponía. Sé que has entregado otras a algunos vecinos de Pasadena —le comento mientras aprieto con fuerza el cierre de mi bolso.

—Esta es importante.

—Si lo era, ¿por qué has esperado tanto para dármela? Llevas repartiéndolas desde que murió. Me da que soy de las últimas y siento tristeza, pues tenía una buena relación con él, o eso creía. —Hace casi tres semanas que murió Jake y desconozco por qué el abogado ha tardado tanto en entregarme la carta; llegué a pensar que no tendría.

—Necesitaba que pasara un tiempo, que Adam estuviera por aquí.

—¿Adam? ¿Qué tiene que ver Adam con esta carta?

—Léela.

Rasgo el sobre con un abrecartas que me ha cedido Anthony, me acomodo en el sillón y con cuidado repaso las líneas escritas de puño y letra de Jake.

A mi pastelera favorita:

Si tienes esta carta entre tus manos, eso significa que yo ya no estoy en Pasadena para apoyarte. No te preocupes, siempre has estado en mi corazón. Fuiste una niña muy dulce cuando eras pequeña, encantadora y divertida en la adolescencia y de adulta, con tu hijo y tu pastelería, has logrado lo que muchos desearían. Recuerdo el día que viniste a verme para pedirme ayuda. Necesitabas poner en marcha tu negocio y yo acababa de hacerme con el local que tu creías sería el ideal para ubicar The Sweet Spot.

Te contaré un secreto: lo compré para ti.

Sabía que no podías pagarlo y yo tenía el capital. Igual que hice con Darius e igual que hubiera hecho con otros muchos de los residentes si los Vandebilt no se hubieran metido en medio.

Ahora no estoy y los locales se los lego a mi familia, a mi sobrino Adam, al que seguro recuerdas. Espero que esté por aquí, bueno, estoy convencido de que sí, pues así lo establecí con Anthony, ese abogado cascarrabias que espero que nos ayude.

Adam tiene que quedarse en Pasadena, es su lugar, y tú eres su sitio. Él no lo sabe, supongo que olvidó lo que una vez sintió por ti, pero me lo contó en secreto y yo ahora te lo desvelo. Para que abráis los ojos los dos.

Nick te obnubiló. Era un imbécil que te hizo sufrir y encima te dejó un recuerdo de por vida que no olvidarás jamás. Adam solo se acercó como amigo; lo malo es que sé que sentía por ti lo que nunca fue capaz de decirte.

No sé qué ha hecho desde que no estoy cerca. Tal vez esto que te desvelo sea algo real para ti o tal vez le acabe de chafar un posible plan a mi sobrino. Es la realidad y dos personas con esa aura tan maravillosa que tenéis no pueden estar separadas.

Es más que probable que esperaras más de mí: un local en tus manos, un acuerdo de alquiler de por vida. Pero no es posible y cruzo los dedos para que, desvelándote el secreto que Adam esconde, podáis encontrar un camino que os lleve a estar juntos y que esa pastelería brille con luz propia.

Siempre fuiste como una hija para mí. Esa persona que me ayudaba en lo que necesitaba y que me ofrecía las galletas más dulces que jamás he degustado.

Un beso, mi niña. No llores mucho porque ya no esté en Pasadena.

Te quiero,

Jake

Leer esas palabras me deja confusa.

Siempre vi a Adam como un amigo, alguien que quería estar cerca y que me ayudaba, como Leo. Nunca pensé que sintiera por mí nada más allá de lo que un conocido muestra por alguien cercano.

Nell lo insinuó en alguna ocasión, pero hice caso omiso a mi amiga. No di credibilidad a sus palabras. Adam para mí era lo que sigue siendo ahora. Y no sé si quiero nada más.

¿Por qué nunca habló conmigo? ¿Por qué no me lo demostró en su momento?

Recuerdo cuando vino a conocer a Connor por primera vez. Me encontraba muy cansada, el parto había sido muy duro y mi recuperación no muy buena. Él ya se había instalado en Dublín, junto a su familia, pero me prometió ese encuentro y lo cumplió. En esa única ocasión.

Estrechó mi mano y me besó la mejilla. Su rostro arrebolado no me transmitió la emoción que conozco ahora, tras leer las palabras de Jake. Cruzó un océano para verme, para mantener unido ese lazo que yo no observaba. Mis amigos me arropaban, él parecía uno más de los que se acercaban a saludar.

¿Por qué no escuché a Nell?

Su cercanía me reconfortó. Recuerdo que sentí un cosquilleo que solo atribuí a su regreso, el de un amigo que sé que va a estar un tiempo fuera. Tal vez no escuché de forma correcta a mi cuerpo. Escondí mis sentimientos por miedo a que brotaran y me desvelaran una relación que no podía suceder.

14

Adam

15 DÍAS PARA HALLOWEEN



No quiero dejar pasar más tiempo. He regresado a Pasadena por mi tío. Este quiere que me quede por sus vecinos, los que antaño fueron también míos, para conocerlos, para revivir aquella época y decidir si es la que deseo para mí. Sé que, si me alejo de lo que me duele, no conseguiré salir a flote y debo ir a por ella.

Durante nuestra discusión, Janice fue la que me incitó a abrir la puerta de la pastelería y salir. Aun así, sé que tengo que dejar de lado los problemas que creemos tener y entrar de nuevo, solucionar el posible malentendido y brindarle mi ayuda. Comprometerme con Pasadena y con The Sweet Spot.

Ayer tuve una visión, una opción viable para su fabulosa y estupenda generosidad.

Accedo por la puerta y, cuando se topa con mis ojos, siento un enorme cosquilleo en el corazón. Solo con verla apenas puedo respirar y no entiendo cómo, después de diez años, continúo sintiendo esto por una chica que aún no ha dado un paso hacia mí.

El amor es confuso; a veces se pone en manos de una persona y la otra apenas lo ve.

Recuerdo una tarde que fui a su casa a hacer los deberes del instituto. Se acercaban los parciales y debíamos esforzarnos en clase de Literatura para sacar las mejores notas. Janice lo tenía chupado; se le daba bien. A mí tampoco se me daba mal, pero las letras no eran lo mío. Estábamos en su habitación, rodeados de libros y cuadernos. La brisa otoñal entraba por la ventana y se mezcló con el olor de galletas que venía de la cocina.

—Adam, tienes que entender que la poesía no se trata solo de palabras bonitas. Es sobre el sentimiento que esas palabras transmiten —me dijo, y señaló un verso en el libro.

Asentí. Nos quedamos en silencio un momento, solo interrumpido por el sonido de las páginas que pasábamos. Su madre nos trajo galletas recién horneadas y leche, y nos tomamos un descanso.

—Siempre sabes lo que quieres, Janice. Ojalá pudiera ser así de decidido —le dije, y mordí una galleta.

Ella sonrió. Esa sonrisa siempre hacía que todo pareciera posible.

—Quiero ser cocinera, hacer dulces y postres que alegren a la gente. Y tú también sabes lo que quieres, Adam. Solo necesitas darte cuenta —respondió. Sus ojos brillaban con determinación.

Volvimos a los libros y esa conversación quedó grabada en mi mente. Janice no solo me ayudaba con la asignatura, sino que también me inspiraba a ser mejor, a buscar lo que quería en la vida. En ese momento, supe que mis sentimientos por ella eran más profundos de lo que había admitido.

Sus ojos se fijan en mí y vuelvo a la realidad.

Siento que esa pared que ella ha creado permanece entre nosotros y debo romperla de un plumazo.

—Buenos días, Adam. —Habla con una voz pausada y la calma con la que pronuncia esas

tres palabras me indica que desea una tregua. Que lo ocurrido hace apenas unos días lo ha borrado de su mente o por lo menos lo ha apartado al rincón de pensar.

Mis labios pronuncian un saludo mientras me acerco al lugar en el que están colgados los delantales, me pongo uno y, con la mirada, le consulto qué hacer. No salen las palabras de su boca y es Ramón quien me pone a trabajar, pues la tienda está a tope y ahora no es momento de explicarle nada.

Suena mi teléfono y Jonas reclama unos datos que no puedo consultar en ese instante. No voy a abandonar mi puesto; mi amigo deberá esperar a que llegue a mi habitación. Continúo buscando ese momento adecuado en el trajín de la mañana para poder hablar con ella, bueno, con ambos, para explicarles mis ideas y parece que sobre las doce tenemos un hueco sin apenas clientes.

—¿Qué tal si inicias una campaña de donación?

Frunce el ceño y consulta:

—¿A qué viene esto ahora?

—Llevo días pensando y creo que te podría ayudar a salir a flote.

—Ya dono pasteles y dulces a organizaciones benéficas. Eso es lo que hace que la pastelería tenga pérdidas o apenas llegue a subsistir.

—No me has entendido. O tal vez no me haya explicado demasiado bien. —Me acaricio la nuca. A ver si soy capaz de organizar lo que tengo en mente—. Serían los propios clientes quienes sufragarían tu generosidad. Algo así como compra uno, dona uno. Te detallo un poco la campaña que he pensado. Prepararíamos unos carteles donde se indicara que, por cada pastel o producto comprado, donarían otro a una organización benéfica o a quien tú decidas. Sé que el pueblo está comprometido al igual que tú y estoy convencido de que contribuiría a esa buena causa.

—No acabo de verlo claro. Si mis productos ya son más económicos para que el dulce llegue a todos los hogares, ¿cómo van a pagar más los clientes que apenas tienen?

—Es el cliente quien decide si sumarse o no a la campaña. En el pueblo hay diferentes tipos de vecinos y sabes que algunos se pueden permitir pagar el doble o el triple del precio que has marcado. Ellos serían los que probablemente aceptarían tu campaña y otros con menos recursos de vez en cuando también les gustaría participar.

—Algo así como un acto de doble bondad —comenta Janice.

—Buen eslogan. Doble Sweet Spot. Dulzura doble: por cada pastel que compres, donas otro. Haz que tu compra cuente doble.

—¿Y te dedicas a los números? El *marketing* parece que no se te da mal.

—A mí me gusta, Janice. Eso podría ayudar a sacar adelante el negocio —sugiere Ramón—. Nos beneficiaría y podrías tener a otro empleado, ¿no crees?

—¿Otro? Contigo tengo suficiente, pero sí que podría pagarte toda la jornada y dejarías la gasolinera. Sería genial, ¿no? Sé que es lo que deseas, aunque es difícil que...

—Lo sé, Janice —la acalla su empleado—. No insistas en lo mismo. Estoy bien así. Además, creo que lo que deberías buscar es un socio capitalista que invertiría y te ayudará...

—Vaya, te pareces a Nell. Os creéis que no soy capaz de sacar a flote lo que es mío, lo que con tanto esfuerzo he conseguido.

—No he dicho eso —dice Ramón.

—No hemos querido decir eso —comento de inmediato yo—. Solo deseamos lo mejor para ti. Además, veo que somos un equipo. —Me acerco a Ramón y le paso el brazo por el hombro. Si los dos lo intentamos, la convenceremos.

—Vale, me lo pienso. Menudo dúo me he agenciado para refloatar The Sweet Spot. No sé si debería cambiar de empleados. Ahora, a trabajar.

Y con unas risas disimuladas continuamos con las tareas. Janice muestra una sonrisa y es un bálsamo para mí. Lleva unos días estresada y la luz al final del camino puede ser todo un acierto.

A la hora de comer invito a Janice a la pizzería Ricci. Su amigo nos atiende muy solícito y veo que se hablan con la mirada.

—¿Qué tal, Adam? ¿Cómo estás? —pregunta Leo.

—Bien, como siempre.

—Cuídala, ¿eeeh?

—Eso está hecho.

Sé que son íntimos desde hace muchísimo tiempo y que si hago algo que no vea correcto no dudará en echarle un cable a su amiga. No es mi intención; solo quiero estar más rato con ella. Volver a ser aquellos adolescentes que dejaron una amistad que yo hubiera deseado que llegara a más.

Soy más fuerte, me siento con más ánimos y voy a intentar acercarme a ella.

—¿Te has pensado mi propuesta? Ramón la ve viable.

—¿Habéis hablado a mis espaldas?

—Un poco, no se lo tengas en cuenta. Creo que podría funcionar. Me ha dicho que tiene dos críos, y junto a Connor, los tres podrían dibujar el cartel. Se vería algo familiar y muy adecuado para que el barrio se volcara en esta iniciativa. Además, mañana tengo reunión con el señor Thomas y tendré más información sobre la situación del local.

—Si el local es tuyo y quieres venderlo, no sé por qué debes contarme nada. No hace falta que me expliques los pormenores.

—Pero quiero hacerlo. Además, Janice, aún no te has dado cuenta de que he venido para ayudarte, para estar contigo y ver qué podemos hacer. Busco soluciones, no quiero hacerte caer.

Baja la mirada y se sonroja. Corta un trozo de *pizza* y se la introduce en la boca.

—Viniste al entierro de tu tío. Supongo que el aire de Pasadena te ha hecho cambiar de opinión. ¿Por eso aún estás por aquí?

—No solo el aire. Han sido las palabras de mi tío, tu presencia y estar con vosotros en la pastelería.

—Ramón es un buen empleado y amigo. Le gusta colaborar.

—No hablo precisamente de Ramón.

Vuelve a sonrojarse. Acercó mi mano por encima de la mesa hasta llegar a la suya. Acaricio sus dedos. Ella dirige la mirada hacia su amigo, que está pendiente de nosotros desde el fondo del salón, pero acaba posando sus ojos en los míos. Son tan dulces que no sé cómo no he caído antes en ellos.

—¿Te apetece pasear un rato?

—Mejor regresamos. Tengo que preparar un par de masas para la tarde y Ramón debe ir a su otro trabajo.

La miro y asiento. No he pensado en todas las cosas que la esperan, solo he pensado en mí. Pero es que, aun teniéndola delante, no se me va de la cabeza.

En la pastelería, la ayudo todo lo que puedo. Ella prepara dentro pasteles, dulces, moldes y demás. Organiza al teléfono aspectos para la feria de Halloween y yo en la tienda voy sirviendo los pedidos que me solicitan. Una tarde amable durante la que apenas tenemos tiempo para charlar.

Se acerca la hora de cerrar. Aún no me he ido. Ajusto la puerta recojo las vitrinas y dentro la ayudo con los trastos.

—Adam, de verdad, puedo sola. No es necesario que te quedes más tiempo, gracias. Estás haciendo mucho y no es necesario.

—Es un placer, sobre todo si luego me das una cajita con algunos dulces. —Le guiño un ojo.

—No hay problema. —Prepara unos de los que no han salido como a ella le gustaría y los coloca para mí—. ¿Qué día has quedado para hablar con el señor Thomas?

¡Vaya! No se ha olvidado de este tema. Me sitúo a su derecha y con un trapo limpio la mesa mientras ella recoge las bandejas.

—Mañana. Parece que hay un posible comprador y tiene que darme más información. No ha sido muy claro. Tampoco le he prestado demasiada atención.

—¿Alguien quiere The Sweet Spot? ¿Le hablaste de las opciones de que me lo quedara yo?

La tengo muy cerca. Se mueve a los lados, introduciendo los moldes en los cajones y yo no sé cómo situarme para que sus brazos, piernas o cualquier parte de su cuerpo no roce la mía y haya un cataclismo.

—Eso es lo que tengo que hablar con él. No me voy a cerrar a una oferta económica. Sé que tú puedes tener otras vías y hacer viable el proyecto.

—Yo no tengo el dinero. Además, sé que tú quieres vender y volver con los tuyos.

—¿Quién ha hablado de irse?

—Yo pensaba... que tú... Que regresarías con tu padre.

—Esa era la idea inicial. Aún estoy barajando opciones. No quiero cerrar ninguna puerta si aún no la he abierto.

La tengo frente a mí. Mi cuerpo no le deja llegar a la estantería que hay detrás. No sé si quiero moverme y permitir que continúe con sus tareas. Su aroma me embriaga, siento tal placer de tenerla tan cerca que mis músculos no me hacen caso y estoy inmóvil frente a una Janice que tampoco sabe cómo actuar. Sus movimientos son lentos, sin apenas intención de dar ningún paso que la aleje de mí.

Y no sé qué ocurre en mi cerebro, pero decido actuar. Tomo las riendas de esta situación.

Me aproximo con cautela, mis labios rozan suavemente los suyos y me permito saborearla con mimo. Ella me acoge y me deja hacer, por lo que profundizo ese beso que, muy dentro de mí, sé que debía haberle dado hace muchísimos años. Siento unas cosquillas en mi interior que me llevan a recordar el pasado, un día con ella en el parque, que hablamos de Nick y de su embarazo, de la negativa de este a reconocer a su bebe, de sus opciones. Ese instante en el que pensé que debía darle todo mi amor y no hice nada. No actúe, no me abalancé sobre ella y decidí ser valiente. Ahora necesito dar ese paso que me lleve a un nosotros.

¿Será posible esa realidad?

Con lentitud me separo de ella y acaricio su rostro.

—¿Estás bien? —le pregunto—. Tal vez no debía...

—No... si... bueno, yo... es que...

Niega con la cabeza y la agacha, sin permitirme que observe su mirada, esa que me daría una explicación.

Se mueve como una autómatas, coloca los utensilios de cocina que aún tenía en las manos en uno de los cajones y se aleja hasta la zona de los hornos. Abre uno de ellos, humedece un trapo y lo limpia. Lo hemos hecho hace apenas una hora, ¿no lo recuerdas?

Doy dos pasos hasta donde se encuentra y me detengo en sus ojos.

—Janice, siento lo que ha ocurrido. Si te parece me voy y... Deja este horno, lo acabamos de limpiar.

Lo mira confundida, aprieta con fuerza los ojos, se gira de nuevo hacia mí y sus labios chocan con los míos con desespero. Ahora soy yo el que quedo paralizado.

Unos segundos.

Un minuto.

Y al final actúo. Es mi momento, ella también lo desea y esto no puede quedarse así.

15

Janice

13 DÍAS PARA HALLOWEEN



No me puedo creer lo que sucedió el otro día. Me encuentro en un mundo imaginario con unicornios, purpurina y cientos de arco iris. Los labios tersos de Adam me acarician, su húmeda lengua juguetea con la mía, sus manos atrapan mi rostro. Inspiro hondo y abro los ojos al oír las dos palmadas que acaba de hacer mi hijo frente a mí. Parpadeo y me concentro en él.

—Dime, cariño.

—¿No hay crema de cacahuete? —pregunta indignado.

—En el armario de la derecha. Si se ha acabado, búscala en la despensa. Seguro que allí tiene la abuela, con lo que sabe que te gusta.

—Si no tengo mi desayuno no voy a la escuela. —Su frase me deja confusa. Se ha vuelto un poco mimado para que actúe así. Tendré que vigilarlo más.

—Claro que vas a ir al colegio —comenta mi madre, que acaba de entrar con un par de botes de la crema preferida de Connor—. Además, luego te recojo, que mamá tiene planes.

—¿Planes? ¿Con quién has quedado? ¿Ha venido Nell sin Trace? Yo quería que vinieran los dos. ¿Por qué no me lo has dicho? Yo...

—Connor, calma. No es con Nell, ella vendrá la próxima semana. Ceno con otra persona. La abuela te cuida.

—Pero... —dice enfurruñado mi hijo.

—No hay discusión. Te quedas en casa.

Se acaba el desayuno con el ceño fruncido, pues estoy convencida de que le apetecía pasar una tarde noche de viernes conmigo. Es lo que hacemos la mayoría de los fines de semana, pero en esta ocasión va a tener que conformarse con una *pizza* de mi madre y una peli junto a su abuela.

Cuando Adam detuvo el desenfreno en la trastienda, después de miles de besos, de saborearnos, de tocarnos y de acariciarnos, aprendiendo cada rincón el uno del otro, me pidió una cita. Quería estar conmigo y a mí me apetecía estar con él. No pude negarme y hoy viernes es el día para ello. Averiguaré cosas de Irlanda, de su restaurante, sus amigos y podré disfrutar de su compañía sin estar en medio de harina, azúcar y otros condimentos con los que preparar mis dulces.

Además, necesito saber qué siento al estar a su lado. Por ahora hay cosquillas, sensaciones muy agradables, y es necesario que comprenda la verdad de mis sentimientos por él, y los de él por mí.

Mi madre me ha alentado a ello, y el grupo de La Resistencia también.

Leo:

Te guardo la mejor mesa, una con vistas a la terraza.

Nell:

¿Y con suficiente espacio para que no te pierdas detalle? Quiero información de primera mano.

Leo:

No lo dudes.

Janice:

Chicos, solo voy a cenar con él.

Ava:

Pero te ha dicho que es una cita. Eso es lo que dijiste el otro día.

Janice:

Vale, sí, pero no le deis más importancia. Cuando se acabe, os cuento. No hace falta que estéis pendientes. Sé cuidarme sola.

Nell:

De eso estamos seguros, pero sabes que nos gusta un cotilleo. Deja que Leo te cuide.

Ava:

Yo quiero detalles. Tú no me los vas a contar y Leo no se va a perder ningún movimiento.

Leo:

Por cierto, ¿por qué volvéis al restaurante? Estuvisteis el miércoles. ¿Tan buenas son nuestras pizzas?

Janice:

¿Lo pones en duda? No me lo creo. Hablaré con tus padres. Sabes que es el mejor restaurante de la zona, ¿por qué ir a otro?

Leo:

Pues aquí estaré esperándote.

Nell:

Detalles. Y, si son suculentos, mejor, no te olvides.

Y siguen hablando. Mientras ellos conversan, yo me doy una ducha, me arreglo el pelo y me pongo un vestido en tono *champagne* con los hombros al aire y sujeto al cuello. Me lo regaló Nell para mi cumpleaños y aún no había tenido ocasión de estrenarlo. Meto un chal en el bolso, cojo el abrigo y oigo el timbre.

Adam, todo caballeroso, ha venido a buscarme.

El paseo hasta el restaurante es apacible y, cuando ocupamos la mesa reservada, la sonrisa de Leo me indica que no dejará de estar pendiente de mí en toda la noche.

—Ni se te ocurra fastidiarme la cena —le cuchicheo al oído a mi amigo.

—Nada más lejos de mi intención.

Y mientras se aleja noto que entra un mensaje en el móvil.

Adam no deja de mirarme. Sus iris recorren cada parte de mi ser, estoy convencida de ello. Siento un cosquilleo cuando me roza la mano con sus dedos, cuando rellena mi copa de vino con su mirada fija en mí y cuando me hace alguna sugerencia o pregunta. Estoy en una nube de algodón blandita y reconfortante sin recordar la última vez que me sucedió algo similar.

El móvil vibra de nuevo. Han entrado diversos mensajes y debo comprobar quién me busca con insistencia. Espero que Connor se encuentre bien.

Leo:

Ánimo, Janice, hoy estás cañón. No desperdicies la ocasión.

Nell:

¿Ya habéis llegado? ¿Al final qué te has puesto? Leo, ¿va guapa?

Leo:

Janice va preciosa. Ha guardado el móvil en el bolso, no creo que conteste.

Ava:

Normal, dejadla en paz y que disfrute de su noche.

Trace:

¿Puedo preguntar de quién hablamos?

Nell:

Cuando decidimos meterte en el grupo era para que estuvieras pendiente. Llevamos horas hablando de Janice y Adam. ¿Dónde has estado?

Trace:

¡A tu lado! Aah, y trabajando. ¿Tú que has hecho mientras? ¿Cotillear con tus amigos? El informe aún no me ha llegado.

Nell:

Aquí no se habla de trabajo, Trace. Tendrás que esperar al lunes.

Ethan:

Yo también estoy perdido. No paráis de escribir y me pierdo.

Ava:

Tú sigue mi estela y luego te cuento.

Leo:

@Ethan, @Trace os pongo en contexto. Janice está cenando en la pizzería con Adam, un chico que conoció años atrás y que creemos que le hacía tilín. Bueno, ella dice que no, pero era su tipo. El sí que estaba coladito, se le veía a la legua, aunque nunca se lo dijo. Ahora solo debemos esperar.

Nell:

Deberíamos dejarlos en paz. Nosotros aquí charlando y ella sin poder contestar. La

vibración del móvil la debe estar poniendo cachonda.

Leo:

¡Qué bruta! Ella solo lo mira y él le roza la mano de forma muy cariñosa.

Ethan:

Podrías no hablar de ellos, e incluso dejar el chat, para que ella no se altere cuando vea tantos mensajes o se sienta en la tentación de mirar qué decís.

Ava:

Ella sabe cómo somos. Pasaría igual si fuera al revés.

Nell:

Pues, venga, vamos a hacer caso a uno de los nuevos y vamos a parar esta conversación.

Mis amigos quieren estar en todo, silencio el móvil y atiendo a Adam, que esta noche es mi prioridad.

La conversación que iniciamos versa sobre muchos temas y me apetece conocer más su faceta en el restaurante.

—O sea, ¿tú llevas los números? ¿No estás en los fogones?

—De esa parte se encarga Jonas. Él es el chef y es su sueño. Yo lo acompaño, pues la idea que me vendió en su día fue brillante. Y certifico que sus platos son excelentes; la calidad de lo que ofrecemos es pura maravilla. Yo pongo la cabeza, soy el que no le deja comprar más de la cuenta, el que está pendiente de las reservas y de los clientes y que los precios sean competitivos. Me encargo de algo del *marketing*, porque no todo es la calidad del producto o la magia de sus creaciones. Aquello se debe vender y que la gente nos conozca.

—¿Eso es un poco lo que quieres hacer con The Sweet Spot?

—En parte. Tu producto es bueno, tus números los llevas tú y, por lo que me cuentas, no te esfuerzas en que sean competitivos, no lo son, ni que nunca vayan por encima de tus posibilidades. Pero con esa campaña que vamos a crear, tu pastelería saldrá adelante y podrás agenciarte nuevos ayudantes.

Me froto las manos con cierto nerviosismo y le hago la pregunta. No sé si la espera, no sé si es el momento, pero no encuentro otro.

—¿Hablaste al final ayer con el señor Thomas? ¿Cómo fue?

—Bien. —Su respuesta es demasiado simple.

Agacho un poco la barbilla y escondo el rostro, pues percibo que no desea hablar del tema. Lo que comentaran entre esas cuatro paredes no debe ser beneficioso para mí y, por supuesto, nada atrayente. Estoy convencida de que ese comprador habrá hecho una buena oferta y el local será para él. No soy tonta y entiendo de números. Estos deben ser siempre los mejores y yo no puedo competir.

¿Por qué me he hecho ilusiones? ¿Por qué pensaba que podría comprar el local y que Adam me ayudaría?

Además, Jake dijo en su carta que Adam estaba enamorado de mí. ¿Aún lo estará? Aunque no debo mezclar el amor y los negocios.

El tiramisú que Leo acaba de dejar frente a mí me saca de mis pensamientos. Muestro mi mejor sonrisa y Adam continúa hablando después del largo silencio que nos ha acompañado.

16

Adam

13 DÍAS PARA HALLOWEEN



Está frente a mí. Irradia belleza. Leo nos acaba de servir el postre y ella ha quedado sumida en el silencio tras mi escueta respuesta. Es que no sé qué más decirle, aunque entiendo que debo dar más sentido a ese «bien» o ella se alejará de mí.

—Ayer hablé con Anthony. Tiene un par de ofertas sobre la mesa. Le expresé tu idea de ser una más en esas negociaciones. Él no acaba de verlo. Cree que es mejor que esperes al nuevo comprador y luego hablemos con él de las condiciones del alquiler.

—¿Y si esa persona no me lo quiere alquilar? Jake confiaba en mí, su acuerdo era viable para The Sweet Spot.

—Pues deberás convencer al nuevo propietario de que tu pastelería es la mejor de Pasadena y que, sin tus dulces, los vecinos del barrio no subsistirán.

—¿Crees que debo esperar? Nell me puede ayudar económicamente, siempre me lo ha dicho, y así no pierdo mi oportunidad.

—Anthony Thomas era muy amigo de mi tío, creo que ya lo sabes. Es una persona con las ideas muy claras y conciso en sus explicaciones. Lo que he visto te es favorable. Confía en su criterio.

—¿Tú sabes quiénes son los posibles compradores?

—No puedo decírtelo, es confidencial, pero debes creer en nosotros.

Cierra los ojos e inspira hondo. Sé que no es fácil lo que le acabo de explicar. Solo puedo decirle lo que ha salido de mis labios.

—¿Te acuerdas cuando fuimos al campo de rugby y nos escondimos bajo las gradas? Aquella tarde llovía de forma torrencial, apenas recuerdo cómo acabamos allí debajo —aludo a un momento del pasado.

—Oí a Nick hablar con sus amigos de que le gustaba una de las nuevas animadoras y que tenía intención de tirársela antes de que finalizar el instituto. Uno de sus compañeros le preguntó qué es lo que pasaba conmigo, si ya no salíamos. Y él le respondió que ese hijo que yo llevaba no era suyo y que no tenía ninguna responsabilidad. Odié esas palabras y salí corriendo de detrás del vestuario. Estoy convencida de que ellos no me vieron, pero tú sí, y me seguiste y me consolaste.

—Cierto. Te dije que no deberías prestarle atención, que era un gilipollas que solo quería hacerse notar.

—Recuerda que mi barriga ya estaba bastante abultada. Soy delgada y la ropa ancha escondía mi secreto, aunque no lo era ya para casi nadie, pues los rumores corrieron como la pólvora.

—Bueno, podríamos decir que no eran rumores. Nick no paraba de contarle a todo el mundo que el imbécil que le hubiera hecho el bombo a Janice tenía que dar la cara. Que estaba convencido de que era alguien del instituto y que se las tendría que ver con él. Que cuando diera con la persona que se había acostado con su novia las pagaría.

—Solo daba la nota. Era tan hipócrita.

—Un fanfarrón diría yo.

—Y parece que deja bombos por donde pisa.

—¿Por qué dices eso?

—Un cotilleo que corre de que hay una chica embarazada y él es el posible padre. El pueblo entero sabe que Connor es su hijo, si hasta se parecen un poco. Algo que odio, por Dios, no quiero que se asemeje en nada a él.

—Connor es como tú. En lo valiente, en lo orgulloso, en lo dulce.

—Si apenas lo conoces, Adam. Aunque es tal y como lo has descrito.

—Es que con la madre que tiene, no puede ser de otra manera. Pago y te llevo a casa, ¿vale?

—De acuerdo.

Paseamos por la calle hasta llegar a la avenida principal. The Sweet Spot está a nuestra derecha, con su escaparate apagado. Ambos nos quedamos mirándolo y supongo que pensamientos diferentes rondan por nuestras cabezas.

¿Qué sucederá en la mente de Janice?

Yo solo veo a una joven que lucha por su hijo, por su negocio y con una vitalidad que ya quisieran muchas. Con un rostro precioso y unos labios que tengo ganas de volver a besar.

Giramos a la izquierda y nos acercamos a la casa del tío Jake.

—¿Quieres entrar y tomar algo antes de volver a casa?

Mis palabras me han traicionado. Quiero tenerla para mí en un entorno íntimo. Quiero rozar su pierna, acariciar su mejilla y saborear su boca. No me imagino una mejor forma de acabar una noche tan maravillosa como la que estamos viviendo que pasarla con ella.

Janice asiente y entra conmigo hasta el comedor. Me dirijo a la cocina y regreso con dos tazas humeantes de sidra caliente, aromatizada con canela y clavo. Es mejor que una copa; una manera de relajarnos y recordar más momentos del pasado.

—¿Te apetece? La preparé por la mañana y he pensado que sería perfecto para una noche como esta.

—Suena ideal. Me encanta la sidra caliente, sobre todo en otoño.

Janice ya se ha acomodado en el sofá y yo hago lo propio. Le entrego la taza y coloco mis manos alrededor de la mía para disfrutar del cálido aroma especiado que llena la habitación.

—Estar sentada aquí sin Jake es bastante extraño.

—¿Habías venido en más ocasiones?

—Aquí hablábamos de negocios y preparábamos las fiestas del pueblo. Nos reuníamos con más vecinos y siempre tu tío tenía palabras maravillosas para todos ellos. Por eso pensabas que tal vez nos tenía más presentes a nosotros que a vosotros, pero eso no es cierto. Tu madre, tu padre e incluso tú, salíais en muchas de las conversaciones. Adam hizo esto, mi hermana hizo lo otro y su marido aquello. Erais su historia y os quería con locura.

—Me alegro de que estuvieras con él y que tengas buenos recuerdos a su lado. —Me acerco un poco más a ella. El cojín que nos separa impide nuestra cercanía. Estoy convencido de que, si continuo mirándolo, seré capaz de fundirlo.

—Tú también debes tener muchos —comenta Janice, que acaba de coger esa pieza que impedía que estuviéramos juntos y se la ha puesto a la espalda. Ella está cómoda y yo puedo aproximarme un poco más. ¿Lo habrá hecho a propósito? ¿O solo yo me he dado cuenta? Céntrate, Adam, que está hablando contigo—. Te fuiste con dieciocho años y erais uña y carne.

—Lo echo de menos, ¿sabes? Cuando venía a Irlanda contaba anécdotas de Pasadena y en ocasiones pensaba en regresar con él, con lo que dejé.

—¿Por qué no lo hiciste?

—En Irlanda creé otros recuerdos, encontré otros amigos y me amoldé a mi nuevo presente.

—A mí Jake también me falta, lo echo de menos. Él era uno más de mi pastelería, aunque no lo supiera. Sin su ayuda, no hubiera llegado donde estoy.

Nuestras rodillas se rozan. Janice observa el contacto y yo lo único que puedo hacer es acercarme. Sus ojos azules como el cielo iluminan mi alma. Solo necesito que sienta con el corazón y sea ella la que bese mis labios para poder certificar que lo que ocurrió el otro día en la pastelería no fue una fantasía y que también me desea.

Y sucede.

La emoción me embarga.

La chica de mi sueño adolescente está sentada frente a mí y me está besando. Le acaricio el cuello y la acerco. Introduce su lengua en mi boca y yo solo puedo acogerla y disfrutar de las sensaciones que me provoca.

Me pongo en pie, la tomo de la mano y la llevo hasta la habitación que ocupó. Se estira en la colcha y, sin soltar su mano, me acomodo sobre ella. Entrelaza sus dedos con los míos y los coloca por encima de nuestras cabezas. Sus besos me embriagan y la sensación me lleva a un éxtasis maravilloso.

Con la mano libre rodeo su cintura. Ella toca mi mandíbula y juega con el lóbulo de mi oreja.

Estoy en paz. Siento que nos vamos a fundir en un deseo al que ambos queremos sucumbir.



Un leve ruido me saca de un sueño placentero. Abro un ojo y veo un cuerpo desnudo a mi lado. Su cabello rubio le cubre el rostro. Le retiro el mechón para verla dormir. Se mueve un poco y se recoloca en el colchón poniendo su mano encima de mi torso. Sonrío ante ese movimiento.

Con la yema del dedo recorro sus ojos, su nariz, sus labios, sin tocarlos, solo dibujo una imagen que retendré en mi disco duro, ese que en estos momentos contiene imágenes de la persona más *sexy* y sensible.

Después de observarla un rato decido bajar a preparar el desayuno. Unos minutos más tarde aparece en la cocina con una de mis camisas blancas y un tanga del mismo color. Se coloca en uno de los taburetes y espera que le sirva una taza de café.

—¿No te echarán de menos en casa? —le pregunto.

—Probablemente. Tendré que buscar una buena excusa.

—Dile a tu hijo que has participado en una fiesta de pijamas. —Es lo primero que se me ocurre.

—Pues de esas prendas había más bien pocas en nuestra sesión de esta noche. —Su sonrisa es tan dulce y sugerente que no sé si seré capaz de acabar lo que tengo entre manos.

—¿Quieres volver a jugar ahora? —Le sonrío pícaro y ella se pone en pie para darme un frugal beso en los labios que espero que se quede solo en eso, pues el desayuno se va a enfriar.

¿O tal vez quiere algo más?

La atrapo por la cintura y la sitúo encima del mármol. Me coloco entre sus rodillas y la miro con deseo. Sus ojos refulgen pasión. Y yo no sé si estoy preparado para empezar de nuevo. Debo poner freno a lo que nos ocurre. ¿Por qué? No tengo ni idea, por lo que en estos instantes lo mejor es no pensar y dejarse llevar. Yo la beso y ella me besa. Somos dos queriendo ser uno.

La entrada de una llamada de teléfono interrumpe lo que hacíamos y Janice vuelve a su asiento y se toma el café. Yo compruebo quién es, le escribo un mensaje a Jonas y doy por concluida esa charla que ha estropeado un momento entrañable.

Me pide que le ponga más café en la taza y, con ella en la mano, se pasea por la cocina y se acerca al salón a observar las fotos.

—Tu tío era fenomenal. Esta foto se la hizo cuando el incendio de uno de los graneros de los Tydy. El pueblo al completo se volcó para acabar con las llamas y, cuando lo consiguieron, con ayuda del equipo de bomberos, se hicieron esa foto. Le tenía un cariño especial, pues Graham Tydy murió unas semanas después de una apoplejía, algo que no se esperaba.

—Pareces una más de la familia, por lo que cuentas.

—En parte, me sentía una más de su equipo; él hacía que se le quisiera.

—He visto álbumes de fotos por aquí. ¿Quieres explicarme más cosas de Jake y de lo que supuso para el pueblo?

—¿De verdad quieres recordarlo? ¿No prefieres hacer otra cosa?

Su mirada maliciosa me corrompe.

—¿No has quedado saciada? Vaya, vaya.

—No he sugerido nada de lo que te estás imaginando. —Con un dedo delante de mi rostro niega lo que he dicho—. No te diré que no a más caricias por tu parte, pero puedo esperar a la próxima vez. He quedado satisfecha. —Se acerca a mis labios. Un beso intenso que hace que mi corazón se funda tras el contacto.

Pasamos la mañana juntos, comemos y la acerco a su casa.

Una vez a solas extraigo la carta que me entregó el otro día el señor Thomas y la leo sentado en la butaca del salón:

Querido Adam:

Pensarás que en vida era pesado y que a mi muerte lo soy más. Necesito que seas feliz y no sé si sin mi ayuda lo vas a conseguir. Anthony no es muy bueno en las relaciones interpersonales y necesito que, leyendo estas frases, entiendas que han sido tus palabras sobre ella y los silencios de Janice los que me han llevado a creer que sois el uno para el otro.

Dirás: «Menudo casamentero estás hecho».

Pues es lo que intento.

Además, he de cuidar mis bienes y sé que con tu ayuda y con el buen hacer de Janice todo saldrá a la perfección.

No olvides ninguna de las pautas adjuntas a este texto. Confía en Jake, que te quiere y desea lo mejor para ti y para Pasadena.

No me defraudes. Desde ahí arriba te vigilo y, como se te ocurra cambiar mis planes, todo el universo se pondrá en tu contra.

Gracias por sonreír y por ser feliz.

Hazlo por mí.

Tu tío que te quiere,

Jake

Jake era el alma de la fiesta y, sin estar, quiere ser partícipe de lo bueno que nos ha dejado. Su carta me hace estar bien, leerla me anima y parece que pretende unirnos, que Janice y yo seamos uno. ¿Janice también lo desea? ¿Es lo que a mí me apetece? ¿Dublín me llama o, por el contrario, prefiero quedarme en Pasadena?

Mi cabeza es un lío, no sé qué hacer. Deseo a Janice con toda mi alma, ¿y ella a mí? ¿Vendo y me voy? ¿Me quedo con ella?

18

Janice

11 DÍAS PARA HALLOWEEN



—Cuenta más, quiero detalles. —Nell se ríe a través de la línea telefónica.

—¿Qué más quieres que te cuente? Adam y yo pasamos la noche juntos. Estuvo genial y me hizo sentir... No sé, estoy bien con él, me recuerda al pasado, a lo que podría haber tenido si no hubiera estado cegada, y a la vez me hace vivir el presente, lo que tengo ahora y quiero preservar. Y, por supuesto, me anuncia un futuro. ¿Lo quiero a mi lado?

—No lo dudes, Janice. Si él quiere estar contigo, debes probarlo y darle una oportunidad.

—Aún no lo conozco suficiente; no sé si es bueno que me acerque, por si me rompe.

—Erais amigos y pasaba tardes enteras en tu casa. Sí lo conoces, sí sabes cómo es.

—Hacíamos los deberes, nos ayudábamos en el colegio. Todo era por sacar mejores notas; no había nada succulento en aquellas tardes ante una mesa repleta de libros. Descubrí poco de su lado oscuro.

—¿De qué hablas? Adam no tiene nada que ocultarte. Conociste a un chico majísimo que te ayudó a conseguir mejores notas y luego, cuando se enteró de lo que te había sucedido, te apoyó, igual que nosotros. Seguro que escondes alguna foto suya en esas cajas en las que guardas tus tesoros. Yo siempre vi en él algo más, pero tú estabas cegada por Nick, ese apuesto caballero que te destronó. Esperabas que aceptara a su hijo, cosa que no hizo, y nunca viste en Adam nada más, aunque siempre estaba pendiente de ti.

—No tengo claro eso que dices. Era un amigo, como vosotros, y estuvo a mi lado como lo estuvo La Resistencia. Sabes que cuando Nick se acercó a mí, el chico más popular del instituto, fue algo sin igual y no apreciaba lo que tenía a mi alrededor. Es probable que no me percatara ni de lo de Adam ni de ninguno que estuviera cerca. Solo tenía ojos para un gilipollas y quiero pensar que no se acostó conmigo solo porque era guapa, sino porque se encariñó de mí y se enamoró, aunque fuera un poquito.

—Por supuesto, eso no lo discuto, pero la primera vez, en Halloween, en su casa, fue por tu belleza. Luego, os fuisteis conociendo y surgió la chispa. No hay quien le gane a gilipollas, así que no tengo nada mejor que decir de él.

—Yo tampoco quiero que lo alabes. Solo me gustaría pensar que no fui una más.

—De eso estoy convencida.

Me despido de mi amiga y me tumbo en la cama. Unos minutos después aparece mi hijo y se coloca a mi lado, pensativo y bastante callado. Le hago cosquillas y se ríe, aunque su semblante es serio.

Me freno y dejo que me comente lo que le inquieta.

—Mamá.

—Dime, Connor.

—¿Adam será mi nuevo papá? —Quedo descolocada.

—¿Por qué lo preguntas? Es un amigo de mami.

—Fuisteis a cenar juntos y estuviste en una fiesta de pijamas con él.

Quién me diría que sería buena idea utilizar la excusa de Adam.

—Eso es ser buenos amigos y los amigos se casan —continúa Connor.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La mamá de Eric, de la clase de al lado. Se casó con su mejor amigo. Y el papá de Kingston, el que juega conmigo a baloncesto, cambió a su mamá por la mejor amiga de esta. Eso de ser amigos es bueno.

Vaya discurso lleva mi pequeño.

—Connor, por ahora Adam y yo somos amigos amigos. —A ver cómo salgo de esta encrucijada—. Cuando seamos algo más, si llegamos a serlo, te lo contaré, ¿vale?

—¿Va a venir a ayudarnos con la decoración de Halloween de la casa?

—De eso nos encargamos tú y yo, que llevamos un montón de años haciéndolo solos y se nos da de maravilla.

—¿Empezamos ahora? —sugiere Connor mientras se pone en pie, listo para sus tareas.

Asiento.

—Así habíamos quedado, mi capitán. Estoy a sus órdenes. ¿Dónde guardó las cajas el año pasado?

—Están en el sótano, segunda estantería a la derecha, cabo. Baje inmediatamente a por ellas y pongámonos en marcha —ordeno.

Me encanta decorar la casa para Halloween con mi hijo. Pasamos un par de horas entre telas de araña, esqueletos y fantasmas y colocamos las calabazas igual que los vecinos. Ellos este año se van a esperar a que lleguen Nell y Trace la próxima semana, pero Connor tenía muchas ganas de decorarla ya, por lo que, aunque faltan días para la festividad, es divertido pasar un rato con él.

Por la tarde nos vamos a dar una vuelta. Me apetece charlar un poco más con mi hijo.

—El colegio bien, mami. La profe no me entiende, no confía en mí, pero me la estoy ganando.

—¿Qué quieres decir?

—Le presento a tiempo las tareas, me anoto lo que dice en clase en la agenda, aunque a veces se me olvida y es cuando se enfada.

—Sabemos que eres un poco despistado. Si ves que no puedes, me lo dices y hablo con ella.

—No, mami, todo guay. Yo me apaño.

Me gusta ver que se hace mayor e intenta resolver los problemas a su manera.

Agendaré una reunión con la profesora, sin que lo sepa Connor, para que me mantenga al día de sus avances.

—Hola, Janice.

No esperaba oír esa voz tan cerca. No me apetece nada conversar con él en estos momentos. Aunque parece que no tengo escapatoria.

—Hola, Connor —saluda Nick a mi hijo, y lo despeina un poco.

Cómo odio que haga eso.

Y Connor un poco también, pues se aparta y se coloca de nuevo el cabello en su sitio.

—Nick —respondo con la más absoluta indiferencia.

Mi intención es continuar andando, pero él tiene ganas de conversar.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal todo?

—Tenemos prisa, Connor, venga vamos —le insto a mi hijo, y este me da la mano mientras me mira por si necesito su ayuda.

—Dame unos minutos, solo quiero saber de vosotros.

—Algo escondes tú. Chad pasó el otro día por la pastelería y dijo que estuviste la semana pasada por casa, que preguntaste por mí.

—Voy a estar una temporada en Pasadena. Tengo que arreglar ciertos asuntos de la empresa familiar.

—¿No os instalasteis en California y trasladasteis todas las fábricas allí? El pueblo quedó desamparado. ¿A qué vienes ahora?

—No seas catastrofista. Y, además, aquí aún tenemos negocios que gestionar e inmuebles con los que trabajar. Los dedos de mi padre no llegan solos y envía a sus secuaces.

—Tu tío se encarga de eso; tú sales a beber cuando vienes por aquí con tu primo y poco más. Además, se oyen rumores que estás con una chica, que vas a casarte.

—Siempre te quise a ti.

Esa frase no me gusta. ¿Qué pretende?

—Nick, menos tonterías. —Niego con la cabeza, Connor me aprieta la mano para darme valor—. Vamos, Connor, que tenemos que acabar de recoger lo que hemos dejado en medio del salón.

—Pocas ganas tienes de hablar conmigo. ¡Con las que tengo yo de estar un rato a tu lado!

—Otro día. —Odio que me trate así, como cuando éramos unos críos.

—¿Me lo prometes?

—Ya veremos.

Y apenas tengo tiempo de agarrar a mi hijo de la mano y salir huyendo. Connor casi no roza el suelo con los pies. Llegamos asfixiados al porche de casa de los Pendleton. No sé por qué he acabado ahí. Supongo que tenía ganas de contárselo a mi amiga, pero ella no está. Usaré a La Resistencia para que me apoyen.

Y la jornada acaba con una sonrisa al oír a todos burlarse de ese malnacido que un día se cruzó en mi camino.

19

Adam

10 DÍAS PARA HALLOWEEN



Cojo una de las cajas que Janice ha traído esta mañana. Están repletas de decoración para Halloween. Parece que hoy vamos a dejar la pastelería como si fuera una mansión embrujada.

—¿Tanta telaraña, fantasmas y demás no va a asustar a la clientela? —pregunto mientras le retiro un mechón de pelo que cubre su rostro y lo recojo tras su oreja. Rozar su piel lanza electricidad a mi cuerpo. Debo poner un poco de paz a mis emociones.

—Siempre la decoro. Los clientes ya vienen por el morbo de saber qué se me ha ocurrido este año. El otro día Leo me prestó una mano cadavérica que voy a situar al lado de la caja registradora para que pongan el importe exacto de la compra ¡o se las verán con la dueña!

Su sonrisa es deliciosa.

—Te ayudo. Dime qué debo hacer, aunque no veo esto muy divertido. —Es difícil no admirar lo bien que se desenvuelve en un espacio que es suyo, que ella ha creado para el disfrute de los que entran.

—Ramón te da las instrucciones y yo voy dentro con los preparativos. Si necesitáis ayuda, me llamáis.

—A sus órdenes, jefa —le sonrío Ramón que, subido a una escalera, coloca un par de arañas colgantes en el techo.

Menos mal que la clientela empieza a entrar cuando hemos acabado y alaban la decoración.

Mientras trabajo codo a codo con Ramón, hablamos también de la campaña de *marketing* que debemos lanzar para que la pastelería obtenga los ingresos que necesita.

—Mañana te traigo los dibujos que han hecho mis críos —me comenta—. Es algo muy infantil, pero creo que puede encajar. Connor también los ayudó y el cartel me parece muy atractivo. Solo queda poner la frase adecuada y listo: ¡podemos iniciar la campaña!

—¿Janice está conforme?

Cuando les expliqué cómo llevarla a cabo, estuvieron ambos de acuerdo, pero en su rostro vi un gesto de confusión. Aún tengo que descubrir si es por la promoción o por mi cercanía. A veces creo que, si estoy a su lado, se muestra diferente.

—Tú la convenciste; este proyecto es tuyo y va adelante —me asegura Ramón, y eso me da la confianza de que verá la luz pronto.

—No quiero que sea mío, sino vuestro. Solo os ayudo, y me encanta que lo veáis bien.

Un par de horas después, tras recoger las cajas y desaparecidos los clientes ávidos por ver cómo había quedado, entra por la puerta alguien al que no me apetecía ver en estos momentos.

—Nick.

—Adam, ¿qué haces por aquí? —Su tono no me gusta. Creo que nunca me gustó, ni cuando éramos adolescentes.

—¿Y tú? Me dijeron que te habías ido a la otra costa en busca de mejores aires.

—No te creas. En esta costa también se está bien y el aire es más reconfortante. Tú te largaste al otro lado del océano —me recuerda.

—He regresado. Mi tío ha muerto.

—Es verdad, el pobrecito de Jake.

Mi mandíbula se tensa al escuchar sus palabras, cargadas de una rabia velada y una arrogancia que no soporto.

—No sé por qué dices eso. Era muy querido en la comunidad.

—No lo dudo, pero perdió parte de su encanto cuando llegó mi padre y lo desbancó en su intento de *mejorar* la comunidad.

—¿Qué dices? No entiendo de qué va esto.

—No va de nada. La mayoría de los locales son de Vandebilt Corporation y yo estoy aquí para cerrar ciertos asuntos que involucran otros inmuebles adicionales.

No tengo ni idea de qué está hablando. Algo no encaja y sus palabras solo refuerzan la impresión de que siempre ha disfrutado de presumir y comportarse como el chico rico del pueblo.

—¿Has venido a comprar algún dulce a The Sweet Spot? —le pregunto, pues no quiero que la conversación vaya por el camino que él pretende.

Endurece el gesto y me mira irritado.

—He venido a hablar con Janice. Tal vez me regale alguno de sus postres.

—Desde que estoy aquí no se regala absolutamente nada, ni a los conocidos. Estamos poniendo al día las cuentas y ofrecer dulces gratis no ayuda.

Ramón me mira de reojo, consciente de que lo que he dicho es una invención que acaba de salir de mi boca. Además, estamos a medias de una campaña que alimenta esa idea, pero es que no soporto a este impresentable. De adolescente era un creído y veo que no ha cambiado su forma de ser con el tiempo.

—Tú dile que la espero y ya hablaré con ella —insiste Nick.

—Ha salido —miento.

Frunce el ceño, como si dudara de mi respuesta. Rezo para que Janice no aparezca en este momento y arruine mi mentira.

Al mismo tiempo, espero que este gilipollas se largue de aquí enseguida y no nos interrumpa más.

Nick da un paso adelante con una mirada fría e intimidante. No sé qué pretende con ello. Después de un tenso silencio, suelta un bufido de frustración y se da la vuelta para marcharse.

—Volveré más tarde o la llamaré. Que esté pendiente del teléfono —dice antes de salir y cerrar la puerta de golpe tras él.

Respiro aliviado y me giro hacia Ramón, que sonríe divertido. No me gusta tratar así a la gente, pero algunos se lo buscan.

—Buen trabajo, aunque deberías tener cuidado. Ese tipo no es inofensivo —me advierte, con los brazos cruzados mientras me observa con una mezcla de preocupación y seriedad.

—Un mierda que se cree mejor que el resto —respondo con un tono que deja salir parte de la rabia que llevo dentro.

Ramón me mira por un segundo más de lo necesario, como si evaluara si hablar conmigo. Se limita a asentir.

Me dirijo a la trastienda en busca de Janice y le cuento lo ocurrido.

—Sé defenderme, Adam. La próxima vez hablo con él; no debes preocuparte por mí. Llevo años tratando con Nick. A veces parece mejor, otras es insoportable.

—Estoy convencido, lo que pasa es que no me gusta el aire que destila y, si te puedo evitar un mal rato, pues en eso te ayudo.

—Gracias —susurra mientras continúa con la masa de las galletas.

Me acerco a ella y nuestros labios se unen. He llegado a pensar que se había olvidado de nuestro encuentro, pero la dulzura de su beso me demuestra que no es posible.

Entra un mensaje al teléfono y al leerlo lamento tener que despedirme de ella.

—Nos vemos mañana. —Y vuelvo a besarla con una calidez y una emoción que no soy capaz de soportar.

El señor Thomas requiere mi presencia en su despacho de inmediato. El texto es demasiado críptico para averiguar de qué se trata sin personarme.

—No podemos esperar más a tomar una decisión, Adam. Esta mañana han hecho una gran oferta económica por el local que debemos contemplar.

Frunzo el ceño. ¿Esto no lo teníamos ya resuelto? El despacho de Anthony parece más estrecho de lo que es en realidad.

—¿Puedo saber quién es? ¿Y por qué ahora?

Mira sus papeles y busca el nombre de esa persona. Cuando sale de su boca sé que solo tanteaba la mejor manera de decírmelo.

—Los Vandebilt.

—¿Nick? ¿Nick ha hecho una oferta por el local de Janice?

Asiente.

¿Por eso ha pasado esta mañana por The Sweet Spot? ¿Para restregárselo por la cara? No sé si quería desvelárselo. Sus palabras ahora cobran sentido y entiendo que solo quería hacer daño, quedarse con los inmuebles de mi tío y que los Vandebilt tengan el poder aunque estén lejos de Pasadena. ¿Tendrán intención de regresar? Las malas lenguas dicen que no les está yendo muy bien por California. Aquí eran los amos y señores; tal vez estén barajando opciones.

—Son unos aprovechados. El pueblo entero es suyo y sus alquileres y precios de venta son astronómicos. Tienen la sartén por el mango y tu tío quería evitarlo a toda costa. Compró los locales que te legó e intentó quedarse con algún otro que al final no consiguió.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Una que nos conviene tomar en cuenta. Bueno, deberías comentarlo con Janice.

—¿Con Janice? ¿Por qué? Lo mejor es hacer caso a lo que dijo Jake en su carta.

«No olvides ninguna de las pautas adjuntas a este texto. Confía en Jake, que te quiere y desea lo mejor para ti y para Pasadena».

—Pues, adelante, descarta esa baza y arreglamos el asunto con lo que pautó tu tío. Vamos a dar los pasos, uno a uno, los que expuso en ese listado.

Revisa una carpeta y saca una copia de la carta que tengo en la mesita de mi habitación. Adjunta a ella hay un listado y un documento legal que he de firmar para dar validez a lo estipulado por Jake. Cojo el boli y firmo sin pensarlo demasiado. Es lo que quería y seguro que él lo había meditado más que yo.

—Creo que esto lo teníais más que resuelto sin mi ayuda. —Una sonrisa se posa en mi rostro cuando reparo en que Jake permanece junto a nosotros, llevando las riendas de su legado.

—¿Por qué dices eso? Tu tío quería lo mejor para ti y que lo vieras con tus propios ojos. Que pasearas por Pasadena, que volvieras a sentir que este es tu lugar.

—Podíais haber sido más directos.

—En parte lo ha sido; la distancia que marcaste con respecto a Pasadena no te ha dejado ver lo que él te enseñaba. Además, a tu tío también le gustaba jugar, haceros ver la realidad del mundo de forma divertida.

—Cuando se lo desvelemos a Janice, no sé si le parecerá divertido.

—Debes buscar la mejor manera de hacerlo.

Pues no sé cuándo va a ser. He recibido un mensaje de Jonas que no esperaba y, con la campaña que yo mismo he iniciado de la pastelería, creo que el momento llegará, como siempre, de la peor manera posible.

—Ahora está muy liada con los preparativos de la fiesta para Halloween. Tal vez espere unos días.

—No te lo pienses demasiado. Voy a hablar con el banco, para ver cuándo nos podemos pasar y firmar los papeles. Te aviso con un mensaje. Tú también deberás estar.

—Perfecto, pues quedo a la espera de tu llamada.

20

Janice

9 DÍAS PARA HALLOWEEN



Son las once de la mañana y Adam no ha llegado aún a la pastelería. Es muy extraño. Siempre nos ayuda a abrir y está con nosotros a primera hora.

Cuando Adam recibió el mensaje del abogado y nos dejó a solas, me quedé con una sensación en el cuerpo que no le deseo a nadie. Ya no regresó y, con la visita de Nick, el día fue raro.

Que no esté aquí en estos momentos es una mala señal, estoy convencida de ello.

—¿Te dijo algo a ti Adam ayer? —le pregunto a Ramón—. Me comentaste que estuvisteis hablando de los carteles de la nueva campaña. ¿No te mencionó nada?

Él niega con la cabeza y continúa con sus quehaceres.

A mi empleado también le pasa algo. Está más callado de lo habitual.

Voy a la trastienda, pongo en orden la lista de tareas y llamo a un par de proveedores que aún tienen que traer material. Espero que no se retrasen y pueda ponerme con los preparativos de la feria de inmediato. He ido avanzando, tengo bastantes productos que colocar en el lugar ideal ese día, aunque me faltan los tablones y soportes de las mesas, los manteles decorativos, más bandejas y algún que otro utensilio que utilizaré en el taller con los niños.

Estoy organizada, soy consciente de ello, y sé que lograré terminar todo lo que aún falta. Sin embargo, que mi alrededor no vaya en consonancia conmigo, me trastoca.

—Ramón —lo llamo y accede a la trastienda un momento—. ¿Me dijiste que podrías coordinarte para la feria con el otro curro sin problema? Y tu mujer también, ¿no?

—Dolores cuenta los días que faltan. Sabes que le gusta trabajar de cara al público y a tu lado.

Sonrío al recordar las otras ocasiones en las que juntas hemos sacado adelante los diferentes puestos que he tenido cada año.

—Dile que se pase mañana un rato para hablar y organizar tareas. Como siempre, que cuente un par de días antes y seguro que el posterior para recoger.

Asiente, pero apenas me mira.

—Ramón.

Alza los ojos, pues no esperaba una nueva consulta por mi parte.

—¿Qué ocurre de verdad? Estoy preocupada y así no trabajo bien. Necesito que me cuentes qué te pasa.

—Nada, señ... Janice, no te preocupes.

—Estás despistado, casi no te acercas, apenas te diriges a mí. Te muestras diferente.

Se encoge de hombros.

—Pues no sé. Estoy bien, de verdad.

Entra un cliente y la conversación queda en el aire. Observo desde la puerta de la trastienda cómo se encarga de hacer su tarea de forma diligente. Aun así, no estoy conforme. Creo que tengo demasiados frentes abiertos y eso me impide ver con claridad lo que sucede a mi alrededor.

Adam ha desaparecido sin dar respuesta a mis llamadas.

En cambio, Nick me ha llamado un par de veces después de pasar ayer por la tienda. Paso de responderle, pero que desee hablar conmigo con tanta necesidad no es normal. Es algo que me descuadra.

21

Adam

8 DÍAS PARA HALLOWEEN



Ayer no pasé por la pastelería y no he podido hablar con Janice. Quiero que esté relajada cuando le dé el mensaje. No sé si será lo que desea ni si es adecuado para su negocio, pero solo espero que acepte y lo vea bien.

La oferta de los Vandebilt continúa en pie. Según Anthony, cuando habló con ellos para indicarles que no aceptábamos su propuesta, no sucumbieron y subieron la cantidad. Me escribió y, al recibir el mensaje, me desesperé. ¿Por qué insisten si saben que ya está resuelto el tema? Hablé de nuevo con el abogado y consolidamos nuestro frente. La negativa es firme, aunque nos cueste derribar a ese gigante que quiere pelear.

Temo que Nick se acerque a Janice y estropee nuestro juego, aunque las cartas están sobre la mesa y no tiene las de ganar. Lo sabe, se lo hemos repetido hasta la saciedad, pero creo que quieren hacer trampas y solo deseo que no lo consigan.

He desaparecido de Pasadena por motivos ajenos a Janice. No he podido contactar con ella; prefiero explicárselo cara a cara, sin esconderme. Probablemente ella no lo vea así, pero un mensaje o una llamada no está bien para esta situación.

22

Janice

6 DÍAS PARA HALOWEEN



La semana ha pasado sin demasiados sobresaltos. Lo único que aún se da de bruces en mi cabeza es que Adam no ha vuelto. No coge las llamadas, no lo he visto por el pueblo y, además, el otro día pasé cerca de su casa y las cortinas estaban echadas y no se veía movimiento. ¿Se ha ido sin despedirse?

Mientras atiendo a un cliente, aparece Chad por la pastelería. Ramón se acerca a él, pero este niega con la cabeza, pues desea hablar conmigo y espera a que yo acabe.

—¿Qué quieres? —le pregunto de malas maneras. No me apetece tratarlo.

—Esta vez no vengo a comprar. —Me acerca la mano y me da una nota.

Cuando leo las palabras de Nick, diciéndome que quiere cenar conmigo esta noche en el restaurante más *chic* de la ciudad, un escalofrío de repulsión cubre mi cuerpo.

—Solo quiere hablar y, como no le respondes las llamadas ni los mensajes, ha pensado que yo te podía dar el recado —dice Chad con una falsa sonrisa en el rostro.

—Veo que no se da por aludido. Si no le respondo, por algo será.

—Justo lo que predijo que dirías. Pero debes darle una oportunidad.

—La ocasión la tuvo en su momento. La desperdició; más bien la hizo trizas. No sé qué desea ahora.

—Charlar contigo.

—¿Y si yo no quiero?

—Tampoco es tan terrible. Un antiguo novio, padre de tu hijo, con dinero y que está en Pasadena. Charlar con él, comer y beber es algo que haces todas las noches. Pues esta vez lo haces en compañía.

—Es que esa compañía no es muy popular por aquí.

—A ese restaurante no creo que puedas ir si no es con Nick.

—Dile que reserve en la Pizzería Ricci, que ahí me sentiré más cómoda y que descarte gastarse un dineral en mí. No lo quiero.

—¿Aceptas, entonces?

—Con mis condiciones, pero sí, allí estaré. —A ver si de una vez me lo quito de encima.

Lo único que, el recuerdo de la semana pasada con Adam está tan presente que me remueve por dentro. Y su ausencia de estos últimos días no hace más que avivar esa sensación.

Un recuerdo tan intenso y sensual, que ahora se entrelaza con la incertidumbre de lo que está por venir. Me temo que el próximo capítulo no tendrá el color que tanto anhelo.

Nell:

¿Estás segura?

Janice:

No mucho, pero estoy convencida de que, si me encuentro con él, descubriré lo que desea y seré capaz de sacarlo de en medio.

Leo:

Hablamos del impresentable, ¿no?

Janice:

Un vecino odioso, que menos mal que lo tenemos lejos, aunque las malas lenguas dicen que regresan.

Ava:

¿Regresan? ¿Los Vandebilt? Uff, Janice, ni caso. Este viene demasiadas veces y tú eres demasiado buena. No cenas con él, es mala idea.

Janice:

Es el padre de mi hijo y tiene interés en hablar conmigo. Si va a casarse, no busca nada, de eso estoy segura.

Leo:

Eso habrá que verlo. Yo te vigilo desde la esquina. Me encanta que nos escogieras en vez de a esos ricachones de la avenida.

Cuando entro por la puerta principal de Pizzería Ricci, observo que Nick está sentado en una mesa del fondo. Era de esperar, no ha venido a buscarme; él no es tan caballeroso como lo son otros. Leo, con una enorme sonrisa en el rostro, se acerca para acompañarme. Su mano apoyada en mi espalda me ofrece una fuerza que no necesito, pero agradezco.

El encuentro es un poco distante, no sé por qué Nick lo ha forzado. No somos amigos, apenas conocidos, y nuestra historia no es la adecuada para mantener una conversación natural.

Leo nos deja una botella de vino, cortesía de la casa, y le doy un sorbo a la copa. Debo calmar un poco los nervios que me atenazan. A la vez, es necesario que retire los recuerdos de un Adam sentado frente a mí, unos labios que me gustaría volver a saborear, un cuerpo que me encantaría disfrutar otra vez.

Ver a Nick estropea todo lo bonito de esa sensación.

Y la conversación empieza extraña.

—Sabes que me fui de tu lado porque mis padres insistieron, ¿no?

Niego con la cabeza. No comprendo sus palabras.

—Teníamos que ir a California por negocios de mi padre y un futuro mejor para la familia. Cuando, antes de marcharnos, les dije que el hijo que esperabas era mío, ellos insistieron en que dijera que no era el padre, que no nos convenía, y me preguntaron si sabía a ciencia cierta mi implicación en el asunto.

—¿Implicación? Tú sabes que solo estuve contigo.

—Yo no sabía nada.

—Sí, venga ya. ¿Qué eras? ¿Un ingenuo?

—No, pero no tenía por qué ser el único o el padre.

—Tú solo lo negaste. Y lo hiciste de forma hiriente, con una desfachatez que desconocía en ti. No te habías comportado así conmigo en ninguna de las ocasiones que estuvimos juntos.

—Pura fachada, lo sabes.

—No. —Esta conversación es surrealista. Lo negó por activa y por pasiva, con gente alrededor y cuando estábamos a solas—. Eres el padre de Connor, pero siempre lo has negado.

—Sé quién soy, y también sé que nunca habría sido un buen padre.

—Eso seguro —respondo con una mezcla de amargura y resignación.

—Lo mejor para vosotros era que desapareciera.

—No te lo compro. Te fuiste porque te convenía, dejando cicatrices en más personas, no solo en mí. Sabes perfectamente lo que hiciste y los motivos. Vienes de vez en cuando y te pavoneas. Eres detestable.

—No digas eso, Janice. Yo te quería.

—No lo demostraste nunca. Siempre serás su padre biológico —continúo—, aunque no lo hayas reconocido. Y ¿sabes una cosa? Su padre de verdad llegará algún día. —Mis palabras destilan resentimiento y cierta esperanza de que mi hijo se rodee de alguien que lo quiera y lo haga feliz—. Tiene una madre que lo adora y una familia que lo quiere muchísimo. No necesitamos nada más.

—Me gustaría conocerlo.

Esa frase me deja descolocada.

—¿A quién? ¿A Connor? Ni hablar.

—¿Por? —insiste Nick.

No lo entiendo, es inverosímil. Cuando Connor nació, contacté con él y lo puse al corriente. Quería que supiera que su hijo ya estaba en el mundo y que no necesitaba nada de él o de su familia. Un tiempo después, se personó con un cheque para que cerrara la boca y dijera a la comunidad que me había inventado esa insensatez. No lo acepté y nuestro día a día continuó sin demasiadas pretensiones, con un negocio que iniciaba y una vida familiar junto a mi madre que nos hacía felices.

Connor ha preguntado por su padre en diversas ocasiones y le he dicho la verdad. Lo acepta y piensa igual que el resto: que es un gilipollas de manual.

No voy a permitir que se encuentren a solas como padre e hijo.

—Connor es feliz sin tenerte cerca.

—¿Y por qué Adam sí puede estar con él?

Adam y Connor apenas han hablado, pero eso Nick no lo sabe y no voy a ser yo quien se lo desvele. Me estoy percatando que lo que Nick siente es un ataque de celos en toda regla. Para él, Adam es un amigo de la adolescencia que él siempre creyó que buscaba otra cosa en mí.

—¿A qué viene ahora hablar de Adam? Está aquí por la muerte de su tío, me está ayudando en la tienda antes de regresar a Irlanda y se lleva genial con Connor. No tiene cabida en esta discusión.

—No estamos discutiendo. Solo quiero conocerlo.

—Pues no va a ser posible.

Me apetece que Adam siga conociendo a Connor, que se vean más veces. Y no quiero que una persona que siempre ha estado lejos de nosotros, que me hizo mucho daño y negó lo evidente, que nunca ha compartido nada mientras pasaba noches de fiesta con su primo en Pasadena, ocupe ahora un hueco en la vida de mi hijo. Connor ya sabe quién es y opina igual que yo. No lo queremos con nosotros. Nick no puede regresar a ningún rincón de mi existencia.

23
Adam
5 DÍAS PARA HALLOWEEN



Acabo de regresar de un viaje relámpago a Boston, donde un posible comprador del local de Janice solicitó una reunión de urgencia. Ya estaba todo cerrado según el listado de Jake, pero Anthony Thomas insistió en que era mejor que hablara en persona con él para cerrar definitivamente el asunto.

Estos días que he estado lejos, sin poder comunicarme con Janice, han sido más difíciles de lo que imaginaba. La echo de menos, tanto a ella como a lo que representa: trabajar codo a codo en la tienda, su aroma cuando sale de la trastienda con las manos empolvadas de harina, el amor incondicional que tiene por los suyos... Y también he extrañado Pasadena, ese lugar que poco a poco se está convirtiendo en mi hogar, y a su gente y el cariño que me muestran.

Aunque es sábado por la tarde y sé que la tienda está cerrada, necesito hablar con ella. Me tomo una taza de café antes de acercarme a su casa. Espero que este reencuentro pueda arreglar lo que la distancia seguro ha complicado.

Connor es quien me atiende después de llamar al timbre. No sé a quién esperaba, está claro que no era a mí.

—Mi mamá no quiere hablar contigo —me lanza como un dardo.

Tiene diez años, pero protege a su madre con uñas y dientes.

—Dile que estoy aquí, por favor. Tengo que contarle un asunto importante.

—Está triste y he oído que es por ti. No quiero que se ponga peor. Se acerca Halloween, los disfraces están listos y a mí me apetece pasarlo bien.

—Intentaré no hacerlo, Connor, de verdad. Te agradecería que fueras a buscarla y puedes quedarte con nosotros mientras hablo con ella. Si ves que se entristece, me lo dices y actúo de otra manera.

—Vale, trato hecho. Espera aquí, que los extraños no pueden entrar en casa. Ahora la voy a buscar. —Y me cierra la puerta en las narices.

Respiro hondo hasta que Janice aparece.

Con un semblante serio, de esos de no querer hablar demasiado, abre la puerta. Connor está a su lado, le da la mano y me mira enfurecido. Es un gesto bastante forzado, pero supongo que quiere hacer de salvador de su madre y es la única expresión que cree que puede funcionar.

—¿Dónde has estado? —Ni un buenas tardes, ni un qué tal estás, solo desea averiguar por qué he desaparecido de su radar.

—Debía atender unos asuntos.

—¿Asuntos? —Su tono es escéptico—. Esa respuesta no me convence.

—Tenía una reunión. El señor Thomas la convocó; está relacionado con los locales.

Su rostro cambia por completo, no le gusta el rumbo que toma la conversación.

—¿Por qué no me has llamado o dado respuesta a mis mensajes? —insiste.

—Sí respondí a uno de tus correos. Te dije que vendría en unos días.

—Exacto, respondiste solo a uno y con esas cuatro palabras. —Niega con la cabeza—.

Creía que había algo entre nosotros y...

—Lo siento —la interrumpo—. No era mi intención enviarte solo ese mensaje, pero la reunión se complicó y tuve que poner todos mis sentidos en resolverla de la mejor forma posible. Además, quería hablar contigo en persona.

—Has marcado demasiada distancia. —Janice me mira, con una mezcla de decepción y tristeza—. Te fuiste sin avisar y luego apenas das señales de vida. —Su voz tiembla—. Me haces sentir que siempre estás a un paso de desaparecer, como si no pudieras quedarte con nosotros.

—No sabes lo que te he echado de menos, las ganas que tenía de regresar y ver tu sonrisa.

Necesito que vuelva a ser la Janice de siempre, que confíe en mí.

Además, he recibido un comunicado del señor Thomas esta mañana, que aún no he respondido porque necesitaba hablar con ella primero. En él, me informa de que Janice cenó con Nick anoche y que debo averiguar si ya sabe algo de la propuesta de los Vandebilt, esa que no vamos a aceptar.

—Desapareciste sin decir nada a nadie. Pensé que te había pasado algo —insiste.

—Lo siento, de verdad. Ahora estoy aquí y podemos hablar. Me gustaría explicarte un tema que necesito que escuches con cautela.

—Sí, ya veo que estás a mi lado, pero, ¿sabes que?, yo ahora también voy superliada. Creo que tampoco puedo atenderte y me voy a pensar eso de responder al teléfono.

Connor la mira confundido, aunque no dice nada. Supongo que tendrían algún plan y ahora no sabe si lo van a ejecutar, si lo que acaba de decir su madre es real o solo una mentira para hacerme salir de ahí.

—Lamento que te lo hayas tomado así. Serán diez minutos, no más.

—Tiempo y ganas de utilizarlo de la manera correcta. Y ahora no dispongo ni del tiempo ni de las ganas.

—¿Cuándo te va bien que hablemos? Es importante.

Enarca una ceja. No lo tiene muy claro. Revisa el móvil, con una pausa digna del mejor intérprete, y al final me propone una actividad que no esperaba.

—¿Nos acompañas mañana a la granja de calabazas?

—Íbamos con Nell y Trace —comenta Connor preocupado—. Yo quiero ir con ellos, y con Justice y Devon. Por favor, mamá —suplica.

—Sí, Connor, vamos todos, no hay cambios. Solo acoplamos a Adam, si le apetece claro.

—Aaah vale, pensaba que quisieras ir sola con tu amigo —suelta como si nada y con una bocanada de alivio en su gesto.

—No, así será más divertido. ¿Te apuntas? —me consulta.

Este giro del guion no lo esperaba.

—No me lo pierdo. ¿A qué hora nos encontramos?

Hacer planes improvisados con ella es lo que más me apetece.

Unas horas después, me encuentro rodeado de vecinos, algunos a los que apenas conozco, otros con los que ya he mantenido conversación, vestidos de negro y con rostros compungidos. Ni en mis más estrambóticos sueños hubiera imaginado que en menos de un mes estuviera en otro sepelio de una persona querida en Pasadena. No tuve la ocasión de hablar con él, de presentarme y ofrecerle alguna solución igual que lo estaba haciendo con Janice.

Darius, la persona que regentaba la galería de arte, ha tenido una embolia fulminante y el barrio se ha quedado sin su más ilustre artista. Anthony Thomas se acerca a mí y me acompaña a dar el pésame a la persona adecuada, pues, entre tanta gente, no sé quien es el familiar al que me

debo dirigir.

—Soy Axel Callahan, hijo de Darius. Gracias por venir y apoyar a mi padre.

—Se le tenía en mucha estima en el barrio —expresa Anthony.

—Era el estafalario junto a la vieja huraña, dos personas diferentes en una ciudad demasiado formal.

—No digas eso, Axel —comento—. Apenas sabemos el uno del otro, pero mi tío Jake murió también a principios de mes y estoy viendo que en este barrio la gente se hace querer. No llegué a conocer a tu padre, aunque estoy convencido que era una buena persona.

—Hacía tiempo que no venía a verlo. Cuando mis padres se divorciaron, él se trasladó a Pasadena y abrió la galería de arte.

Se acercan más personas y le ofrecen la mano. Anthony y yo nos separamos y cogemos un canapé de los que esperan en las bandejas dispuestas en la mesa. Vemos entrar a Janice y Nell, junto a su familia, y también se acercan a Axel para darle el pésame.

Dan un par de pasos más y se colocan a nuestro lado. Oigo como Nell habla con Janice:

—Menudo hijo tenía Darius. Ya podría haber venido más por aquí.

—Nell, baja el volumen —le comenta su novio, que también las acompaña.

—Pero es que es guapísimo, ¿no crees, Janice? Oye, acércate a él y te presentas mejor. Que tú aún estás libre y podría querer pareja.

—Ha venido al entierro de su padre, no creo que esté buscando a nadie —susurra Janice.

—Tú no lo sabes. Solo tienes que preguntarle si está disponible.

—Venga, Nell —sugiere Janice con una preciosa sonrisa en su rostro—, ponte seria, que estamos en un velatorio. Coge un canapé y para de hablar.

—Vaya, mi amiga la borde acaba de llegar.

—No era mi intención, solo quería que dejaras de decir tonterías —continúa Janice, intentando sacar a su amiga de una conversación absurda—. Mira, aquí está Adam, habla con él. Bajito, y deja a Axel en paz.

—A sus órdenes.

Y Nell, que ya está a mi lado, decide que ahora va a conversar conmigo. Espero que no sea sobre el señor Callahan.

—Me han dicho que mañana te vienes con nosotros a la granja de calabazas.

—Eso parece.

—Pues ten cuidado, que se te acerca competencia —me dice mientras señala con la mirada a la persona que ha perdido a su padre. Menuda metomentodo es Nell.

—Miraré a ambos lados, no te preocupes. Estaré atento.

Me sonrío pícara mientras se acerca de nuevo a su amiga.

Nick Vandebilt aparece por la puerta y se hace un silencio sepulcral en la estancia. Axel Callahan lo espera con la mano alzada para recibir sus condolencias. Luego se acerca a su primo Chad, que también está en la galería.

—¿Qué hace este aquí? —pregunta Nell.

Me encuentro tan cerca de ellas que no pierdo detalle de la conversación que mantienen. No sé si debería apartarme un poco para darles cierta distancia. Aun así, continúo en mi sitio.

—Pues lo que todos los vecinos, dar el pésame —comenta Janice.

—Los Vandebilt no lo conocían.

—¿Y tú? —pregunta Nell.

—Poco, pero sí que sabía quién era Darius y había estado alguna vez en la galería, en su inauguración y en algún acto benéfico —contesta Janice.

—Pues yo apenas lo recuerdo, y ¿Nick? ¿De qué conoce Nick a Axel Callahan?

—Como el resto de vecinos, estamos aquí con el propósito de apoyar y para que Axel sepa que puede contar con nosotros en lo que necesite.

—Pues con Nick mejor que no cuente —contesta Nell.

Desde el fondo veo que la persona de la que están hablando mira hacia la esquina donde estamos y sonrío con galantería a Janice. Esta hace un breve gesto con la barbilla, en forma de saludo, y yo me quedo frío ante esa actitud, pues pensaba que no había nada entre ellos.

¿Fue la discusión de hace unas horas y mi desplante de esta semana la que la ha llevado a aceptar una situación que creo que no desea? ¿Nick le habrá desvelado algo sobre su oferta y por eso está enfadada conmigo?

Debo frenar esta escalada de sinsentidos.

¿Siento algo por ella? ¿Por qué no se lo digo? ¿Qué hago escondiendo un acuerdo que le conviene y que sé puede ser beneficioso para ella?

Debo parar esto.

24

Janice

4 DÍAS PARA HALLOWEEN



Hemos cogido la furgoneta de Gus para ir todos juntos a la granja de calabazas y los niños han amenizado el trayecto con risas y canciones. Trace está pensativo; ha mencionado algo sobre su disfraz de Halloween y Nell lo ha hecho callar de inmediato. No sé cómo acabarán estos dos. Adam también está en su mundo.

—Mamá, compraremos dulces, ¿verdad? —pregunta Connor, lleno de entusiasmo.

—Nell, yo quiero manzana recubierta de azúcar —reclama Justice.

—Yo, palomitas —comenta Devon.

—Tranquilos, chicos —los calmo—. Espero que haya de todo y para todos. Pero os tenéis que portar bien cuando estemos allí.

Los tres asienten y hablan entre ellos. Discuten por dónde van a empezar al llegar.

Hace años que comenzamos esta tradición y es la primera vez que dos desconocidos vienen con nosotras. Bueno, Trace ya es uno más de la familia y Adam..., pues Adam aún no sé lo que es.

Al llegar, los niños saltan de la furgoneta y corren hacia el campo de calabazas mientras ríen y gritan de emoción. Nosotros vamos detrás de ellos a un ritmo más pausado, a la vez que absorbemos el ambiente festivo que nos rodea.

La gente alrededor disfruta de las diferentes actividades que cada año se realizan. Nell se acerca a reservar los *tickets* para el paseo en carro que haremos por la tarde.

—No me lo pienso perder —comenta Nell.

—Nadie ha dicho lo contrario. Sabes que a los niños les encanta.

—Y a ti también —me sonrío.

—Sí, me parece una delicia. Ver las calabazas, los diferentes tamaños y colores, sus tonalidades, el aire de la granja... Me siento en paz mientras todos hacéis fotos y no dejáis de gritar.

—Menuda paz, con la locura que llevamos.

—Estoy a gusto. Es algo diferente.

—Más bien raro, pero lo pasamos genial juntas. —Nell me abraza.

Paseamos mientras los niños buscan la mejor calabaza y participan en una gincana preparada por la organización.

En un momento, Adam y yo nos quedamos a solas. Trace y Nell se han adelantado persiguiendo a los niños; creo que ambos querían que habláramos, pues la tensión era palpable en el ambiente.

Él parece luchar por encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, toma aire y se gira hacia mí con una expresión seria en el rostro.

—Janice, hay algo que necesito decirte —comienza con voz vacilante.

—Perfecto, esperaba a que te dignaras a hablar y, sobre todo, a ser sincero.

—Tiene que ver con la pastelería. —Observa el suelo por un momento antes de mirarme a los ojos.

—¿Sobre The Sweet Spot? Ramón me dijo que ya te había dado los carteles y solo tenemos que empezar la campaña. No sé si en Halloween es un buen momento, pues estoy bastante liada, pero después, si no, nos ponemos en marcha...

—Janice. —Me detiene y coloca un dedo sobre mis labios. Su roce me hace estremecer.

—¿Has hablado con Nick?

Enarco las cejas sin entender su pregunta.

—Me dijo Anthony que cenasteis la otra noche y...

—Solo cenamos. Pasó por el pueblo y deseaba charlar un rato, nada más. ¿Y esto qué tiene que ver con The Sweet Spot?

—Mi tío es el comprador.

Frunzo el ceño extrañada.

—Sí, mi tío hizo una oferta al antiguo propietario del local que tienes pared con pared. Le indicó que, cuando decidiera venderlo, él se lo compraría. Parece que los Vandebilt también han hecho una oferta económica y al final hemos logrado que el local sea tuyo.

—¿Mío? —consulto sorprendida y con un tono de voz algo más alto de lo normal.

—Jake me dejó unas indicaciones en una carta para lograr que ese espacio formara parte de la ampliación de The Sweet Spot. Parece que uno de tus sueños era ese y él ha querido hacerlo factible.

Me quedo en silencio, pues necesito procesar la información. La noticia me sorprende y, al mismo tiempo, me invade una mezcla de emociones.

—¿No ibas a vender los locales?

—Aún lo estoy pensando, aunque la balanza se inclina en contra.

—¿En contra? —Estoy tan conmocionada que no puedo parar de repetir las últimas palabras de Adam.

—Mi tío me ha entregado un par de cartas; en ellas me revela unos sentimientos ocultos que apenas he querido admitir. Creo que él veía en mí algo más de lo que yo nunca reconocí. Por eso, siento que aquí, en este lugar, tengo la oportunidad de redescubrirme y ser yo.

—¿Te quedas? —pregunto sorprendida, y noto una pequeña palpitación de mi corazón ante ese deseo.

—Es lo más probable. Aún tengo que hablar con Jonas y arreglar papeleo, pero...

—¡The Sweet Spot es tuyo! —exclamo. Acabo de atar cabos. Lo que dice es que Jake me compró el local anexo a la pastelería, pero esta es de Adam.

—La pastelería siempre será tuya y ahora el local de al lado tiene tu nombre. Puedes hacer lo que prefieras, ampliar tu negocio o trasladarlo si no quieres que yo sea el propietario.

La idea de ampliar la The Sweet Spot suena increíble

—Pero... —No me cuadra nada de lo que dice. ¿Jake me regala un local? ¿The Sweet Spot puede ser de nuevo mi sueño, un sueño que ya logré hace unos años con la ayuda de Jake? Y Adam, ¿qué es lo que ha hecho Adam?—. ¿Presentaste una oferta contra los Vandebilt y te agenciaste el local? ¿Y no me consultaste sobre esto? ¿Tú lo sabías y no me has dicho nada? ¿Me has dejado con la incertidumbre de qué sería de mi negocio? —pregunto. Me tiembla ligeramente la voz de incredulidad y frustración.

—Quería que fuera una sorpresa, algo bueno para ti y la pastelería —responde Adam, que

trata de explicarse—. Pensé que estarías contenta de saber que podríamos expandirnos y mejorar la distribución, ampliar plantilla.

—¿Podríamos? ¿Que si estoy contenta? —repito, y siento la rabia crecer dentro de mí. No soy yo; esta que burbujea en mi interior es un ente que no reconozco, pero la situación me supera—. ¿Cómo se te ocurre tomar decisiones sobre mi negocio sin siquiera consultarme? ¡Es mi vida, Adam!

Me doy la vuelta y me alejo con rapidez; necesito espacio para calmarme. Adam intenta seguirme y lo detengo alzando una mano.

—Janice, por favor, solo quería ayudarte —dice con desesperación.

—Lo sé, Adam, pero esto no se hace así. Necesito tiempo para pensar —respondo antes de alejarme hacia el campo de calabazas, en busca de la compañía de Nell y los niños. Necesito un momento de tranquilidad.

Me uno a ellos y trato de poner en orden mis pensamientos. La emoción en sus caras mientras buscan la calabaza perfecta me distrae un poco, pero no puedo dejar de sentirme traicionada y abrumada por la situación.

La expansión de la pastelería podría ser una gran oportunidad, pero la manera en que lo ha manejado Adam me deja con un regusto amargo.

No sé si es lo que quiero en estos momentos.

Adam se queda detrás por un instante, noto que duda si permanecer con nosotros esta jornada o abandonarnos. Al final, recibo un mensaje suyo para indicarme que nos vemos en Pasadena, y yo acabo de pasar el día con los míos sin dejar de pensar en sus palabras.

25

Adam

3 DÍA PARA HALLOWEEN



No he recibido ningún mensaje de Janice. Odio pensar que decírselo ha sido la peor decisión tomada en los últimos tiempos. Uno de los puntos de Jake era explicárselo cuanto antes, que estuviera al tanto, aunque creo que mi tío pensaba que ya le habría demostrado mi amor. Y lo he hecho; lo que no sé si ella siente lo mismo por mí.

Salgo a pasear y, como es normal, las primeras casas con las que me topo son las de Nell y Janice. Somos vecinos y no estamos lejos. Mis pies no han querido desviarse del camino habitual. Y la mala suerte también ha querido que ambas familias estuvieran fuera con la decoración de Halloween.

Nell, que está encima de una escalera, coloca una tela de araña gigante que une ambos tejados, y Gus arregla la iluminación para que las calabazas se enciendan por la noche.

Veo como Janice mira el reloj. Debe llegar pronto a la pastelería y empezar con los preparativos de los puestos. Apenas quedan tres días y necesita organizarlo para que nadie esté descontento. Me encantaría ayudar, pero no sé si soy la persona con la que se quiere cruzar en estos momentos.

—¡Hola, Adam! —me grita Nell desde las alturas.

Janice se gira, pues no se había percatado de mi presencia.

Hago un gesto con la barbilla para que se den por saludados. Mi corazón no sabe qué hacer y opta por tomar las peores decisiones.

—¿Puedes acercar a Janice a Annapolis? Los de las carpas tienen un problema con el transportista y no pueden traerlas. Y ella me lo ha pedido, pero, como ves, estoy liada y Gus no se aclara con los cables.

Este gira el rostro para mirar a su hijastra con expresión de desconcierto.

Nuestros ojos se cruzan y no sé cuál quiere que sea la respuesta.

—Por mí... —Me encojo de hombros.

—Venga, llévame. —Su tono destila amargura. Está dolida y solo espero que lo arreglemos de camino a la capital.

Miro al frente, sin desviarme de mi carril. Janice a mi lado muestra resquemor, una sensación que no comprendo.

—Siento que estés dolida. Nunca fue mi intención hacerte daño. Creí que una sorpresa así sería una alegría para ti y para The Sweet Spot.

—¿Y no pensaste que sería mejor hablarlo conmigo?

—Pensé que te gustaría y te emocionarías. Esas fueron las palabras de Jake.

—¡Jake!, ¡Jake! ¡Siempre Jake! Esto no tiene que ver con él.

Cojo con fuerza el volante y giro el rostro para observarla. ¿Como qué no? Él fue quien me dio las indicaciones.

—Janice, si no tiene que ver con mi tío, ¿con quién? No entiendo qué es lo que nos pasa, creo que algo se me escapa. Necesito que comprendas que este regalo es para ti, y el tema del

marketing, mejorar la campaña, todo lo he hecho por ti y por la pastelería. Y mi tío te ha dado alas para hacerlo más real.

—Pero Jake ya no está. —Y rompe a llorar. Y yo lo hago con ella. Creo que ambos necesitábamos sacar de dentro lo que nos oprimía.

Aparco el coche en el arcén y respiramos profundamente. Poco a poco nos calmamos hasta que retomo el camino y la llevo al almacén para recoger las carpas. A duras penas caben en la furgoneta de Gus. Menos mal que no hemos venido en mi coche de alquiler, que, si no, hubiéramos tenido que dar la vuelta.

Esto estaba más relacionado con la falta de Jake en nuestras vidas que con nosotros mismos. Hemos necesitado verbalizarlo para darnos cuenta.

1 DÍA PARA HALLOWEEN



—Dolores, pon esas cajas en la parte de atrás de la carpa.

—Mamá, Ramón dice que vayas a la pastelería y que él se encarga de colocar los tablones.

—¿Han llegado ya los refuerzos? —le consulto a mi hijo.

—Justice, Devon y yo estamos para servirte. —Los tres se colocan frente a mí y me hacen un saludo de los *boy scouts*.

Sonríó al verlos. Lindsay los ha pasado a buscar por el colegio y tienen la tarde para mí. Siempre me ayudan y, como cada vez son más mayores, se pueden encargar de más cosas. Los hijos de Dolores y Ramón son más pequeños, pero también participan. Gus, Lindsay y mi madre tampoco paran de merodear a mi alrededor. Parece que todo está en marcha, aunque a la vez siento que me falta algo.

Adam no se encuentra por aquí. Ayer en Annapolis hablamos, pero no arreglamos nuestras desavenencias. Creo que debería habérmelo comentado antes y que no lo hiciera me duele. Necesito pensar con calma lo que ha sucedido y con Halloween de por medio no logro centrarme. Dejaré pasar esta festividad, la feria y luego veré qué hago.

—Ve —dice Nell. Se ha cogido unos días de fiesta de su trabajo en Baltimore para que no me sienta sola. Trace vendrá mañana y se quedan hasta el fin de semana—. Yo puedo, y con toda la *troupe* de asistentes que tienes, esto es pan comido.

Al cruzar la puerta de la pastelería, parece que hayan entrado a robar. Los escaparates están vacíos de productos. Lo hemos llevado todo al puesto de dulces de la feria. Ramón está recogiendo y, cuando se percata de que soy yo la que accede, me mira sorprendido, aunque sé que me esperaba.

—¿Necesitas algo? ¿Por qué no estás ya en el puesto? Aún no hay clientes y deberías estar allí.

—Me gustaría hablar un rato a solas ahora que tenemos unos minutos.

—Tiempo es lo que nos falta.

Veo que ya hay vecinos que se acercan a la avenida principal, donde se ubican los puestos. Esta feria es una tradición que une a toda la comunidad y atrae visitantes de localidades cercanas.

—Es que no quiero que pasen más días sin contarte algo que me ha estado preocupando desde hace meses.

—Es verdad que te noto distante, pero no sé si ahora es el mejor momento para mantener esta conversación.

—Es que Nick ha recibido información de primera mano y quería que supieras que he sido yo quien se la ha facilitado.

—¿Qué quieres decir?

—Janice, no te lo tomes a mal. Sabes que nunca he tenido intención de hacerte daño a ti o a la pastelería, pero necesito contarte la verdad cuanto antes, ya no lo soporto más. Sabes que el dinero me hace falta y un día que estaba a solas en The Sweet Spot entró Nick y me preguntó por ti. Estuvimos hablando y me ofreció dinero a cambio de que le diera información. Me negué, lo juro. Al principio es lo que pasó, pero insistió y al final acepté.

—¿Qué le has dicho sobre mí?

—¿Ramón desvelándole secretos a un impresentable? Cierro los ojos con fuerza para recuperar la calma. Creo que esta conversación aún no ha acabado y debo centrar mis pensamientos.

—De verdad, no te preocupes, no le he contado nada relevante, te lo prometo. Pero temo que puedas estar enfadada con Adam por lo que le dije a Nick.

—¿Qué le dijiste a ese desgraciado?

Es difícil de creer, pero aquí estoy, en mi pastelería, escuchando como mi empleado me dice que ha estado hablando con el padre biológico de mi hijo. Siento ira ante tal desprecio, aunque puedo llegar a entender a Ramón.

—Sabes que Adam confía en mí. Un día me dijo que tenía una información para ti sobre la tienda y me explicó sus planes para comprar el local, quería que fuera una sorpresa. Me sentí emocionado por la noticia. Pero el señor Vandebilt siempre ha sido muy hábil y me sacó la información que no quería darle.

—¿Qué sabes tú de eso?

—No sé mucho, pero Nick no ha estado actuando bien. Me ofreció más dinero a cambio de más detalles, algo que va en contra de lo que considero correcto. Por eso decidí terminar esa falsa relación que apenas ha durado unos meses. Lo siento muchísimo, de verdad. No sabes cuánto lamento haberme involucrado en esto.

—Ramón, si no le has dado información relevante, no pasa nada. Aunque, no estoy muy contenta con tus actos. Lo que no entiendo es por qué te metiste en este lío. ¿Por dinero? Pero tú no eres así.

—Janice, comprendo que estés decepcionada y por eso he tomado una decisión. Dejo la pastelería.

—¿Qué dices?

—He recibido una oferta para trabajar en un restaurante en Baltimore. Dolores y yo nos vamos a mudar allí porque es una oportunidad que no puedo dejar pasar y, además, seguro que tú no quieres a una persona como yo en tu negocio.

—No digas eso. Entiendo lo que hiciste, podemos hablar, pero por eso no dejes The Sweet Spot. Contaba contigo para la ampliación del local y para ayudarme en la tienda.

—¿Vas a aceptar la oferta de Adam?

—Aún lo estoy pensando. Por eso te necesito a mi lado, no puedes dejarlo.

—Lo sé, y me duele mucho tener que decirte esto. Pero la oferta es demasiado buena para ignorarla. Me incorporo en un mes y, durante ese tiempo, me comprometo a ayudarte en todo lo que esté en mi mano. Además, Adam y tú podéis sacar adelante la tienda.

—Adam se irá. No puedo contar con él.

—Janice, abre tu corazón. Sé que sientes más de lo que estás dispuesta a admitir, y él también necesita tu apoyo. A veces, las circunstancias difíciles nos obligan a enfrentar nuestros verdaderos sentimientos. Adam está aquí para ti, y tú necesitas a alguien en quien confiar y compartir tus sueños. Puede que sea justo lo idóneo para avanzar y fortalecer la tienda.

—Es difícil para mí aceptar todo esto de golpe. No sé cómo manejar estos cambios, y me

preocupa cómo quedará la pastelería sin tu apoyo.

—Debes recordar que el tiempo que pasé contigo y con la tienda me ha demostrado que eres del todo capaz. No estás sola en esto. Adam está dispuesto a ayudarte, y tú tienes la fuerza y la visión para continuar adelante. Confía en ti misma y en las personas que están a tu lado.



La mañana ha pasado en un suspiro. Hemos estado ocupados en los puestos ambulantes, con los últimos detalles y atendiendo a los clientes que se han acercado a la feria y se han llevado su ración de calabazas, dulces y sustos. Los niños acaban de llegar del colegio, ansiosos por vestirse con sus disfraces y sumergirse en la fiesta.

—Mamá, ¿qué le puedo poner a esta galleta para decorarla y que sea más terrorífica? —pregunta Connor, que sostiene una masa redonda en la mano. Solo lleva el mono negro, pues el disfraz de carta se lo pondrá después, cuando salgamos en busca de las golosinas deseadas.

—Puedes añadirle un poco de azúcar deshilachada para que parezca una telaraña y ponle unas pequeñas arañas de chocolate. ¡Seguro que dará un miedo atroz! —respondo y sonrío mientras le doy los ingredientes.

El taller de galletas terroríficas está a tope de niños que lo pasan genial. Los pequeños decoran cada uno la suya con glaseado naranja y negro, agregan ojos comestibles y crean diseños de monstruos, fantasmas y calabazas espeluznantes.

—¡Qué divertido! —exclama Justice. Su decoración está cobrando forma—. ¿Puedo hacer una de Frankenstein?

Las mesas están cubiertas de colores vibrantes y diseños ingeniosos, desde murciélagos de dulce hasta momias y calaveras. Mi invención ha dado sus frutos y los niños lo pasan de miedo.

—Claro, usa el glaseado verde para la cara y chocolate derretido para el cabello. Añade unos cuantos tornillos de caramelo en los lados y tendrás un perfecto Frankenstein.

El taller está lleno de risas y creatividad, y eso es lo que más me alegra. Ver a la comunidad feliz y contenta.

Me acerco a la mesa donde Ramón atiende a los clientes con una sonrisa amable y vende los dulces decorados para la ocasión. Una pequeña fila de personas espera su turno para comprar uno de los *cupcakes* fantasmales o las golosinas temáticas que hemos preparado estas semanas. El trabajo duro ha merecido la pena. Se turna con Nell, que lo ayuda, y entre los dos empaquetan cada pastel con esmero, charlan con los clientes y hacen que su espera sea de lo más agradable, como es tradición en la pastelería.

—¿No os quedaréis cortos de producto? —le consulto a Ramón.

Me mira de reojo, luego se aparta para comprobar el final de la fila y me sonríe con confianza.

—Espero que no, pero, si se da el caso, ya sabes, te toca a ti ponerte al mando del horno.

—Le diremos al que pregunte por el dulce acabado, que se pase mañana o la semana que viene por The Sweet Spot a comprarlos. O el próximo año. —Lo miro, con un toque de tristeza en la voz—. Aunque será sin ti. No sabes la pena que me da que nos dejes. No sé si podré

manejarme sola.

—No seas melodramática —responde, y pone una mano en mi hombro—. The Sweet Spot es tu proyecto, tu pasión. Saldrás adelante sin necesidad de que nadie te haga sombra. Solo recuerda mis palabras de ayer y esfuérzate por darle un sentido a tu vida.

—Gracias, Ramón. Has sido más que un empleado ejemplar; has sido un gran amigo. Te echaré mucho de menos. Y no te olvides de pasar a vernos de vez en cuando.

Nell me observa con una mirada comprensiva y, antes de que una lágrima pueda traicionarme y rodar por mi mejilla, me dirijo al taller de calabazas, donde Dolores y Trace entretienen a otro grupo de pequeños, cada uno concentrado en darle vida a su propia creación.

—No me ha quedado bien —protesta un niño rubio de ojos azules que no parece tener más de cinco años—. Yo quería que diera miedo y da más bien risa.

Trace se inclina hacia él con un toque de complicidad.

—No digas eso. A mí me ha dado un buen susto cuando lo he visto. Pero, si prefieres, hacemos otra cosa. Yo me encargo de los ojos, que es lo más complicado.

El pequeño asiente y parece que lo que podía haber sido una tragedia infantil se ha convertido en un nuevo desafío.

Dolores, mientras tanto, está arrodillada junto a otro niño, y le ayuda a esculpir una sonrisa malvada en su calabaza. Su paciencia y habilidad para mantener la calma en medio de la agitación es admirable. Logra que los niños a su alrededor estén enfocados y felices con sus creaciones. El ambiente está lleno de risas y el suave aroma a calabaza fresca. Me acerco a la mujer de Ramón y esta me sonríe.

—¿Todo bien por aquí? —le pregunto a la vez que admiro las calabazas ya terminadas que lucen sus caras grotescas, cada una con su propio toque de personalidad.

—Sí, estamos en plena operación susto —responde con una risita—. Estos pequeños artistas tienen una creatividad desbordante, aunque a veces no lo piensen. ¿Qué tal por los puestos?

—La venta está siendo un éxito, pero todavía queda mucho por delante. Y Ramón... Bueno, me cuesta imaginar cómo será esto sin él, pero trato de no pensar demasiado en eso ahora.

—Él ha sido una parte importante, lo sé —dice Dolores, comprensiva—. Pero tú también lo eres, Janice. Esto seguirá en marcha porque tú estás aquí, porque has hecho que todo esto sea posible.

Asiento. Tiene razón, y también siento el peso de lo que está por venir. Mientras tanto, los niños trabajan en sus calabazas, y por un momento, todo parece estar en su lugar.

Miro hacia la calle, la amplitud de donde nos encontramos. La gente nos rodea, camina en compañía de sus seres queridos. Unos van disfrazados, otros disfrutan del ambiente festivo, comen y beben lo que compran en los puestos. Una sensación de paz y alegría me envuelve, aunque siento la ausencia de Adam.

No contó conmigo en la decisión que tomó sobre el local, pero ahora, después de pensar en lo sucedido, creo que tengo que darle una oportunidad. Mañana espero poder hablar con él y aclarar mis sentimientos.

Las tonalidades doradas cubren el cielo, pintan el horizonte con matices de fuego mientras el sol se oculta. La brisa fresca del atardecer trae consigo el aroma de las hojas caídas y el crujir de las ramas secas bajo nuestros pies. Nell, Trace y yo decidimos que ya es hora de coger a los niños para llevarlos a casa, terminar de cambiarnos y prepararnos para la emocionante noche de truco o trato. Las calabazas talladas ya empiezan a brillar con sus luces parpadeantes en los porches, anticipando la magia y misterio de Halloween.

—Nell, estás preciosa —le digo a mi amiga cuando baja las escaleras hasta el comedor. Lleva su fabuloso disfraz de Alicia. Trace aparece por detrás con la careta del Conejo Blanco en la mano. En cuanto se la ponga, no se le reconocerá.

—Pues tú estás impresionante —comenta Nell, siempre tan entusiasta.

Mi disfraz de Reina de Corazones es tan espectacular que espero romper algunos esta noche.

Los niños saltan de emoción, con las cartas de cada palo complementando sus monos negros y las coronas relucen en sus cabezas.

Cogemos los cestos y nos dirigimos por el paseo, junto a un montón de familias, a las diferentes casas que nos esperan para que recojamos los caramelos.

Estamos una hora, durante la que disfrutamos de nuestra compañía y de la amistad que tenemos y de lo bien que lo pasamos en esta fecha. Leo y Ava no pueden acompañarnos, este año tienen otro compromiso, pero aunque los echamos de menos somos capaces de seguir adelante con nuestra tradición.

Una vez finalizado y de vuelta a los puestos de la feria, veo a Nick, que se acerca hacia mí. Los niños han desaparecido y Nell y Trace han salido tras ellos para ayudarlos en lo que les pidan. No se han percatado de quién se aproximaba.

—Hola, Janice.

—¿Aún por aquí? —le pregunto malhumorada. Nunca se había quedado tanto tiempo en Pasadena y su presencia me resulta incómoda.

—Ya te dije que tenía asuntos que resolver. Aunque, viendo cómo van las cosas, parece que tu querido Adam se ha quedado con el trozo de pastel más grande.

—¿Qué insinúas?

—¿No te lo ha contado? Hicimos una oferta para comprar tanto tu local como el de al lado. Queríamos instalar una franquicia de un taller de coches. Estaba todo apalabrado y casi listo para ser ejecutado, pero tu encantador y queridísimo Adam lo ha trastocado metiéndose de por medio y fastidiándolo.

—¿Pensabas quitarme The Sweet Spot?

—No es que quisiera quitarte el negocio, pero si tú no podías encargarte de él, la franquicia habría sido una excelente inversión.

—Y eso de querer conocer a tu hijo, ¿era solo una manera de obtener lo que deseabas?

—Nunca he tenido la intención de hacerte daño —dice con un aire de falsa dulzura que me resulta repugnante—. Pero los negocios son los negocios, Janice.

—Lárgate de aquí, Nick. No te acerques nunca más a mí o a mi hijo.

—Nuestro hijo.

—Solo eres un recordatorio de lo que no quiero para él. Espero que pronto aparezca una figura paterna que le dé el amor y la guía que tú nunca podrías ofrecerle.

—¿Y no ha llegado ya?

—Lo dices por Adam. Pues tal vez sí sea esa persona que espero se convierta algún día en lo que tú no serás para él.

Se aleja con ese andar arrogante que ahora me resulta repulsivo. Es difícil creer que años atrás me sentí atraída por él; lo único que sé es que jamás lo quiero cerca de mí.

Y de nuevo mi mente vuelve a Adam.

Me pregunto por qué dudó de mí, por qué no me lo contó. Un cosquilleo me recorre la piel y me doy cuenta de que necesito estar cerca de él. Sin embargo, lamento que su confianza en mí no fuera más sólida, que no creyera que juntos podríamos haber logrado el mismo resultado, sin

mentiras.

Pero no siempre las cosas suceden como a una le gustaría.



Me acerco a la fiesta. La feria de Halloween de Pasadena ocupa un par de calles de la localidad y transforma el centro en un bullicioso punto de encuentro que atrae a muchos visitantes. Familias de todas partes vienen para comprar productos de la zona y disfrutar con sus hijos en los talleres de galletas y la talla de calabazas. Los puestos ofrecen una tentadora variedad de dulces y productos locales, a la vez que crean un ambiente festivo y acogedor.

Después de que los niños hayan recorrido las casas pidiendo golosinas en el truco o trato, la comunidad se reúne para cenar y celebrar. Las risas y conversaciones llenan el aire y los vecinos disfrutan de su ciudad y su barrio en este momento especial.

No sé si me esperan.

Esta mañana estuve a punto de pasar por uno de los puestos de Janice, pero decidí ir a hablar con Anthony primero. Quería asegurarme de cerrar todos los aspectos y puntos que mi tío dejó en su listado de tareas.

Ahora, con esos asuntos resueltos, me acerco a la feria y me pregunto si Janice estará allí, entre la multitud, y si aceptará mis palabras. Porque tengo que hablar con ella de nuevo.

El aire está lleno de la música que proviene del escenario principal, donde Nell, vestida de Alicia, canta una canción con su guitarra. Trace, disfrazado de Conejo Blanco, la mira embobado desde el suelo. Se percibe el amor que ambos se profesan.

La multitud aplaude y se une al ritmo de la música. Conocen la melodía y la corean.

Busco entre los rostros a Janice y la veo, deslumbrante como siempre, disfrazada de Reina de Corazones. Está radiante en su vestido rojo con detalles dorados.

Me acerco a paso lento, sopeso mi discurso y deseo que ella acepte mis palabras. Justo antes de llegar, Anthony me detiene.

—Sabes cómo era tu tío y tengo otra carta para ti. Debes leerla ahora.

Arqueo las cejas confundido.

La sonrisa de Anthony es cómplice. Siento la mano de alguien que ya no está con nosotros y que sé que nos quería con locura.

Abro la carta y la leo en voz baja mientras siento cómo cada palabra de Jake resuena en mi corazón:

Querido Adam:

Siempre supe que tu lugar estaba aquí, en Pasadena, con Janice. Ella es una joya, como ya habrás descubierto; si tienes el coraje de seguir tu corazón, encontrarás la felicidad que mereces.

Este legado es más que propiedades; es una oportunidad para construir una vida con la persona que amas.

No la dejes ir y me harás muy feliz, aunque no esté a tu lado.

Tu tío que te quiere,
Jake

Miro a Anthony y la curvatura en sus labios me ayuda a encarar esta misión que tengo con más empuje y mejor determinación.

Él quería que estuviera con ella y no tuve la fuerza suficiente para buscarla.

Antes de dejarme a solas, el abogado me ofrece un nuevo sobre.

—Le gustaba jugar. —Anthony guiña un ojo—. Pero esta carta únicamente la puedes leer con Janice y, como verás, está fechada para hoy, por lo que no pierdas este tren.

Sin más dilación, dirijo mis pasos a su encuentro.

—Adam, no esperaba verte. Pensé que tal vez te habrías ido —dice con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—No me iría sin despedirme y tengo algo importante que decirte —respondo. Inhalo con fuerza para reunir el valor necesario.

Antes de que Janice diga una palabra más, Connor corre hacia nosotros.

—Mamá, mamá, necesito algunas monedas más para jugar en las atracciones —pide con ojos brillantes.

Me agacho a su altura y le sonrío.

—¿Y qué juego te gusta más, campeón? —le pregunto a la vez que saco algunas monedas del bolsillo.

—¡El de los dardos! Quiero ganar un peluche gigante para mamá —responde con entusiasmo.

—Entonces, aquí tienes —le digo, y le entrego las monedas—. Pero recuerda, la clave está en concentrarse y no dejar que nada te distraiga. Estoy seguro de que puedes hacerlo.

Connor sonríe y asiente con determinación.

—¡Gracias, Adam! —grita antes de salir corriendo de nuevo hacia el final de la calle.

Miro a Janice, quien me observa con sorpresa.

—Es un buen chico —comento—. Tienes que estar muy orgullosa de él.

—Lo estoy —responde ella, y muestra una sonrisa repleta de ternura.

Tomo aire otra vez, pues sé que es el momento de continuar.

—Como te decía, he decidido quedarme en Pasadena. Voy a montar un restaurante y una casa de huéspedes donde vivió mi tío. Creo que es lo que él deseaba, y así me lo ha expresado en algunas de sus cartas. El restaurante de Irlanda continuará en marcha, pero Jonas será el encargado principal y lo llevará al día. Solo tendré que ir de vez en cuando.

Me mira con curiosidad. Intenta descifrar el significado de mis palabras mientras me escucha.

—Pero eso no es lo más importante. Lo que de verdad quiero decirte, el motivo por el que he decidido quedarme aquí, eres tú. Quiero estar contigo.

Sus ojos se llenan de emoción y una sorpresa palpable. Sus labios se entreabren, pero antes de que pueda decir algo, continúo:

—Déjame. Lamento que hayas pensado que no confiaba en ti respecto a la compra del local. Jake me ha dejado varias cartas *post mortem* y creo que tenía un camino muy delineado para mí. No ha permitido que me desvíe de sus deseos. He sido un buen sobrino y he cumplido sus indicaciones al pie de la letra. Y, haciéndolo feliz a él, he conseguido serlo yo. He seguido sus pautas, he llegado a la conclusión de que podemos tener un futuro juntos. ¿Lo sientes?

Su mirada es cautelosa, pero su sonrisa me dice que valora mis palabras.

La voz de Nell se eleva sobre la multitud, canta las últimas notas de su canción. La gente

aplaude y yo aprovecho la oportunidad para tomar las manos de Janice.

—Janice, todo esto lo hago porque te deseo. Quiero estar contigo y construir algo hermoso juntos. El local al lado de The Sweet Spot es tuyo, un regalo de mi tío. Si te apetece, podemos arreglar los papeles para traspasarte también el mío. Sé que esto puede sonar confuso y es complicado entenderme en estos momentos. Estoy nervioso, no creía que me costaría tanto pronunciar estas palabras al tenerte frente a mí.

Se rasca el cabello, está nerviosa y algo confundida. Juega con los bordes de su chaqueta.

—Haz todas las preguntas que necesites. Solo quiero que entiendas que a tu lado seré mejor persona y que juntos podemos construir una vida plena y feliz. Un día, hace como unos diez años, creí que debía alejarme de ti, que tú construirías una vida con Nick y tu hijo y, aunque me dijiste que él no significaba nada para ti, no te escuché. Ahora lo entiendo y he visto que quiero y deseo estar contigo, si tú también lo deseas.

Le entrego el sobre que me acaba de dar Anthony. Me tiemblan ligeramente las manos.

—¿Esto qué es?

—Es la última carta de Jake. La única premisa es que la abramos juntos.

Janice rasga el sobre con cuidado y coloca el papel frente a los dos para que ambos podamos leerla a la vez.

Mis adorables Adam y Janice:

Si estáis leyendo esto es porque el destino ha logrado lo que yo siempre he esperado: que encontréis un camino juntos. Es verdad que he puesto un poco de mi parte para que esto sucediera. Solo pensad que lo he hecho por vosotros.

He visto cómo cada uno ha luchado y amado a su manera, y estoy convencido de que la felicidad que compartiréis tendrá el poder de transformar vuestras vidas.

Mi mayor deseo es que este nuevo capítulo os permita ver el amor, no solo como una emoción, sino como una fuerza que os unirá en los momentos difíciles y en los alegres. He querido que mi legado os brinde la oportunidad de construir algo hermoso juntos.

No dejéis que las dudas o los temores os aparten del camino.

Permitid que lo que sentís sea la guía en cada paso y confiad en que juntos podéis enfrentar cualquier desafío.

The Sweet Spot será la dulzura máxima con la visión de Adam y la delicadeza de Janice.

El amor tiene que ser especial y espero que encontréis la fuerza y la alegría para demostrarlo.

No dejéis que nada ni nadie os separe.

Confiad en vosotros y en el futuro que podéis construir juntos.

Os quiero,

Jake

Mientras leemos la carta, en silencio, me atrapa una oleada de emociones. La confirmación del deseo de Jake, su apoyo incondicional y la belleza de sus palabras me llenan de paz. En los minutos que ha durado su lectura, nuestras manos se han entrelazado y eso hace más evidente un amor por descubrir.

—Adam, esto es... —Su voz tiembla.

—Entiendo lo que puedes estar pensando —respondo suavemente—. No quiero que te lo tomes a la ligera. Yo lo he visto claro, Jake también y solo espero que tú opines como nosotros. Eso sí, sin ninguna presión. Tómame el tiempo que necesites para pensar en esto.

Nell ha empezado otra canción y la feria es el telón de fondo de nuestra conversación. La

gente celebra y se divierte alrededor mientras nosotros permanecemos en el centro.

—No sé qué decir —admite Janice.

—Solo necesito que sepas que te quiero desde no sabes cuánto tiempo, y estoy dispuesto a hacer lo necesario para que esto funcione. Mi corazón está aquí, contigo, y mi deseo más profundo es construir una vida juntos. ¿Qué dices, Janice? ¿Comenzamos este viaje?

—Observo cierta presión en esas palabras —dice con una sonrisa que ilumina su rostro y la felicidad que siento me desborda.

—¿Presión? Puedo esperar otros diez años si al final me quedo contigo.

Janice se toma un momento. Sus ojos se pierden en los míos mientras decide cómo continuar.

—Cuando entraste en mi pastelería hace un mes, solo pensé en ti como un amigo al que hacía una década que no veía y que por fin se dignaba a venir a vernos. Sentí que la herida por haberme abandonado cuando nació Connor latía de nuevo. Sin embargo, tu presencia en The Sweet Spot, el amor que veo en tus ojos, no solo hacia mí, sino hacia Connor, me han demostrado que de alguna manera siempre he sentido algo por ti y que mis sentimientos han permanecido latentes en el fondo de mi corazón. No puedo sacarte de mi mente y estás presente en cada minuto de mi vida como hacía tiempo que no me pasaba.

Hace una pausa y su mirada se suaviza. Me acaricia el corazón.

—Así que, aunque pueda parecer precipitado, tal vez sienta un poco de esa presión que mencionas.

Su sonrisa cálida y llena de ternura inunda mi alma.

—Sí, Adam, yo también te amo y quiero recorrer esta locura de viaje contigo. No sé a dónde nos llevará, pero estoy lista para averiguarlo. Juntos.

Nos abrazamos, un gesto lleno de ternura y esperanza. Nos encontramos en el escenario perfecto para el comienzo de nuestra historia, una etapa que, sin duda, será dulce y estará repleta de promesas.

Agradecimientos

Halloween está aquí y, con esta nueva festividad, la serie *Pasadena Lovers* trae sus siguientes libros.

Si has llegado hasta a esta página es porque ya has conocido a Janice y Adam, dos personajes que me enamoraron mientras los escribía y espero que tú hayas tenido la misma sensación.

Estas páginas son mi manera de agradecerte a ti y a todos los que me apoyáis, quienes siempre estáis ahí, a veces más, a veces menos, pero siempre presentes, por lo que las gracias infinitas son para vosotros. En esta ocasión no voy a mencionar a nadie en particular, vosotros sabéis perfectamente quienes sois.

A mi familia, que soporta mis encierros creativos y mis momentos de locura, gracias, muchísimas gracias.

Y, por supuesto, a ti, lector, que has llegado hasta aquí. No tengo palabras suficientes para agradecer que sigas mis historias, que quieras conocer a mis personajes y que me acompañes en esta aventura literaria tan compleja. Porque, si no te lo he dicho antes, escribir no es fácil. Es un camino duro, pero, solo por verte feliz leyendo estas historias, vale la pena.

Gracias de corazón.



Mònica Linares nació en Terrassa en 1972. Estudió Psicología y Derecho. Vive con sus dos hijos y un marido y tiene un trabajo que le quita mucho tiempo.

Le gusta sentarse ante una hoja en blanco e inventar historias que otros puedan disfrutar. Una de sus pasiones es perderse entre libros que la trasladen a otros mundos y épocas.

Tiene publicadas seis novelas: «¿Qué vi en sus ojos?» (2019, 2022) y «Misma hora, mismo lugar» (2021) con la editorial Romantic Ediciones. Ha autopublicado «Luchar a contracorriente» y «Amar a contracorriente», en 2023, que forman parte de la Serie Hermanas Ritter. En febrero de 2024 publicó el libro uno de la serie Pasadena Lovers «Mil canciones para Nell» y en julio «Besos con sabor a limón». También tiene un libro a ocho manos «Una familia en obras». Conduce el Pódcast de Románticas Club 2.0 junto a Ivette Chardis.

Conecta con ella en su web www.monicalinaresescritora.com o redes sociales:

Instagram: @linares__monica

TikTok @linares.monica

Las bodas de Leo

Libro 3

(Serie Pasadena Lovers)



**No te pierdas la historia de Leo y Harper
A la venta en Amazon**

¿Qué puede salir mal en una boda?

Leo nunca habría imaginado ser el padrino en un día tan importante para su hermano, y mucho menos que tendría que organizarlo junto a Harper, la mujer más irritante que conoce.

Una dama de honor insufrible, amante de los estampados llamativos y los perros.

Harper cree que su mejor amiga se ha vuelto loca por casarse en Halloween y está decidida a evitar que Leo arruine el banquete con sus extravagantes ideas.

Un padrino que la saca de quicio con su obsesión por la moda italiana, la pizza y el vino.

Ambos están a punto de descubrir que los opuestos no solo se atraen, sino que también se complementan, aunque se esfuercen en negar la química que existe entre ellos.

¿Podrán Leo y Harper superar la boda y descubrir que, a veces, odiarse es solo el primer paso para el amor?

Mil canciones para Nell

Libro 1

(Serie Pasadena Lovers)



No te pierdas la historia de Nell y Trace

A la venta en Amazon

**Dos notas discordantes.
Dos maneras de ver la vida.**

Nell Pendleton, trabaja en una revista de música y tiene una clara tendencia a llegar tarde al trabajo además de estar enganchada sin medida al Frapuccino Caramel Brûlée.

Trace Dunhill es un meticuloso y atractivo programador con una vida planificada al milímetro, hasta que una mañana alguien le derrama el café en un encuentro casual.

¿Puede la adicción al azúcar y un culo prieto ser compatibles por San Valentín?

Descúbrelo en esta aventura donde el caos y la organización chocan en este romance feelgood con toques de romcom, rodeado de las montañas de Pasadena.

Mil mundos para Ava

Libro 2

(Serie Pasadena Lovers)



No te pierdas la historia de Ava y Ethan
A la venta en Amazon

Los sueños se persiguen, no se abandonan.

A Ethan King, un atractivo productor de televisión con un pasado doloroso, le encargan un programa especial de San Valentín en Pasadena.

Lo que parecía algo sencillo se complica cuando conoce a Ava Allen, una chica de mirada luminosa a la que le cuesta soñar a lo grande.

Ella es la propietaria de LiteraryLatte, una librería café con un encanto especial y un aroma inconfundible.

¿Lograrán superar los obstáculos de sus corazones para hacer realidad su mayor sueño?

Una novela romántica feelgood en la que el amor y la amistad son los ingredientes principales de un buen café latte.

Otros libros de las autoras de la serie Pasadena Lovers.

Un destino entre tú y yo



Una historia de segundas oportunidades

Novela romántica contemporánea

A la venta en Amazon

Una piedra mágica, un bosque con alma y un primer amor imborrable

¿Qué puede salir mal si juegas con el destino?

Estela vuelve a Boscalt, su pueblo natal en los Pirineos, para ayudar en el hotel de montaña que regentan su tía y su prima Lola, que ha sido su rival desde la adolescencia.

Pretende reinventarse de nuevo tras perderlo todo por segunda vez en la vida

Fran sigue allí. Es de los que se mantienen firmes en sus convicciones. Y el regreso de Estela trastocará su mundo apacible, enfrentándolo a un pasado que es incapaz de olvidar.

Una historia de amor con toques de realismo mágico e intriga que te llegará al corazón.



Luchar a contracorriente (Serie Hermanas Ritter)



No te pierdas la historia
de Stella y Gael
A la venta en Amazon

El destino es caprichoso, siempre lo ha sido, y le gusta unir a personas que nunca debieron conocerse.

Stella lleva en Barcelona cerca de dos años. Desempeña un trabajo que le apasiona y disfruta de sus amigos y del cariño de su hermana. Tiene una vida completa.

Gael odia el día de su cumpleaños. Bebe para olvidar y, sin quererlo, se está transformando en esa persona a la que no desea parecerse. En su juventud, el boxeo se convirtió en su refugio, en su salvación, aunque en él perdió más de lo que buscaba.

Unas duras palabras bombean de manera constante su mente, aquellas que en su inmadurez lo llevaron a realizar un acto imperdonable que lo perseguirá de por vida, que lo atosigan en exceso y que no consigue eliminar.

**¿Logrará Gael superarlo?
¿Conseguirá Stella ayudarlo?**



Amar a contracorriente (Serie Hermanas Ritter)



No te pierdas la historia
de Lisa y Craig
A la venta en Amazon

Si no hubiera cogido esa llamada... Si hubiera escuchado a su hermana y no hubiera subido a ese autobús...

Lisa Ritter está enamorada en silencio de Craig Campbell y se apunta al equipo de atletismo para estar cerca de él.

Craig apenas le hace caso, aunque en secreto siempre la ha deseado. Cuando ambos vecen sus miedos y se declaran el uno al otro, un giro inesperado los marcará para siempre.

Un maldito 15 de agosto paraliza sus planes de futuro. Lisa se interna en una lucha por reencontrarse a sí misma, perseguir de nuevo sus sueños y salir adelante.



¿Será suficiente amar para reconstruir una relación? ¿Cicatrizarán las heridas y alcanzarán la felicidad?

Besos con sabor a limón



historia de Lía y Sam
A la venta en Amazon

No te pierdas la

A veces basta una mirada para dibujar una historia de amor.

Otras, las señales no son suficientes para un dulce comienzo.

Unos besos con sabor a limón y las paradisíacas playas tinerfeñas son el escenario de este romance.

Lía asiste a la boda de su hermana después de que su vida haya dado un giro inesperado. Necesita estar junto a su familia, sus amigos y olvidar, pero...

Unos ojos la deslumbran.

Un paseo la conmueve.

Y la noche promete fuegos artificiales.

Sam no imaginaba encontrar a una mujer como Lía en la boda de uno de sus mejores amigos. No es el momento adecuado para conocerla, no está preparado para bailar con ella y perderse en su aroma. No debería, pero...

Una atracción instantánea.

Un desliz inesperado.

Y una noche de locura absoluta.

Encuentros, miradas, sol y calor son los elementos de este cóctel veraniego que no te puedes perder.

